



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
FACULTAD DE TEOLOGÍA

JAN GEBAROWSKI

**LA VIDA ESPIRITUAL DEL SACERDOTE
EN JUAN PABLO II**

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

PAMPLONA
1997



Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 16 mensis iunii anni 1997

Dr. Xaverius SESÉ

Dr. Ioseph A. ILLANES

Coram tribunali, die 23 mensis aprilis anni 1996, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
Dr. Iacobus PUJOL

Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. XXXIII, n. 4



INTRODUCCIÓN

La estructura de la Iglesia está determinada, en gran parte, por la distinción y mutua compenetración entre un doble sacerdocio: el común, por el que todo bautizado queda habilitado para vivir su vida entera como acto de culto a Dios y como testimonio ante los demás hombres, y el ministerial, a través del cual Cristo se hace presente en su Iglesia como cabeza que la anima y vivifica. Y esta Iglesia así estructurada tiene ante sí un reto: «la nueva evangelización que atañe a todo el Pueblo de Dios y pide un nuevo ardor, nuevos métodos y una nueva expresión para el anuncio y el testimonio del Evangelio» (cfr. PDV, n. 18).

No se trata, claro está, de una evangelización nueva en cuanto al contenido esencial de la doctrina que se anuncia, ni al modelo de vida que se propone, ya que el perenne Evangelio de Cristo siempre estará rebosante de imperecedera actualidad y es continuamente capaz de formar las conciencias y vidas de los hombres. La novedad ha de residir en las nuevas energías espirituales y apostólicas, nuevos métodos y expresiones del anuncio y el testimonio del Evangelio puestos en juego por todos los fieles. Hacen falta muchas manos y diversos carismas.

Pues bien, una de las primeras llamadas de urgencia es para el presbítero. Precisamente para que todos los bautizados puedan, en virtud del sacerdocio común, hacer posible una presencia más viva de la luz cristiana en la sociedad actual, necesitan la gracia de Dios que les llega de Cristo Salvador a través del ministerio de sus ministros. En consecuencia, hoy, como ayer y como siempre, ante los desafíos de cada época, surgen las preguntas ¿qué clase de sacerdotes necesita la Iglesia y el mundo?, ¿qué estilo de vida ha de vivir el sa-

cerdote para poder responder al reto de la nueva evangelización? Una nueva evangelización que ha de ser llevada a cabo frecuentemente en una sociedad que valora el pluralismo, el respeto mutuo, la tolerancia, la ecología, la solidaridad, la lucha por la paz; pero que también relativiza las normas morales, endiosa sus propias conquistas técnicas, menosprecia la fe o minusvalora todo cuanto apunta a lo trascendente. ¿Qué clase de sacerdotes necesitamos hoy?

La respuesta la formula Juan Pablo II así: «la nueva evangelización exige sacerdotes radical e íntegramente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral, marcado por la profunda comunión con el Papa, con los Obispos y entre sí, y por una colaboración fecunda con los fieles laicos, en el respeto y la promoción de los diversos cometidos, carismas y ministerios dentro de la comunidad eclesial» (PDV, n. 18). Así, pues —según el Pontífice—, la nueva evangelización necesita presbíteros que, conocedores de su propia limitación, se esfuercen decididamente por recorrer los caminos de la perfección de la caridad, de la identificación con Jesucristo, en correspondencia fiel a la gracia divina, en el ejercicio del ministerio pastoral marcado por la comunión eclesial. Sacerdotes así serán portadores de «un nuevo ardor», emprenderán «nuevos métodos» y conseguirán «una nueva expresión para el anuncio y el testimonio del Evangelio».

La profundización y el desarrollo de la respuesta del Papa que acabamos de transcribir, es el objetivo de la tesis doctoral que hemos elaborado y presentado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra: intentamos, siguiendo el magisterio de Juan Pablo II dirigido a los llamados al sacerdocio, dibujar los rasgos esenciales de la espiritualidad del presbítero.

La tesis consta de cinco capítulos cuya lógica interna es la siguiente: el mejor modo de ofrecer la espiritualidad del presbítero es partir de su identidad (primer capítulo). La identidad del sacerdote se expresa en su ministerio que es fuente de su espiritualidad (segundo capítulo). Del ministerio brotan unas exigencias espirituales propias del que ha recibido el sacramento del Orden (tercer capítulo). Para que el presbítero se haga cada vez más consciente de su identidad y la viva más intensamente en el ejercicio de su ministerio tiene que contar con unos medios (cuarto capítulo). La formación permanente es consecuencia lógica de la vida según el Espíritu (quinto capítulo).

Abordamos, pues, en primer lugar, el estudio de la identidad sacerdotal. El Papa siempre tiene como punto de partida la naturaleza teológica del sacerdocio. No puede ser de otra manera. La reflexión sobre la espiritualidad no puede desarrollarse con una metodología puramente sociológica, prescindiendo de la consideración de la naturaleza del ministerio sacerdotal, sino todo lo contrario, pues la teología espiritual está en estrecha vinculación con la dogmática. La identidad del sacerdote expresa la relación sacramental del presbítero con Cristo y, en Cristo y por Cristo, con la Iglesia. De aquí que hablemos de las siguientes dimensiones de la identidad sacerdotal: trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesial y mariana, leídas en clave del don.

En perfecta cohesión con la doctrina sobre el sacerdocio, dibuja Juan Pablo II la espiritualidad del presbítero cuyo centro es la vocación específica a la santidad, es decir, la llamada a la perfección de la caridad que en el presbítero queda individualizada como caridad pastoral. El presbítero realiza esa llamada en el ejercicio de su ministerio. Estudiamos, por consiguiente, en el segundo capítulo, el ministerio como fuente de la espiritualidad sacerdotal. Después de las reflexiones generales acerca de la santificación a través del ministerio y sobre la santidad del ministro en orden a la eficacia de la pastoral, pasamos a observar detalladamente esas dos realidades interdependientes en la misión del presbítero: ministerio de la palabra, ministerio de la santificación y ministerio del pastoreo. El capítulo termina con unas reflexiones sobre la unidad de vida posibilitada por la caridad pastoral.

El Espíritu Santo recibido en la Ordenación anima y vivifica la existencia del presbítero enriqueciéndola con dones, virtudes y exigencias que se compendian en la caridad pastoral. Estas exigencias espirituales no son elemento añadido al trabajo pastoral, sino que brotan de él y quedan matizadas en su ejercicio por el carácter recibido en la Ordenación. El tercer capítulo está dedicado a estudiar algunas de esas particulares exigencias espirituales en la vida del presbítero: las virtudes teologales, los consejos evangélicos, las virtudes humanas, la dimensión diocesana, el espíritu misionero, la dimensión comunal y la relación con el mundo. La caridad pastoral unifica todos esos valores y virtudes y sostiene su desarrollo hacia la perfección. Por ser modalizados por la caridad pastoral

presentan características propias del que ha recibido el sacramento del Orden.

En su magisterio el Pontífice habla frecuentemente de los medios para la vida espiritual. Los presenta como momentos especiales en los que el ministro se hace cada vez más consciente de su identidad y gracias a eso la vive más intensamente en el ejercicio de su ministerio. El capítulo cuarto, pues, resulta ser una descripción de algunos de estos medios, como por ejemplo la oración, la recepción del sacramento de la Penitencia y de la dirección espiritual, el estudio y la lectura espiritual, los ejercicios espirituales y otros medios ascéticos. Hablamos también de la espiritualidad mariana del presbítero. No se olvida que los medios, en cierta manera, forman parte del ministerio sacerdotal.

El capítulo quinto está dedicado a la formación permanente del presbítero. La formación permanente del sacerdote es exigencia del dinamismo del sacramento del Orden. De ahí su estrecha relación con la vida espiritual. Se habla, siguiendo al Pontífice, de las razones y la noción de formación permanente. A continuación, de sus aspectos y significado profundo; para abordar después su configuración histórica: la formación permanente según la edad y situaciones peculiares, los responsables de ella, momentos, formas y medios.

En la presente publicación recogemos, siguiendo las indicaciones del tribunal que juzgó la tesis, su segundo capítulo: el ministerio, fuente de espiritualidad del sacerdote.

No queremos terminar sin expresar nuestro profundo agradecimiento al Obispo de la diócesis de Tarnów, Mons. Józef Zycinski por habernos brindado la posibilidad de estudiar en la Universidad de Navarra; a las autoridades académicas de la Universidad de Navarra y al Claustro de Profesores de esta Facultad de Teología, por estos años tan importantes en nuestra formación; y, como no podía ser menos, de manera muy singular al Director de esta tesis, Prof. Dr. D. Javier Sesé, y al Prof. Dr. D. José Luis Illanes por su continua orientación y ayuda en el desarrollo de esta investigación; finalmente a la Fundación Vasconia por las becas concedidas durante los años de estudios, y a tantas personas, especialmente al Prof. Dr. D. Ángel Marzoa, que de cerca se han interesado por el curso de este trabajo.



ÍNDICE DE LA TESIS

TABLA DE ABREVIATURAS	VII
INTRODUCCIÓN	IX

CAPÍTULO I IDENTIDAD SACERDOTAL

1. El sacerdocio como don de Dios	2
2. Dimensión trinitaria	13
3. Dimensión cristológica	19
4. Dimensión pneumatológica	32
5. Dimensión eclesial	41
6. Dimensión mariana	53

CAPÍTULO II EL MINISTERIO, FUENTE DE ESPIRITUALIDAD DEL SACERDOTE

1. Una vocación específica a la santidad	62
2. La santificación a través del ministerio	69
3. Santidad del ministro en orden a la eficacia de la pastoral	76
4. El ministerio de la palabra	82
a) Naturaleza y contenido de la predicación	82
b) Métodos, medios y destinatarios de la predicación	88
c) Ministerio de la palabra y santidad	93
5. El ministerio de la santificación	99
a) Eucaristía	101
b) Sacramento de la Penitencia	112
c) Los demás sacramentos	120
6. El servicio de la caridad	124
7. Caridad pastoral y unidad de vida	132

CAPÍTULO III

PECULIARES EXIGENCIAS ESPIRITUALES EN LA VIDA DEL PRESBITERO

1. «Caridad pastoral, el principio interior y dinámico de toda la vida espiritual»	140
2. Las virtudes teologales	143
a) Fe	143
b) Esperanza	147
c) Caridad	152
3. Los consejos evangélicos	157
a) Obediencia	160
b) Celibato	168
c) Pobreza	187
4. Otras virtudes	201
5. Diocesaneidad y espíritu misionero	213
a) Pertenencia y dedicación a la Iglesia particular como valor espiritual	213
b) El espíritu misionero	221
c) Solicitud por los sucesores	224
6. Comunión sacerdotal	228
a) Relaciones del presbítero con el Obispo	231
b) Relaciones con los hermanos en el presbiterio	235
c) Relaciones con los demás fieles	245
7. «Estar en el mundo sin ser del mundo»	251
a) Consideraciones generales	252
b) Actividades profanas del sacerdote	261
c) El presbítero y la actividad política	264
d) Signos externos de identidad sacerdotal	268

CAPÍTULO IV

ALGUNOS MEDIOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL DEL SACERDOTE

1. ¿Qué se entiende por medios?	274
2. La oración	279
3. Vida litúrgica y sacramental	291
a) Sacramento de la Reconciliación y dirección espiritual	292
b) Eucaristía-Presencia	301
c) Liturgia de las Horas	305
4. Estudio y lectura espiritual	309
5. La ascesis sacerdotal	311
6. Retiros y ejercicios espirituales	318
7. Devoción mariana	321

CAPÍTULO V

LA FORMACIÓN PERMANENTE

1. Razones y noción de la formación permanente	332
a) Razones humanas	332
b) Razones teológicas	334
c) «La caridad pastoral, alma y forma de la formación permanente» .	340
d) Nueva concepción de la formación permanente	341
2. Aspectos y significado de la formación permanente	346
a) Los diversos aspectos de la formación permanente	346
b) Significado profundo de la formación permanente	350
3. La formación permanente según la edad y situaciones peculiares	353
4. Responsables de la formación permanente	357
5. Momentos, formas y medios de la formación permanente	360
CONCLUSIONES	365
BIBLIOGRAFÍA	389





BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS

A. FUENTES

I. Documentos de Juan Pablo II

1978

- *Discurso al clero de Roma* (9.XI.1978).
- *Homilía en la Capilla Paulina del Vaticano durante la Misa para los seminaristas de Roma* (19.XI.1978).

1979

- *Angelus* (14.I.1979).
- *Homilía al clero y religiosos en la catedral de Santo Domingo* (26.I.1979).
- *Homilía a los sacerdotes y religiosos en la Basílica de Guadalupe (México)* (27.I.1979).
- *Discurso de apertura de la III Conferencia General del E. L., en Puebla* (28.I.1979).
- *Discurso en el Seminario de Guadalajara (México)* (30.I.1979).
- *Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma* (2.III.1979).
- *Homilía en el Seminario Mayor romano* (3.III.1979).
- *Discurso a los arciprestes de Roma* (3.III.1979).
- *Discurso a los rectores de Seminarios Mayores ingleses, escoceses, malteses, y a los Colegios Pontificios romanos de lengua inglesa* (3.III.1979).
- *Carta Encíclica «Redemptor hominis»* (4.III.1979).
- *Discurso a los rectores de Seminarios y Colegios sacerdotales romanos* (16.III.1979).
- *Discurso a los Institutos de Educación Católica de Roma* (3.IV.1979).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1979* (8.IV.1979).
- *Homilía en la Misa Crismal* (12.IV.1979).
- *Discurso a sacerdotes de Bolonia* (19.IV.1979).

- *Discurso a un grupo de sacerdotes milaneses* (21.IV.1979).
- *Mensaje para la XVI Jornada Mundial de oración por las vocaciones* (6.V.1979).
- *En el Regina Coeli* (6.V.1979).
- *Discurso a los novicios y seminaristas en Czestochowa (Polonia)* (6.VI.1979).
- *Discurso a los sacerdotes en Czestochowa (Polonia)* (6.VI.1979).
- *Homilía en la ordenación de 88 sacerdotes* (24.VI.1979).
- *Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en Loreto* (8.IX.1979).
- *Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en Maynooth (Irlanda)* (1.X.1979).
- *Discurso a los seminaristas en Filadelfia (EE.UU.)* (3.X.1979).
- *Discurso a los sacerdotes americanos en Filadelfia (EE.UU.)* (4.X.1979).
- *Discurso a los seminaristas romanos* (13.X.1979).
- *Discurso al Pontificio Colegio Mexicano en Roma* (13.XII.1979).
- *Angelus* (16.XII.1979).

1980

- *Homilía en el Pontificio Colegio Irlandés* (13.I.1980).
- *Homilía en el Colegio Capránica* (21.I.1980).
- *Homilía durante las Vísperas en el Seminario Romano* (16.II.1980).
- *Discurso al Pontificio Colegio Norteamericano* (22.II.1980).
- *Discurso al clero de la región de Umbría en Norcia* (23.II.1980).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1980* (24.II.1980).
- *Homilía en la Misa Crismal concelebrada el Jueves Santo* (3.IV.1980).
- *Discurso al clero de Turín* (13.IV.1980).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (20.IV.1980).
- *Discurso a los sacerdotes y religiosos en Kinshasa (Zaire)* (4.V.1980).
- *Discurso al clero en Notre Dame (Francia)* (30.V.1980).
- *Homilía en la ordenación de 45 sacerdotes* (15.VI.1980).
- *Homilía en la Misa en el estadio de Maracanã de Río de Janeiro (Brasil)* (2.VII.1980).
- *Discurso a los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa, y a sus formadores en Porto Alegre (Brasil)* (5.VII.1980).
- *Angelus* (12.X.1980).
- *Discurso a los alumnos del Seminario Mayor de Roma* (14.X.1980).
- *Homilía a los sacerdotes italianos* (4.XI.1980).
- *Homilía a los sacerdotes y seminaristas en la catedral de Fulda (Alemania)* (17.XI.1980).
- *Carta Encíclica «Dives in misericordia»* (30.XI.1980).
- *Angelus* (14.XII.1980).

1981

- *Homilía en el Pontificio Seminario Francés de Roma* (11.I.1981).
- *Homilía en el Pontificio Colegio Misionero Internacional de S. Pablo Apóstol* (24.I.1981).
- *Discurso a la Sacra Penitenciaría Apostólica y a los penitenciaros de las Basílicas Patriarcales* (30.I.1981).
- *Homilía a los sacerdotes y seminaristas en el Auditorio del Sagrado Corazón en Cebú (Filipinas)* (19.II.1981).
- *Homilía en la ordenación de 15 sacerdotes en Nagasaki (Japón)* (25.II.1981).
- *Discurso a los sacerdotes de Roma* (5.III.1981).
- *Discurso a los presbíteros y religiosos en Terni* (19.III.1981).
- *Discurso a los alumnos de la Pontificia Academia Eclesiástica* (23.III.1981).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1981* (25.III.1981).
- *Discurso a la Sagrada Congregación para la Educación Católica* (26.III.1981).
- *Homilía de la Misa Crismal del Jueves Santo* (16.IV.1981).
- *Homilía en la Misa concelebrada con sacerdotes irlandeses* (24.IV.1981).
- *Homilía a los sacerdotes, religiosos y seminaristas de Bérgamo* (26.IV.1981).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (10.V.1981).
- *Homilía a los alumnos del Seminario Mayor de Roma* (22.X.1981).
- *Homilía a los sacerdotes y religiosos de Todi y Orvieto* (22.XI.1981).
- *Homilía en el Pontificio Seminario Menor Romano* (20.XII.1981).

1982

- *Homilía al Colegio Pío Latino Americano de Roma* (10.I.1982).
- *Homilía en el Pontificio Colegio Pío Brasileño de Roma* (17.I.1982).
- *Homilía a los seminaristas del Almo Colegio Capránica* (20.I.1982).
- *A los seminaristas de Toscana* (26.I.1982).
- *Homilía en el Colegio-Seminario Filipino de Roma* (30.I.1982).
- *A los sacerdotes y seminaristas en Enugu (Nigeria)* (14.II.1982).
- *Homilía en el «Sport Ground» de Kaduna durante la ordenación de 150 sacerdotes (Nigeria)* (14.II.1982).
- *A los sacerdotes, misioneros y religiosos en la catedral de Libreville (Gabón)* (17.II.1982).
- *Audiencia general* (10.III.1982).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Asís* (12.III.1982).
- *Audiencia general* (17.III.1982).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en el santuario de Montenero* (19.III.1982).

- *Audiencia general* (24.III.1982).
- *Carta a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo* (25.III.1982).
- *Audiencia general* (31.III.1982).
- *Audiencia general* (7.IV.1982).
- *Homilía en la Misa Crismal del Jueves Santo* (8.IV.1982).
- *Audiencia general* (14.IV.1982).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (21.IV.1982).
- *A los seminaristas holandeses del Seminario Mayor de Rolduc* (15.IV.1982).
- *A los sacerdotes y religiosos de Bolonia* (18.IV.1982).
- *Audiencia general* (21.IV.1982).
- *Audiencia general* (28.IV.1982).
- *Homilía en la celebración eucarística con los sacerdotes y religiosos pertenecientes al movimiento «Focolari»* (30.IV.1982).
- *Audiencia general* (5.V.1982).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en Fátima (Portugal)* (13.V.1982).
- *Homilía en la ordenación de sacerdotes en el Heaton Park de Manchester (Inglaterra)* (31.V.1982).
- *Al clero y religiosos en la catedral de Edimburgo (Inglaterra)* (31.V.1982).
- *Homilía en la ordenación de 79 sacerdotes en Roma* (6.VI.1982).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Buenos Aires (Argentina)* (11.VI.1982).
- *Audiencia general* (23.VI.1982).
- *Audiencia general* (30.VI.1982).
- *Audiencia general* (7.VII.1982).
- *Homilía en la ordenación sacerdotal en Valencia (España)* (8.XI.1982).
- *Mensaje a los seminaristas de España en Valencia* (8.XI.1982).
- *Carta del Papa al cardenal vicario para la diócesis de Roma* (7.IX.1982).
- *Alocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Brescia* (26.IX.1982).
- *Alocución a los seminaristas en la Basílica de «Nuestra Señora de las Gracias» en Brescia* (26.IX.1982).
- *Angelus* (17.X.1982).
- *A sacerdotes, religiosos y seminaristas en Palermo* (20.XI.1982).
- *Angelus* (12.XII.1982).

1983

- *A la comunidad del Pontificio Colegio Ucrainiano de San Josafat* (16.I.1983).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (2.II.1983).
- *Alocución en el Seminario Mayor de Roma* (12.II.1983).

- *Discurso a los sacerdotes en San Salvador (San Salvador)* (6.III.1983).
- *A los padres de los alumnos del Seminario Mayor Romano* (20.III.1983).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1983* (27.III.1983).
- *Homilía en la Misa Crismal* (31.III.1983).
- *A un grupo de sacerdotes estadounidenses* (6.V.1983).
- *Homilía en el Seminario de Venegono* (21.V.1983).
- *Homilía en la ordenación de 74 nuevos sacerdotes* (12.VI.1983).
- *A los sacerdotes en la Basílica del Rosario en Lourdes (Francia)* (15.VIII.1983).
- *Homilía en Mariazell (Austria)* (13.IX.1983).
- *En el Pontificio Colegio Español* (29.X.1983).
- *A los seminaristas del Pontificio Seminario Mayor de Roma* (8.XI.1983).
- *A un grupo de sacerdotes de EE.UU.* (16.XII.1983).

1984

- *Al Colegio Capránica* (21.I.1984).
- *A la Pontificia Academia Eclesiástica* (30.I.1984).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (11.II.1984).
- *Al Congreso del clero italiano* (16.II.1984).
- *Al Seminario Regional Pugliese «Pío XI»* (20.II.1984).
- *Jubileo sacerdotal: Homilía de la concelebración en la Basílica de San Pedro* (23.II.1984).
- *A sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Bari* (26.II.1984).
- *A los alumnos del Seminario Mayor Romano* (3.III.1984).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1984* (7.III.1984).
- *Homilía en la Misa Crismal* (19.IV.1984).
- *Homilía en el Seminario de Seúl (Corea)* (3.V.1984).
- *Homilía en ordenación sacerdotal en Taegu (Corea)* (5.V.1984).
- *Al clero y religiosos en Seúl (Corea)* (5.V.1984).
- *Homilía en Port Moresby (Papúa Nueva Guinea)* (7.V.1984).
- *Homilía en ordenaciones sacerdotales en el Seminario de Samprán (Tailandia)* (11.V.1984).
- *A sacerdotes y religiosos en Viterbo* (27.V.1984).
- *Homilía en la ordenación sacerdotal en la Basílica Vaticana* (31.V.1984).
- *A los sacerdotes en Einsiedeln (Suiza)* (15.VI.1984).
- *Homilía de ordenación sacerdotal en Sión (Suiza)* (17.VI.1984).
- *Al Seminario San Pío X de Chieti* (22.VI.1984).
- *Homilía en el Colegio San Lorenzo de Brindisi de los Capuchinos* (24.VI.1984).
- *A un grupo de confesores romanos* (9.VII.1984).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en Fano* (12.VIII.1984).

- *A los clérigos y seminaristas en el oratorio de San José en Montreal (Canadá)* (11.IX.1984).
- *Al clero en la catedral de Toronto (Canadá)* (14.IX.1984).
- *A sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en Puerto Rico* (12.X.1984).
- *Al retiro mundial de sacerdotes en la Basílica Vaticana* (9.X.1984).
- *A los Obispos y sacerdotes del Piamonte en Varello* (3.XI.1984).
- *Exhortación Apostólica Postsinodal «Reconciliatio et Paenitentia»* (2.XII.1984).

1985

- *Al Pontificio Seminario Lombardo* (13.I.1985).
- *En la celebración de la Palabra con los sacerdotes y religiosos en Caracas (Venezuela)* (28.I.1985).
- *A los Obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas, en la catedral de Quito (Ecuador)* (29.I.1985).
- *A sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y apóstoles seculares en Lima (Perú)* (1.II.1985).
- *A los sacerdotes coreanos* (18.II.1985).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1985* (31.III.1985).
- *A los jóvenes neocatecumenales aspirantes al sacerdocio* (31.III.1985).
- *Homilía en la Misa Crismal* (4.IV.1985).
- *Mensaje para la Jornada mundial de la oración por las vocaciones* (12.IV.1985).
- *A seminaristas de Yugoslavia* (26.IV.1985).
- *A sacerdotes, religiosos y religiosas, consejos diocesanos y representantes del apostolado secolar, en el Teatro Municipal de Luxemburgo* (16.V.1985).
- *En la ordenación de 70 nuevos sacerdotes* (2.VI.1985).
- *A los sacerdotes de la diócesis de Treviso en Riese* (15.VI.1985).
- *Homilía en ordenación sacerdotal en Kara (Togo)* (9.VIII.1985).
- *Homilía en ordenación sacerdotal en Yaoundé (Camerún)* (11.VIII.1985).
- *A sacerdotes de «Comunión y Liberación»* (12.IX.1985).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Génova* (21.IX.1985).
- *A los alumnos del Pontificio Seminario Mayor de Roma* (22.X.1985).
- *A sacerdotes y seculares de comunidades neocatecumenales* (9.XII.1985).

1986

- *A los alumnos del Almo Colegio Capránica* (18.I.1986).
- *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa (India)* (6.II.1986).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (26.II.1986).
- *Discurso improvisado en el encuentro con el clero de la diócesis de Roma* (4.III.1986).
- *Discurso a los seminaristas de Padova* (14.III.1986).

- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1986* (16.III.1986).
- *Homilía en la Misa Crismal* (27.III.1986).
- *Discurso a los participantes en el simposio del Consejo de las comisiones presbiterales de Europa* (10.IV.1986).
- *A los sacerdotes y religiosos de Romaña* (10.V.1986).
- *Homilía en la canonización de Francisco Antonio Fosani* (13.IV.1986).
- *Homilía en la ordenación sacerdotal en la Basílica de San Pedro* (25.V.1986).
- *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en Bogotá (Colombia)* (1.VII.1986).
- *Homilía durante la misa con ordenaciones sacerdotales en Medellín (Colombia)* (5.VII.1986).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, en el santuario de San Pedro Claver de Cartagena (Colombia)* (6.VII.1986).
- *Discurso al clero, religiosos y religiosas en la catedral de Aosta* (7.IX.1986).
- *Retiro espiritual con sacerdotes, diáconos y seminaristas en Ars (Francia)* (6.X.1986).
- *En el encuentro con los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Fiesole* (18.X.1986).
- *Homilía en ordenaciones sacerdotales en el estadio Ershad de Dacca (Bangladesh)* (19.XI.1986).
- *Al clero y seminaristas en la catedral de San Patricio en Melbourne (Australia)* (28.XI.1986).

1987

- *A los alumnos del Pontificio Colegio Capránico* (20.I.1987).
- *A los seminaristas de la archidiócesis de Viena* (2.II.1987).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (11.II.1987).
- *Audiencia general* (18.II.1987).
- *Meditación durante la visita al Pontificio Seminario Romano Mayor* (28.II.1987).
- *Angelus* (8.III.1987).
- *Carta Encíclica «Redemptoris Mater»* (25.III.1987).
- *A los Obispos y sacerdotes españoles* (30.III.1987).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Montevideo (Uruguay)* (31.III.1987).
- *En la concelebración de las vísperas con los sacerdotes, religiosos, diáconos y seminaristas en la catedral de Santiago (Chile)* (1.IV.1987).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1987* (13.IV.1987).
- *En la inauguración del nuevo Seminario de Augsburg (Alemania)* (4.V.1987).
- *Al clero, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos en Fooggia* (24.V.1987).

- *Homilía de ordenaciones sacerdotales en Lublin (Polonia)* (9.VI.1987).
- *Alocución a los sacerdotes y a los religiosos durante el rezo de Vísperas en la Plaza de la catedral de Tarnów (Polonia)* (10.VI.1987)
- *En el encuentro con el clero, religiosos y seminaristas en la catedral de Szczecin (Polonia)* (11.VI.1987).
- *Homilía durante la ordenación de nuevos presbíteros* (21.VI.1987).
- *A los sacerdotes en Miami (EE.UU.)* (10.IX.1987).
- *A los seminaristas y candidatos a la vida religiosa en San Antonio (EE.UU.)* (13.IX.1987).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1988* (16.X.1987).
- *Homilía dirigida a los seminaristas de Roma en el IX aniversario del inicio del pontificado* (22.X.1987).
- *Carta Encíclica «Sollicitudo rei socialis»* (30.XII.1987).

1988

- *A la comunidad del Almo Colegio Capránica* (19.I.1988).
- *Al Pontificio Seminario Romano Mayor* (13.II.1988).
- *Al clero de la diócesis de Roma* (18.II.1988).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1988* (25.III.1988).
- *Homilía en la Misa Crismal* (31.III.1988).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en Verona* (16.IV.1988).
- *Homilía durante la celebración eucarística con las ordenaciones sacerdotales en Florida (Uruguay)* (8.V.1988).
- *A sacerdotes, religiosos y seminaristas en Cochabamba (Bolivia)* (11.V.1988).
- *Alocución a los sacerdotes, religiosos, diáconos y seminaristas de Lima (Perú)* (14.V.1988).
- *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas en Asunción (Paraguay)* (17.V.1988).
- *A los participantes en el encuentro internacional de sacerdotes promovido por el Movimiento de los Focolares* (26.V.1988).
- *Homilía en la Basílica de San Pedro durante la Misa con ordenaciones sacerdotales* (29.V.1988).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de Reggio Emilia* (6.VI.1988).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de Parma* (7.VI.1988).
- *En el encuentro con los sacerdotes, religiosos y miembros del Sínodo diocesano en Patti* (12.VI.1988).
- *Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Messina* (11.VI.1988).
- *A los sacerdotes y religiosos de Torino y Piamonte* (3.IX.1988).

- *A los sacerdotes y religiosos, en la catedral de Bulawayo (Zimbabwe)* (12.IX.1988).
- *En el encuentro con los sacerdotes, religiosos y laicos en la catedral de Gaborone (Botswana)* (13.IX.1988).
- *Homilía a los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en la catedral de Maseru (Lesotho)* (15.IX.1988).
- *Al Seminario Romano Mayor* (22.X.1988).
- *Exhortación Apostólica Postsinodal «Christifideles laici»* (30.XII.1988)

1989

- *Al Simposio «La vida espiritual del Presbítero diocesano hoy»* (27.I.1989).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones* (2.II.1989).
- *Meditación en el Pontificio Seminario Romano Mayor* (4.II.1989).
- *Al clero de la diócesis de Roma* (9.II.1989).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo* (12.III.1989).
- *Discurso a la Sacra Penitenciaría Apostólica y a los penitenciaristas de las Basílicas Patriarcales* (20.III.1989).
- *Homilía en la Misa Crismal* (23.III.1989).
- *A los nuevos diáconos del Pontificio Colegio Americano del Norte* (7.IV.1989).
- *Discurso a los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de Madagascar* (30.IV.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en la catedral de Lusaca (Zambia)* (2.V.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas en la catedral «Limbe» de Blantyre (Malawi)* (4.V.1989).
- *Homilía en las ordenaciones sacerdotales* (28.V.1989).
- *A los sacerdotes y religiosos en Oslo (Noruega)* (2.VI.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos en Reikiavik (Islandia)* (3.VI.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y consejo pastoral en Copenhague (Dinamarca)* (7.VI.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y diáconos permanentes en Gaeta* (25.VI.1989).
- *Mensaje para la Jornada de oración por las vocaciones de 1990* (4.X.1989).
- *En la iglesia de «Nonyog-dong» de Seúl (Corea)* (7.X.1989).
- *En el encuentro con los Obispos, clero, religiosos y religiosas en la catedral de Jakarta (Indonesia)* (10.X.1989).
- *A los seminaristas de Indonesia* (11.X.1989).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y representantes del laicado en Sainte-Croix (Mauritius)* (15.X.1989).

- *A los sacerdotes del Colegio Croata* (21.X.1989).
- *Carta Apostólica con motivo del centenario de la Obra de San Pedro Apóstol* (1.X.1989).
- *Discurso a la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales* (17.XI.1989).
- *Angelus* (3.XII.1989).
- *Angelus* (10.XII.1989).
- *Angelus* (17.XII.1989).
- *Angelus* (24.XII.1989).
- *Angelus* (31.XII.1989).

1990

- *Angelus* (7.I.1990).
- *Angelus* (14.I.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos en la catedral de Praia (Cabo Verde)* (25.I.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas y seminaristas en la catedral de Bissau (Guinea Bissau)* (27.I.1990).
- *Discurso durante la bendición del Seminario menor en Bissau (Guinea Bissau)* (27.I.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, catequistas y seminaristas en la catedral de Bamako (Mali)* (28.I.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos y catequistas en la catedral de Uagadugu (Burkina Faso)* (29.I.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en la catedral de N'Djamena (Tchad)* (31.I.1990).
- *Angelus* (4.II.1990).
- *Angelus* (11.II.1990).
- *A los seminaristas del Pontificio Colegio Urbano* (13.II.1989).
- *Al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos* (15.II.1990).
- *Angelus* (18.II.1990).
- *Angelus* (25.II.1990).
- *Al clero de la diócesis de Roma* (1.III.1990).
- *Angelus* (4.III.1990).
- *Angelus* (11.III.1990).
- *Angelus* (18.III.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y miembros de los consejos pastorales diocesanos en la catedral de Ivrea* (18.III.1990).
- *Angelus* (25.III.1990).
- *A los prelados y oficiales de la Penitenciaría Apostólica* (31.III.1990).
- *Angelus* (1.IV.1990).

- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1990* (12.IV.1990).
- *Homilía en la Misa Crismal* (12.IV.1990).
- *Al clero, religiosos y laicos en la catedral de Praga (Checoslovaquia)* (21.IV.1990).
- *Homilía en la Plaza Soriana de Durango (México)* (9.V.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos, seminaristas y laicos comprometidos en la Ciudad de México (México)* (12.V.1990).
- *Discurso a los sacerdotes y religiosos en la catedral de La Valetta (Malta)* (25.V.1990).
- *Angelus* (3.VI.1990).
- *Homilía en ordenaciones sacerdotales en Roma* (10.VI.1990).
- *Angelus* (10.VI.1990).
- *Angelus* (24.VI.1990).
- *Homilía en el Pontificio Colegio Lituanio* (1.VII.1990).
- *Angelus* (1.VII.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos y laicos en la catedral de Benevento* (2.VII.1990).
- *Alocución durante la liturgia de la palabra para la bendición del nuevo seminario de Benevento* (2.VII.1990).
- *Angelus* (8.VII.1990).
- *Angelus* (22.VII.1990).
- *Angelus* (29.VII.1990).
- *Angelus* (5.VIII.1990).
- *Angelus* (12.VIII.1990).
- *Angelus* (19.VIII.1990).
- *Homilía de ordenaciones sacerdotales en «Jangwani Grounds» (Tanzania)* (2.IX.1990).
- *Discurso al clero y religiosos en la iglesia de San Pedro de Dar-es-Salaam (Tanzania)* (2.IX.1990).
- *Discurso a los presbíteros diocesanos, religiosos y religiosas en Bujumbura (Burundi)* (6.IX.1990).
- *Homilía durante la Misa en la explanada Mbare de Kabgayi (Ruanda)* (8.IX.1990).
- *Angelus* (16.IX.1990).
- *Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* (18.IX.1990).
- *Angelus* (30.IX.1990).
- *A los participantes del retiro mundial para los sacerdotes* (18.IX.1990).
- *A los sacerdotes, diáconos y seminaristas de la diócesis italiana de Albano* (20.IX.1990).
- *A los sacerdotes, religiosos y agentes pastorales en Ferrara* (23.IX.1990).

- *En la solemne apertura de la VIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (30.IX.1990).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1991* (4.X.1990).
- *A la comunidad del Seminario Romano Mayor* (21.X.1990).
- *Mensaje al Pueblo de Dios en la conclusión de la VIII Asamblea Sinodal* (27.X.1990).
- *A los Padres Sinodales en la última Congregación General* (27.X.1990)
- *Homilía en la solemne clausura de la VIII Asamblea General del Sínodo de los Obispos* (28.X.1990).
- *Homilía en el Seminario Mayor de Nápoles* (10.XI.1990).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Nápoles* (10.XI.1990).
- *A los sacerdotes y religiosos en Aversa* (13.XI.1990).
- *Al Pontificio Colegio Esloveno* (22.XI.1990).

1991

- *A los superiores y alumnos del Seminario de la archidiócesis de Vrhbosnia-Sarajevo* (5.I.1991).
- *A los superiores y alumnos del Almo Colegio Capránica* (19.I.1991).
- *Meditación en el Seminario Romano Mayor* (9.II.1991).
- *Al clero de Roma* (14.II.1991).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1991* (10.III.1991).
- *Homilía en la Misa Crismal* (28.III.1991).
- *En la inauguración del Seminario de Basilicata* (28.IV.1991).
- *Carta Encíclica «Centesimus Annus»* (1.V.1991).
- *Homilía en ordenaciones sacerdotales en la Basílica de San Pedro* (26.V.1991).
- *En el Seminario de Koszalin (Polonia)* (1.VI.1991).
- *En la bendición del Seminario mayor de Sandomierz -Rzeszów (Polonia)* (4.VI.1991).
- *En la bendición del nuevo Seminario de Lomza (Polonia)* (5.VI.1991).
- *A los sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en la concatedral de Mantua* (22.VI.1991).
- *A los seminaristas de la diócesis de Mantua* (23.VI.1991).
- *Homilía a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos en Esztergom (Hungría)* (16.VIII.1991)
- *A los seminaristas en Buda (Hungría)* (19.VIII.1991).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en Vicenza* (8.IX.1991).
- *Al clero de la diócesis de Latina* (29.IX.1991).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Natal* (13.X.1991).
- *A los seminaristas en Brasilia (Brasil)* (15.X.1991).

- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1992* (1.XI.1991).

1992

- *Homilía en el Almo Colegio Capránica* (21.I.1992).
- *Discurso a los sacerdotes y religiosos en Ziguinchor (Senegal)* (20.II.1992).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Banjul (Gambia)* (23.II.1992).
- *Homilía durante la Misa de ordenaciones sacerdotales en Conakry (Guinea)* (25.II.1992).
- *A los superiores y alumnos del Seminario Romano Mayor* (29.II.1992).
- *Al clero de la diócesis de Roma* (5.III.1992).
- *Audiencia general* (18.III.1992).
- *A los sacerdotes, religiosos, seminaristas y laicos en la catedral de Sorrento* (19.III.1992).
- *A los penitenciarios de Roma* (21.III.1992).
- *Exhortación Apostólica Postsinodal «Pastores dabó vobis»* (25.III.1992).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1992* (29.III.1992).
- *En el Colegio Español de Roma* (28.III.1992).
- *Homilía en la Misa Crismal* (16.IV.1992).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas de la diócesis de Trieste* (1.V.1992).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas de Nola* (23.V.1992).
- *A los sacerdotes y religiosos de Caserta* (24.V.1992).
- *Discurso a los sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral en Luanda (Angola)* (4.VI.1992).
- *Discurso a los sacerdotes y religiosos en Santo Tomé* (6.VI.1992).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1993* (8.IX.1992).
- *En la catedral de Santo Domingo al clero y religiosos* (10.X.1992).
- *Homilía a los seminaristas en el seminario de Santo Domingo* (13.X.1992).
- *Homilía durante la Misa de apertura de curso del Seminario romano mayor* (18.X.1992).
- *A la plenaria de la Congregación para la educación católica* (9.XI.1992).
- *En el XXV aniversario del Pontificio Colegio Mexicano* (24.XI.1992).

1993

- *Discurso a los sacerdotes y religiosos en Cotonou (Benin)* (4.II.1993).
- *A los sacerdotes, religiosos y catequistas en la catedral de Jartum (Sudán)* (10.II.1993).
- *A los sacerdotes de la diócesis de Roma* (25.II.1993).

- *A la Comisión interdicasterial para una distribución más equitativa del clero* (26.II.1993).
- *Mensaje con motivo de VI centenario del martirio de San Juan Nepomuceno* (19.III.1993).
- *Discurso a los miembros de la Penitenciaría apostólica y a los penitenciaros de las Basílicas patriarcales de Roma* (27.III.1993).
- *Audiencia general* (31.III.1993).
- *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1993* (8.IV.1993).
- *Homilía en la Misa crismal* (8.IV.1993).
- *Audiencia general* (21.IV.1993).
- *Homilía durante la Misa de ordenaciones sacerdotales en la Basílica de San Pedro* (2.V.1993).
- *Audiencia general* (5.V.1993).
- *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en la catedral de Trápani* (8.V.1993).
- *A los sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en la catedral de Mazara de Vallo* (8.V.1993).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Agrigento* (9.V.1993).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Caltanissetta* (10.V.1993).
- *Audiencia general* (12.V.1993).
- *Audiencia general* (19.V.1993).
- *Discurso durante el encuentro con los sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos de la diócesis Arezzo-Cortona-Sansepolcro* (23.V.1993).
- *Audiencia general* (26.V.1993).
- *A un Congreso internacional sobre «'Pastores dabo vobis': el sacerdote hoy»* (28.V.1993).
- *Audiencia general* (2.VI.1993).
- *Audiencia general* (9.VI.1993).
- *Homilía en la Misa con ordenaciones sacerdotales en Sevilla (España)* (12.VI.1993).
- *Homilía a los seminaristas y sacerdotes durante la celebración de la Palabra en el Seminario Mayor de Madrid (España)* (16.VI.1993).
- *A los sacerdotes y religiosos en la catedral de Macerata* (19.VI.1993).
- *Audiencia general* (30.VI.1993).
- *Audiencia general* (7.VII.1993).
- *Audiencia general* (17.VII.1993).
- *Audiencia general* (21.VII.1993).
- *Audiencia general* (28.VII.1993).
- *Audiencia general* (4.VIII.1993).
- *Homilía durante la celebración de Laudes con los sacerdotes y religiosos en Kingston (Jamaica)* (10.VIII.1993).

- *Audiencia general* (25.VIII.1993).
- *Audiencia general* (1.IX.1993).
- *A los sacerdotes y religiosos en Vilna (Lituania)* (4.IX.1993).
- *Audiencia general* (22.IX.1993).
- *Audiencia general* (29.IX.1993).
- *A los sacerdotes, seminaristas y diáconos permanentes holandeses* (19.X.1993).
- *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el clero* (22.X.1993).
- *Discurso a los seminaristas de la diócesis de Conversano-Monopoli* (30.X.1993).
- *Homilía en el Seminario Romano Mayor* (31.X.1993).
- *Mensaje para la Jornada de la oración por las vocaciones de 1994* (26.XII.1993).

1994

- *A los superiores y estudiantes del seminario mayor de Roma* (12.II.1994).
- *Al clero de la diócesis de Roma* (17.II.1994).
- *A un grupo de rectores de seminarios de lengua inglesa de varios países de Europa* (18.II.1994).
- *A la Penitenciaría apostólica y a los penitenciaris y confesores ordinarios de las basílicas patriarcales de Roma* (12.III.1994).
- *Carta a los sacerdotes, con ocasión del Jueves Santo de 1994* (13.III.1994).
- *Homilía en la Misa crismal* (31.III.1994).
- *Homilía durante la Misa de ordenación presbiteral de 39 diáconos* (22.V.1994).
- *A los sacerdotes y religiosos de Sarajevo* (8.IX.1994).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de Croacia, en la catedral de Zagreb* (10.IX.1994).
- *En la inauguración del nuevo seminario, de la Casa del clero y del Sínodo diocesano de Lecce* (18.IX.1994).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1995* (18.X.1994).
- *Cruzando el umbral de la esperanza, Barcelona 1994.*

1995

- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, en la iglesia de María, Auxilio de los cristianos, de Port Moresby* (16.I.1995).
- *Homilía durante la celebración de la Palabra con los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas, en la catedral de Colombo* (20.I.1995).
- *A los superiores y estudiantes del seminario mayor de Roma* (25.II.1995).
- *Al Clero de la diócesis de Roma* (2.III.1995).

- *Discurso a los miembros de la Penitenciaría apostólica y a los penitenciarios de las Basílicas patriarcales de Roma* (18.III.1995).
- *Carta a los sacerdotes, con ocasión del Jueves Santo de 1995* (25.III.1995).
- *A los formadores y alumnos del seminario mayor de Djakovo y Srijem (Croacia)* (3.IV.1995).
- *Homilía en la Misa Crismal* (13.IV.1995).
- *Homilía de ordenaciones sacerdotales en la Basílica de San Pedro* (14.V.1995).
- *A un grupo de sacerdotes que celebraban su 25 aniversario de ordenación* (17.V.1995).
- *Discurso a los alumnos del seminario «María, Reina de los apóstoles» y a los estudiantes del colegio «Santo Tomás de Aquino» de Moscú* (1.VI.1995).
- *A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en la concatedral de Bratislava* (30.VI.1995).
- *Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones de 1996* (15.VIII.1995).
- *A un grupo de sacerdotes coreanos* (29.IX.1995).
- *A un grupo de seminaristas del Colegio Pontificio norteamericano* (3.X.1995).
- *Homilía en el seminario de Yonkers, Nueva York* (6.X.1995).
- *A los sacerdotes asistentes de la Acción católica italiana* (26.X.1995).
- *Discurso en la clausura del Simposio Internacional organizado por la Congregación para el Clero con motivo del XXX aniversario del Decreto conciliar «Presbyterorum Ordinis»* (27.X.1995).
- *Angelus* (26.XI.1995).
- *Angelus* (3.XII.1995).

II. Generales

CONCILIO VATICANO II, *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Documentos pontificios complementarios* (edic. bilingüe castell.-latín), Madrid 1965.
Catecismo de la Iglesia Católica, Madrid 1992.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Città del Vaticano 1994.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Inter ea* (4.XI.1969), en AAS LXII (1970) 123-134.

— *Declaratio de quibusdam associationibus vel coadunationibus quae omnibus clericis prohibentur* (8.III.1982), en AAS LXXXIV/1 (1982) 642-645.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (6.I.1970), en AAS LXII (1970) 321-384.

SÍNODO DE LOS OBISPOS DE 1971, *De sacerdotio ministeriali*, en AAS, LXIII (1971) 898-922.

B. ESTUDIOS

AA.VV., *Derecho de la comunidad a un pastor*, en «Concilium» 16 (1980) 297-442.

AA.VV., *La formación permanente de los sacerdotes*, Madrid 1993.

AA.VV., *Los sacerdotes. Decretos «Presbyterorum Ordinis» y «Optatam totius». Textos latinos y traducciones castellanas. Comentarios*, Madrid 1969.

ABAD, J.A., *Juan Pablo II al sacerdocio*, Pamplona 1981.

— *La espiritualidad del presbítero diocesano secular en el magisterio de Juan Pablo II*, en AA.VV., *Espiritualidad del presbítero diocesano secular* (Simposio), Madrid 1987, pp. 651-673.

— *Fraternidad sacerdotal*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros. Balance sinodal del Postconcilio*, Madrid 1988, pp. 117-163.

ARANDA-LOMEÑA, A., *El sacerdocio de Jesucristo en los ministros y en los fieles. Estudio teológico sobre la distinción «essentia et non gradu tantum»*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, pp. 207-246.

AUGUSTYN, J., *Jak szukać i znajdować wole Bożą*, (*Cómo buscar y encontrar la voluntad de Dios*), Kraków 1993.

BANDERA, A., *La Virgen María y los sacramentos*, Madrid 1978.

BERNARD, CH.A., *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Madrid 1994.

BLÁZQUEZ, R., *La teología de una praxis ministerial alternativa. Nota bibliográfica sobre «El ministerio eclesial» de E. Schillebeeckx*, en «Salmanticensis» 31 (1984) 113-135.

— *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1988.

BOUYER, L., *El sentido de la vida sacerdotal*, Barcelona 1967.

BOVONE, A., *La unidad de vida del sacerdote*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros. Balance sinodal del Postconcilio*, Madrid 1988, pp. 67-83.

BUXAKOWSKI, J., *Permanენტna formacja kapłanów*, (*La formación permanente de los sacerdotes*), en «Ateneum Kapłanskie» 120 (1993) 442-451.

CABEZAS, J., *La identidad del presbítero*, en «Seminarios» 38 (1992) 310-318.

CAFARRA, C., *Doctrina, vida y pastoral*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros. Balance sinodal del Postconcilio*, Madrid 1988, pp. 19-33.

- CALVO-GUINDA, J., *Nueva concepción de la formación permanente desde «Pastores dabo vobis»*, en «Seminarios» 40 (1994) 31-46.
- CALVO-MORALEJO, G., *Espiritualidad mariana del sacerdote, en Juan Pablo II*, en «Compostellanum» 33 (1988) 205-223.
- CAPRIOLI, M., *Il sacerdozio comune e il sacerdozio ministeriale nel pensiero di Giovanni Paolo II*, en «Lateranum» 47 (1981) 124-157.
- *Esortazione apostolica postsinodale «Pastores dabo vobis» di Giovanni Paolo II. Presentazione e valutazione*, en «Teresianum Ephemerides Carmeliticae» 43 (1992) 323-357.
- CASCIARO, J.M., *Fundamentación bíblica de la identidad sacerdotal: aportación de los evangelios sinópticos*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, pp. 289-305.
- CASTÁN-COLOMA, L., *Recursos para fomentar la vida espiritual del presbítero*, en *Teología del sacerdocio*, VII: *Los presbíteros a los diez años de «Presbyterorum ordinis»*, Burgos 1975, pp. 463-495.
- COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal y ministerio. El ejercicio del ministerio pastoral alimenta, postula y configura la espiritualidad presbiteral*. (Documento de trabajo), en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal*. (Congreso), Madrid 1989, pp. 625-655.
- CONGAR, Y., *Sacerdocio y laicado*, Barcelona 1964.
- *A mis hermanos*, Salamanca 1969.
- CORDES, P.J., *Sendung zum Dienst. Exegetisch-historische und systematische Studien zum Konzilsdekret «Vom Dienst und Leben der Priester»*, Frankfurt am Main, 1972.
- COSTELLO, T.J., *The Use of Psychology as an Aid to Priestly Formation*, en «Seminarium» 32 (1992) 629-636.
- CRUCIJANO, A., *Incidencias del magisterio de Juan Pablo II en la Pastoral Vocacional*, en «Seminarios» 28 (1982) 193-212.
- DE GIORGI, S., *Los ejercicios espirituales, una fuerte experiencia de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo*, en *L'Osservatore Romano*, 5 de agosto de 1994 (edic. castell.), pp. 9-10.
- DE LA LAMA, E., *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación*, Madrid 1994.
- DEL CURA, S., *La sacramentalidad del sacerdote y su espiritualidad*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal*. (Congreso), Madrid 1989, pp. 73-119.
- DEL PORTILLO, A., *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid⁶ 1990.
- DICK, K., *El sacramento de la Penitencia en la vida espiritual del sacerdote*, en «Scripta Theologica» 10 (1978) 627-642.

- DORADO-SOTO, A., *Os daré pastores según mi corazón*, en «Ecclesia» 2577-78 (1992) 6-7.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., B., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968.
- ESQUERDA-BIFET, J., *Signos externos de identidad sacerdotal*, en «Seminarium» 30 (1978) 148-166.
- *Identidad apostólica: transfondo histórico de la carta de Juan Pablo II a los sacerdotes*, en *Teología del sacerdocio*, XII: *El sacerdocio en el posconcilio*, Burgos 1980, pp. 107-149.
- *Teología del sacerdocio*, XIX: *Historia de la espiritualidad sacerdotal*, Burgos 1985.
- FAVALE, A., *El ministerio presbiteral. Aspectos doctrinales, pastorales y espirituales*, Madrid 1989.
- FAVALE A.-GOZZELINO, G., *Il ministero presbiterale. Fenomenologia e diagnosi di una crisi, dottrina, spiritualità*, Torino 1972.
- GAMARRA, S., *Juan Pablo II ante el sacerdocio*, en «Surge» 36 (1978) 503-525.
- *El proceso pedagógico en la espiritualidad sacerdotal*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal* (Congreso), Madrid 1989, pp. 221-259.
- *Teología espiritual*, Madrid 1994.
- GAMBINO, V., *Dimensioni della formazione presbiterale. Prospettive dopo il Sinodo del '90 e la «Pastores dabo vobis»*, Torino 1993.
- GARCÍA-PAREDES, J.C.R., *María en la espiritualidad de los ministros ordenados*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal*. (Congreso), Madrid 1989, pp. 263-282.
- GARCÍA-VELASCO, J., *Juan Pablo II y el Seminario*, en «Seminarios» 27 (1981) 11-54.
- *Juan Pablo II, las Vocaciones y el Sacerdocio*, en «Seminarios» 31 (1985) 189-240.
- *La formación espiritual en los Seminarios Mayores*, en «Seminarios» 33 (1987) 61-79.
- *La pastoral de las Vocaciones sacerdotales a la luz de «Pastores dabo vobis»*, en «Seminarios» 38 (1992) 319-332.
- GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la Vida Interior*, Madrid 1992.
- GEIGER, L.B., *La participation dans la philosophie de Saint Thomas d'Aquin*, Paris 1953.
- GOFFI, T., *La integración afectiva del sacerdote*, Salamanca 1967.
- GOICOECHEAUNDÍA, J., *El pensamiento de SS. Juan Pablo II sobre el sacerdocio*, en «Surge» 38 (1980) 179-189; 39 (1981) 51-62.

- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *¿Crisis de seminarios o crisis de Sacerdotes?*, Madrid 1967.
- GOYA, B., *Celibato: Madurez en Cristo*, en «Revista de Espiritualidad» 47 (1988) 648-681.
- GRELOT, P., *El ministerio de la Nueva Alianza*, Barcelona 1969.
- GRESHAKE, G., *Ser sacerdote. Teología y espiritualidad del ministerio sacerdotal*, Salamanca 1995.
- ILLANES, J.L., *Sacerdocio y actividad temporal*, en *Teología del sacerdocio*, XII: *El sacerdocio en el posconcilio*, Burgos 1980, pp. 151-206.
- *Mundo y santidad*, Madrid 1984.
- *Identidad y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, en «Revista Católica Internacional Communion» 12 (1990) 396-409.
- *Vocación sacerdotal y seguimiento de Cristo*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, pp. 609-621.
- *Espiritualidad sacerdotal*, Santafé de Bogotá 1994.
- JIMÉNEZ-DUQUE, B., *Espiritualidad*, en «Gran Enciclopedia Rialp» 9 (1979) 203-206.
- JUAN DE LA CRUZ, S., *Obras completas*, Burgos 1990.
- KASPER, W., *Nuevos matices en la concepción dogmática del ministerio sacerdotal*, en «Concilium» 43 (1969) 375-389.
- KOZAH, M., «*Pastores dabo vobis*». *Perspectives orientales*, en «Seminarium» 32 (1992) 518-529.
- LAGHI, P., *Principales claves de lectura. Reflexiones sobre la exhortación apostólica «Pastores dabo vobis»*, en *L'Osservatore Romano* (edic. castell.), 1 de mayo de 1992, p. 10.
- «*Pastores dabo vobis*». *Presentazione*, en «Seminarium» 32 (1992) 505-517.
- LASANTA-CASERO, P.J., *Il sacerdote nel pensiero di Giovanni Paolo II*, Città del Vaticano 1993.
- LÓPEZ-MARTÍN, J., *Espiritualidad litúrgica del sacerdote*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal* (Congreso), Madrid 1989, pp. 349-366.
- MACHNIAK, J., *Kaplan i jego duchowosc w Wielkoczwartkowych «Listach do kaplanów» Jana Pawła II* (El presbítero y su espiritualidad en «Las Cartas con ocasión del Jueves Santo a los sacerdotes» de Juan Pablo II, en «Aetneum Kaplanskie» 116 (1991) 86-102.
- MACIEL, M., *La formación integral del sacerdote*, Madrid 1990.
- *La formación permanente. Reflexiones sobre el «Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros»*, en *L'Osservatore Romano* (edic. castell.), 30 de diciembre de 1994, p. 4.

- MARCUS, E., *La identidad del sacerdote. ¿Qué encierra esta cuestión hoy?*, en «Seminarios» 38 (1992) 34-45.
- MARLIANGEAS, B.D., *Clés pour une théologie du ministère. «In persona Christi». «In persona Ecclesiae»*, París 1978.
- MARTÍN-ABAD, J., *Celibato consagrado*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal* (Congreso), Madrid 1989, pp. 387-418.
- MARTINI, C.M., *El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal* (Congreso), Madrid 1989, pp. 173-191.
- MATEO-SECO, L.F., *El ministerio, fuente de espiritualidad del sacerdote*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, pp. 383-427.
- MOIOLI, G., *Scritti sul prete*, Milano 1990.
- MOLINERO, J., *Introducción*, en JUAN PABLO II, *Cartas a los sacerdotes. Hacia una renovación sacerdotal*, Madrid 1991.
- MORGA, C., *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, en «Scripta Theologica» 27 (1995) 597-607.
- MUSZYNSKI, H., *Przebieg i problematyka Synodu Biskupów 90 (Desarrollo y problemática del Sínodo de los Obispos del '90)*, en «Ateneum Kaplanskie» 116 (1991) 238-251.
- *El sacerdocio y los «tria munera». Reflexiones sobre la exhortación apostólica «Pastores dabo vobis»*, en *L'Osservatore Romano* (edic. castell.), 29 de mayo de 1992, p. 10.
- ORDÓÑEZ-MÁRQUEZ, J., *Medios y ayudas para la vida espiritual cotidiana del presbítero*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros. Balance sinodal del Postconcilio*, Madrid 1988, pp. 165-212.
- PELL, G., *La filosofía para los seminaristas y los sacerdotes. Reflexiones sobre la exhortación apostólica «Pastores dabo vobis»* en *L'Osservatore Romano* (edic. castell.), 28 de agosto de 1992, p. 6.
- PÉREZ-MIGUEL, F., *Tomado de entre los hombres*, en «Seminarios» 38 (1992) 291-307.
- PIÑERO, J.M., *Clave de lectura y meditación de la Exhortación apostólica postsinodal*, en «Seminarios» 38 (1992) 285-290.
- POZO, C., *Sacerdocio ministerial y radicalismo de los consejos evangélicos*, en «Seminarium» 32 (1992) 550-560.
- *Naturaleza y misión del sacerdocio ministerial*, en AA.VV., *Os daré pastores según mi corazón. Comentario y texto de la Exhortación Apostólica «Pastores dabo vobis» de Juan Pablo II*, Valencia 1992, pp. 169-180.
- RAHNER, K., *Siervos de Cristo*, Barcelona 1970.

- RICO-GARCÍA J.-LÓPEZ-LUPEÑA, C.R., *El proceso educativo de la formación sacerdotal. Criterios pedagógicos y dimensiones de la formación a la luz de «Pastores dabo vobis»*, en «Seminarios» 38 (1992) 375-400.
- RINCÓN-PÉREZ, T., *Sobre algunas cuestiones canónicas a la luz de la Exh. Apost. «Pastores dabo vobis»*, en «Ius Canonicum» 33 (1993) 315-378.
- RODRÍGUEZ, P., *Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la estructura de la Iglesia*, en «Romana» 3 (1987) 162-176.
- RUBIO-MORÁN, L., *La formación del pastor en y a la luz de «Pastores dabo vobis». Una lectura global y unitaria de la Exhortación*, en «Seminarios» 38 (1992) 333-368.
- RUBIO-PARRADO, L., *La formación de los sacerdotes. Los seminarios desde el decreto «Optatam totius» (1965) al Sínodo de 1990*, en «Seminarios» 36 (1990) 19-62.
- RYPAR, F., *La «Pastores dabo vobis» alla luce del pensiero conciliare sul sacerdozio e sulla formazione sacerdotale*, en «Seminarium» 32 (1992) 530-549.
- SÁNCHEZ-CHAMOSO, R., *María y la vocación en la Iglesia*, en «Seminarios» 33 (1987) 221-246.
- *La formación permanente*, en «Seminarios» 38 (1992) 401-419.
- SARAIVA-MARTINS, J., *La formation permanente des prêtres dans les circonstances actuelles*, en «Seminarium» 30 (1990) 286-301.
- SCHEFFCZYK, L., *La específica eficacia santificadora del sacramento de la Penitencia*, en «Scripta Theologica» 10 (1978) 581-599.
- SCHILLEBEECKX, E., *El ministerio eclesial*, Madrid 1983.
- *Pleidooi voor Mensen in de Kerk*, Baarn 1985.
- SESE, J., *Oración y santidad* en AA.VV., *Introducción a la lectura del Catecismo de la Iglesia Católica*, Pamplona 1993, pp. 317-334.
- SILANES, N., *La Iglesia de la Trinidad. La Santísima Trinidad en el Vaticano II. Estudio genético-teológico*, Salamanca 1981.
- SLOMKA, W., *Natura i misja sluzebnego kapłanstwa, (La naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial)*, en «Ateneum Kaplanskie» 120 (1993) 210-222.
- SOCHA, P., *Zycie duchowe kapłana (La vida espiritual del sacerdote)*, en «Ateneum Kaplanskie» 120 (1993) 223-237.
- SPIAZZI, R., *Considerazioni teologico-pastorali sulla identità, spiritualità e vita comunitaria del presbitero alla luce del Concilio Vaticano II e della lettera ai sacerdoti di Giovanni Paolo II*, en *Teologia del sacerdocio, XII: El sacerdocio en el posconcilio*, Burgos 1980, pp. 7-66.
- STICKLER, A.M., *El celibato eclesiástico. Su historia y sus fundamentos teológicos*, en «Scripta Theologica» 26 (1994) 13-78.

- STYCZEN, T., *Urodziles sie, by kochac (Naciste para amar)*, Lublin 1993.
- *Wprowadzenie do etyki (Introducción a la ética)*, Lublin 1993.
- SUÁREZ, F., *El sacerdote y su ministerio*, Madrid³ 1971.
- SUQUÍA, A., *Unión de los presbíteros con el Obispo y entre sí*, en AA.VV., *Espiritualidad y presbiterio. Balance sinodal del Postconcilio*, Madrid 1988, pp. 89-114.
- SZOSTEK, A., *Czlowiek-darem. Samospelnienie w samooddaniu (El hombre como don. Autorealización en autodonación)*, en *Z badan nad rodzina (De la investigación sobre la familia)*, Lublin 1984, pp. 128-149.
- TERESA DE JESÚS, S., *Obras completas*, Burgos 1994.
- TESTA, B., *La formación permanente del sacerdote. Reflexiones sobre la exhortación apostólica «Pastores dabo vobis»*, en *L'Osservatore Romano* (edic. castell.), 18 de septiembre de 1992, p. 6.
- TOMÁS DE AQUINO, S., *Suma Teológica*, (edic. bilingüe lat.-castell.), Madrid 1959.
- UBIETA, J.A., *La formación permanente de los sacerdotes*, en AA.VV., *Os daré pastores según mi corazón. Comentario y texto de la Exhortación Apostólica «Pastores dabo vobis» de Juan Pablo II*, Valencia 1992, pp. 241-265.
- VANHOYE, A., *Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada*, en AA.VV., *Espiritualidad del presbítero diocesano secular (Simposio)*, Madrid 1987, pp.69-85.
- *Sacerdotes antiguos, Sacerdote nuevo*, Salamanca 1992.
- VON BALTHASAR, H.U., *Amt und Existenz*, en «Internationale katholische Zeitschrift» 1 (1972) 289-297.
- *Giovani Paolo II, Lettera ai sacerdoti*, Brescia 1980.
- WOJTYLA, K., *Znak, któremu sprzeciwiac sie beda*, Poznan - Warszawa 1976, trad. española por V.M. FERNÁNDEZ-HERNÁNDEZ, *Signo de contradicción*, Madrid 1979.
- *La sainteté sacerdotale comme carte d'identité*, en «Seminarium» 30 (1978) 167-181.
- ZIEGENAUS, A., *Identidad del sacerdocio ministerial*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, pp. 81-96.





TABLA DE ABREVIATURAS

- AAS *Acta Apostolicae Sedis*, Romae 1908ss.
- AA.VV. Autores Varios
- C.79 JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1979*. (Esta abreviatura vale para todas las *Cartas*, cambiando el año de aparición que corresponda a cada una de ellas).
- CatIC *Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 1992.
- CD CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el oficio pastoral de los Obispos *Christus Dominus*.
- CIC *Código de Derecho Canónico*, (edic. bilingüe latín-castell.), Pamplona 1983.
- Directorio CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Città del Vaticano 1994.
- DV CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la revelación divina *Dei Verbum*.
- GS CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*.
- Insegnamenti* *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, I-XV/2, Città del Vaticano 1978-1992.
- LG CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*.
- OT CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la formación sacerdotal *Optatam totius*.
- PDV JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Postsinodal «Pastores dabo vobis» al Episcopado, al clero y a los fieles*

sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, Città del Vaticano 1992.

- PO CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*.
- SC CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.



EL MINISTERIO, FUENTE DE ESPIRITUALIDAD DEL SACERDOTE

Teología espiritual y teología dogmática están en estrecha conexión en el sentido de que la segunda constituye el fundamento para la primera. Conforme a este principio el presente capítulo y los sucesivos tendrán su base en el primero. Esbozada la naturaleza teológica del sacerdocio ministerial, reflexionaremos ahora, siguiendo el magisterio del Papa, sobre uno de los aspectos de la vida espiritual del sacerdote: el ejercicio del ministerio como fuente de su espiritualidad.

Seguiremos el siguiente orden: primero nos detendremos en considerar las fuentes y exigencias de la vida espiritual del presbítero, es decir, una vocación específica a la santidad. Luego, en los dos apartados siguientes veremos, de modo general, las relaciones mutuas entre el ejercicio del ministerio y la vida espiritual del presbítero. Descritas esas relaciones pasaremos a observarlas con más detalle en el ministerio de la palabra, de la santificación y del servicio de la caridad. El capítulo terminará con unas reflexiones sobre la unidad de vida del sacerdote.

1. UNA VOCACIÓN ESPECÍFICA A LA SANTIDAD

Antes de entrar directamente en la temática de este capítulo, tal vez cabe preguntarse en qué sentido puede hablarse de una espiritualidad sacerdotal. El uso común del término «espiritualidad» es relativamente reciente, aunque se maneja desde el siglo VI. Proviene de un vocablo más clásico, universalmente manejado: «espíritu» y de su adjetivo «espiritual». A lo largo de los siglos ha sufrido una evolución semántica. Esta evolución ha llevado a una gran dispersión entre los

autores a la hora de describir su significado. No es nuestra intención tratar en profundidad esta cuestión. Sólo aludimos a algunas realidades que parecen indispensables para nuestro tema.

Espíritu evoca dos realidades: puede equivaler a alma humana o referirse al Espíritu Santo. En el primer caso pensamos en la vida espiritual como conjunto de las operaciones propias del alma. El segundo caso relaciona la espiritualidad con la participación en la vida del Espíritu Santo. La espiritualidad, la vida espiritual tienen mucho que ver con ambos conceptos, sobre todo con el segundo. En el tercer capítulo de *Pastores dabó vobis*, cuyo subtítulo es «La vida espiritual del sacerdote», el Papa dice: «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Ga 5, 25). Con estas palabras el apóstol Pablo nos recuerda que la existencia cristiana es “vida espiritual”, o sea, vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de caridad¹. La espiritualidad sería así todo lo relativo a la vida espiritual.

Dentro del cristianismo se puede hablar de espiritualidad y de espiritualidades². Considerada en su origen la espiritualidad cristiana es única porque único es el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, y porque único es el Espíritu Santo que nos transforma en nuevas criaturas. Siempre deben darse los elementos esenciales para que la espiritualidad cristiana sea tal. En este sentido todos los bautizados tienen la misma espiritualidad cristiana. Sin embargo, bajo el aspecto existencial existen varias formas de vida cristiana y por lo tanto diversos modos de vivir la única espiritualidad cristiana. De aquí el fenómeno de la pluralidad de espiritualidades, donde pueden hacerse distinciones, ya que dentro de la diversidad de itinerarios personales existen caminos que en cierto modo son comunes. La distinción más fundamental sería ésta: espiritualidades según los ministerios eclesiales, y espiritualidades según las personalidades que les han dado origen³. Nos interesa sobre todo la primera distinción ya que permite hablar de la espiritualidad laical, espiritualidad sacerdotal, espiritualidad religiosa, etc. Estas expresiones y otras análogas —dice J.L. Illanes— «presuponen la significación genérica de la palabra *espiritualidad* entendida como vida nacida del Espíritu, como vivencia cristiana íntegra y plena, como desarrollo de la fe y de la caridad, y, a la vez, remiten a la situación o vocación concretas en las que esa vivencia acontece»⁴. En estas situaciones eclesiales —laicado, sacerdocio,

etc.— se encarna y realiza la única espiritualidad cristiana. Hablando, pues, de la espiritualidad sacerdotal se usa la palabra «espiritualidad» en un sentido estructural y descriptivo y se reconoce que entre la consagración, misión y estilo de vida espiritual del presbítero hay un nexo profundo⁵. En este sentido hablaremos de la espiritualidad sacerdotal siguiendo el magisterio de Juan Pablo II.

En efecto, analizando la enseñanza del Papa acerca del sacerdocio ministerial advertimos que el punto de partida es siempre la naturaleza teológica del ministerio sacerdotal. Todo lo relativo a la espiritualidad está en estrecha conexión con la teología del ministerio. Una comprensión exacta y plena del ministerio permite percibir con mayor nitidez cómo este ministerio afecta a la vida entera del sacerdote. La importancia de este hecho es subrayada por varios autores. Así, por ejemplo, R. Blázquez dice que «los rasgos de una buena espiritualidad sacerdotal están insertos en una buena teología sobre el ministerio sacerdotal. Teología y espiritualidad se refuerzan mutuamente para presentar la imagen evangélica y eclesial del presbítero. Ni espiritualidad sin fuste teológico, ni tratamiento teológico sin vibración espiritual; en este sentido serán infecundos los intentos actuales de recuperación de la espiritualidad del sacerdote si no van sustentados por una sintonía con las grandes orientaciones teológicas del Vaticano II; e igualmente no basta una comprensión teológica más crítica o un ajuste sociológico de la imagen del sacerdote»⁶. La enseñanza de Juan Pablo II nos atestigua que la espiritualidad sacerdotal no es mero añadido piadoso, sino expresión del ser del presbítero.

Partiendo de la teología del sacerdocio, el Papa, en sintonía con el Concilio Vaticano II, dice que la vida espiritual del presbítero está relacionada con una vocación específica a la santidad⁷.

El Pontífice destaca aquí el papel principal del Espíritu del Señor. El Espíritu Santo está sobre el Mesías. Él es el principio de su consagración y misión. «En virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios que lo llama, elige y envía. Así el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación»⁸. Este mismo Espíritu Santo está sobre todo el pueblo de Dios. Su presencia en el corazón de cada creyente va construyendo una vida espiritual en el sentido estricto de la palabra: una vida en la que el dinamismo del Espíritu Santo

actualiza todas las capacidades de la persona y, mediante su cooperación, la va configurando cada vez más intensamente con Cristo. En efecto, el Espíritu Santo revela y comunica a todos la vocación a la santidad y se hace principio y fuente de su realización⁹.

El Concilio Vaticano II afirma que «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»¹⁰. La llamada del presbítero a la santidad se inserta en este amplio contexto de la llamada universal a la santidad. *Presbyterorum ordinis* dice que los sacerdotes «ya en la consagración del bautismo, como todos los fieles de Cristo recibieron el signo y don de tan gran vocación y gracia, a fin de que, aun dentro de la flaqueza humana (cfr. 2 Cor 12, 9), puedan y deban aspirar a la perfección, según la palabra del Señor: *Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48)»¹¹. La llamada a ser santos está dirigida pues a todos los cristianos, entre los cuales están los sacerdotes¹². Por consiguiente, antes de ser ministro de Cristo, el sacerdote es un bautizado que debe vivir las exigencias fundamentales del cristianismo. El seguimiento de Cristo, inscrito en las exigencias del bautismo y de la confirmación, exige un continuo esfuerzo de conversión en el sentido evangélico: «convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15), que continuará abrazando toda la existencia del presbítero.

Sin embargo, la llamada universal a la santidad no debe entenderse como «una llamada en común», «una llamada genérica». Así lo explica L.F. Mateo-Seco: «Si la santidad no es otra cosa que la plenitud del Amor de Dios en el hombre —la caridad de Dios derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cfr. Rom 5, 5)— no puede haber nada más íntimo, personal e intransferible, algo más individualizado, que la vocación a la santidad. Así que la llamada a la santidad se dirige a todos y es, al mismo tiempo, lo más personal, lo más particular, que se dirige a cada hombre. Esta santidad, como recuerda *Lumen gentium*, la consigue cada uno a través de las circunstancias con que su vida se encuentra entretejida por la voluntad de Dios»¹³. En efecto —como dice el Papa— hay que hablar también de una vocación específica a la santidad. En el caso del presbítero esta vocación se basa en el sacramento del Orden, como sacramento propio y específico del sacerdote¹⁴. Los sacerdotes son llamados a la santidad no sólo en cuanto bautizados, sino también y específica-

mente en cuanto presbíteros, es decir, con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del Orden. Ahora bien, la santidad a la que están llamados —aunque venga pedida por un nuevo vínculo sacramental— no es mayor que aquella a la que están llamados los demás fieles¹⁵. Todos están llamados a vivir la plenitud de la vida cristiana.

La vocación específica del presbítero a la santidad reviste los tonos que dimanan del sacramento del Orden. Con la imposición de las manos del Obispo —como veíamos en el primer capítulo— un cristiano queda enriquecido por el don del Espíritu Santo con un carácter indeleble, que imprime una especial configuración con Cristo sumo y eterno Sacerdote. El presbítero es alguien de quien el Espíritu Santo se posesiona para ponerlo totalmente al servicio de la misión de Cristo y de la Iglesia. El sacerdote queda habilitado para actualizar los gestos «potestativos» con que el Señor edifica, guía y rige su Iglesia. Queda elevado a la condición de signo-persona de tal modo que obra «in persona Christi» e «in nomine Ecclesiae». «Gracias a esta consagración —dice el Papa— obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y se compendian en su caridad pastoral»¹⁶.

Así, pues, en el plano objetivo sacramental el sacerdote representa a Jesucristo sumo y eterno Sacerdote. Jesucristo —como decíamos— es a la vez Sacerdote y víctima. En Él hay identidad entre el Oferente y la Ofrenda por la infinita caridad y obediencia con que se ofrece al Padre. En Jesús hay perfecta unidad entre la misión y la existencia. Una unidad similar debe haber también en quien representa objetivamente a Jesucristo «Sacerdos et Hostia». La llamada específica del presbítero a la santidad consiste precisamente en hacer realidad esta unidad¹⁷. Si no hay coherencia entre lo sacramental y lo existencial un sacerdote sería una contradicción, «un monstruo», «una posibilidad imposible»¹⁸. Para representar sacramentalmente a Jesucristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia el sacerdote recibe el don del sacerdocio ministerial. Un don que le viene de la libre decisión divina. Un don que es la expresión del infinito amor desinteresado de Dios para con su Iglesia. Un don que es irrevocable como lo son todos los dones de Dios. Como veíamos, un don se manifiesta como tal en aque-

llos que lo reciben y acogen como don. Por eso un don así pide la respuesta. Toda la existencia del sacerdote tiene sentido en la medida en que es vivida como don, ya que sólo de este modo se puede responder a la donación divina. Un don total y desinteresado de sí mismo a Dios y a la Iglesia, hecho libre e irrevocablemente. Todo el magisterio de Juan Pablo II sobre el sacerdocio tiene este carácter: invita a los presbíteros a la plena respuesta de su vida de acuerdo con lo que han recibido: «imitamini quod tractatis!».

2. LA SANTIFICACIÓN A TRAVÉS DEL MINISTERIO

Si el sacerdote está llamado a identificarse existencialmente con Jesucristo a quien representa sacramentalmente, es decir, está llamado a que su vida espiritual se identifique con la misión que le es confiada en virtud de la consagración recibida, resulta que el ministerio que desempeña es de particular importancia para su santificación. Estos vínculos entre la consagración, misión y santificación el Papa los expresa de este modo: «La misión no es un elemento extrínseco o yuxtapuesto a la consagración, sino que constituye su finalidad intrínseca y vital: *la consagración es para la misión*. De esta manera, no sólo la consagración, sino *también la misión está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador*. Así fue en Jesús. Así fue en los apóstoles y en sus sucesores. Así es en toda la Iglesia y en sus presbíteros: todos reciben el Espíritu como don y llamada a la santificación en el cumplimiento de la misión y a través de ella»¹⁹.

No cabe duda, y hoy nadie lo niega, que existe una relación entre el ministerio y la vida espiritual. Sin embargo, el enlace entre ambas realidades puede entenderse de varias maneras. La Comisión Episcopal del Clero de la Conferencia Episcopal española en uno de sus documentos²⁰ habla de cómo el ministerio presbiteral alimenta, postula y configura la espiritualidad del presbítero. Un punto de este documento presenta algunas concepciones insuficientes acerca de la relación entre ejercicio ministerial y espiritualidad presbiteral. Parece útil evocar algunas de sus observaciones a fin de compararlas con las expresiones del Papa al respecto.

Una primera concepción sería la de los que sostienen que el ejercicio del ministerio ha sido vivido (esta sensibilidad pertenece al pa-

sado, pero subsiste en el presente) en determinados ambientes como un «banco de prueba» para la espiritualidad. Ésta se alimenta en fuentes distintas del ejercicio del ministerio y tiene que verificar su solidez en las difíciles condiciones de la vida pastoral. En esta postura se resaltan los peligros de la acción pastoral y se pone al presbítero en guardia ante ellos. La acción pastoral sería para el sacerdote un riesgo de dispersión y de desgaste. Un riesgo necesario, sin embargo, que es preciso asumir²¹.

Otras posiciones consideran el ejercicio del ministerio indiferente en sí mismo para la santificación del presbítero. Según estas posturas, la existencia presbiteral parece desarrollarse en dos planos. En uno se sitúa la oración y el ministerio de los sacramentos; en el otro la acción. En el primer caso la espiritualidad se alimenta, se recupera, recarga sus baterías. En el segundo la energía acumulada se aplica a la acción. Pero la acción pastoral es irrelevante para la espiritualidad. Surgen así, como peligros reales, el que se dé como una especie de foso entre la vida personal y el ministerio, o que el sacerdocio sea valorado como «funcionariado eclesiástico». Este planteamiento adolece de la siguiente paradoja: el ejercicio del ministerio es fuente de salvación para sus destinatarios, pero no para quien lo ejerce²².

Las concepciones que acabamos de señalar reconocen que la espiritualidad influye positivamente en el ejercicio del ministerio, pero no al revés. Hay otras posiciones que sostienen que el ministerio influye favorablemente en la espiritualidad, puesto que la postula y exige: «Por tres motivos sería el ministerio exigencia de espiritualidad. En primer lugar, porque remite al presbítero a la *oración* y al *sacrificio*, que son la colaboración obligada de un apóstol a la obra transformadora de la gracia. Oración y sacrificio del apóstol revierte sobre él madurando su espiritualidad. En segundo lugar, porque el *testimonio de una vida* que practica lo que predica es un elemento que corrobora la credibilidad del mensaje y, de este modo, facilita su acogida por parte del destinatario. En tercer lugar, porque la *coherencia* entre lo vivido y lo anunciado es condición de higiene y *unidad interior* para el anunciante y postulado de su misma «*honestidad profesional*»²³. Hay que decir que esta postura resalta la exigencia del ministerio por parte de la espiritualidad; sin embargo, lo que le falta es que no pone suficientemente de relieve que la espiritualidad del sacerdote es previamente posibilitada por la gracia de su ministerio.

Más lejos en sus afirmaciones llegan finalmente los que dicen que la actividad pastoral no sólo es el terreno en el que se expresa la espiritualidad, sino también la tierra de la que ésta se nutre. La gracia del sacramento del Orden es activada no sólo por los medios tradicionales, sino también por el ejercicio del ministerio. Esta afirmación es muy importante a la hora de sacar consecuencias teóricas y prácticas para la espiritualidad del presbítero. Sin embargo, se trata a veces el ejercicio del ministerio como un medio más, un medio yuxtapuesto a los medios tradicionales²⁴.

Tenemos que analizar ahora algunas expresiones de Juan Pablo II a fin de ver cómo se relacionan en su magisterio el ministerio y la vida espiritual. Volvamos a citar estas palabras del Papa: «los presbíteros reciben el Espíritu como don y llamada a la santificación en el cumplimiento de la misión y a través de ella»²⁵. En otra ocasión decía: «El Concilio Vaticano II ha expuesto de modo claro y preciso la esencia de la santidad propia de los sacerdotes. Debemos buscar las formas concretas de esa santidad, ejercitando los múltiples cometidos que pertenecen a nuestra vocación y a nuestro ministerio sacerdotal»²⁶. «Existe por tanto —dice el Papa— una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio, descrita así por el Concilio: “Al ejercer el ministerio del Espíritu y de la justicia (cfr. 2 Cor 3, 8-9), (los presbíteros) si son dóciles al Espíritu de Cristo, que los vivifica y guía, se afirman en la vida del espíritu. Ya que por las mismas acciones sagradas de cada día, como por todo su ministerio, que ejercen unidos con el Obispo y los presbíteros, ellos mismos se ordenan a la perfección de la vida. Por otra parte, la santidad de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio”»²⁷.

La relación entre el ejercicio del ministerio y la vida espiritual puede encontrar —según el Papa— su explicación también a partir de la caridad pastoral. El sacerdote en virtud de la Ordenación participa «de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, *deber y llamada* a la respuesta libre y responsable del presbítero. El contenido esencial de la caridad pastoral es la *donación de sí*, la *total donación de sí a la Iglesia*, compartiendo el don de Cristo y a su imagen»²⁸. La caridad pastoral como don de sí a la Iglesia se refiere a ella como cuerpo y esposa de Jesucristo. Por lo tanto la caridad del presbítero se refiere primariamente a Jesu-

cristo: «solamente si ama y sirve a Cristo Cabeza y Esposo, la caridad se hace fuente, criterio, medida, impulso del amor y del servicio del sacerdote a la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo»²⁹.

Juan Pablo II siguiendo al Concilio Vaticano II dice que es precisamente la caridad pastoral la que es capaz de dar unidad a la vida del presbítero. Con esta afirmación se muestra la coincidencia del presbítero con todos sus hermanos cristianos: su perfección está en el amor, en la caridad. Y al mismo tiempo se pone de relieve lo que especifica esta caridad en el sacerdote: se trata de un amor propio de pastor³⁰.

Precisamente porque el vínculo de la perfección en el sacerdote es la caridad pastoral, es lógico que el ministerio de los presbíteros sea no sólo expresión de este amor, sino el lugar en que ese amor aumenta³¹.

Se deduce de esas expresiones del Pontífice —que podrían multiplicarse— que la entera actividad pastoral no es sólo una vía más de santificación del presbítero, sino una vía eminente. El sacerdote alcanza su santidad principalmente a través del ejercicio de su ministerio. Cada acción del ministro que de una forma u otra es realizada «in persona Christi» e «in nomine Ecclesiae» no puede menos de ser en sí misma portadora de salvación para el presbítero que la realiza. Juan Pablo II dice claramente: «El “misterio”, cuyo “dispensador” es el presbítero (cfr. 1 Cor 4, 1), es, en definitiva Jesucristo mismo, que en el Espíritu Santo es fuente de santidad y llamada a la santificación»³². Así, pues, obrar continuamente como pastor a través de la multiplicidad de tareas proféticas, sacramentales y de gobierno va marcando en el espíritu del presbítero la silueta del pastor. En otras palabras: el ejercicio del ministerio configura y alimenta su espiritualidad.

Sin embargo, en el magisterio del Papa se observa una condición: el ministerio presbiteral es fuente de santificación bajo la condición de que el presbítero no oponga el obstáculo de su voluntad. Si la recepción material de los sacramentos —que «ex opere operato» producen un aumento de gracia— no produce por sí sola —sin la colaboración del sujeto— esa plenitud de la vida cristiana calificada como santidad, tampoco puede el sacerdote limitarse al mero ejercicio rutinario del ministerio para que vaya creciendo en santidad. Todo lo contrario, un ejercicio rutinario del ministerio llevaría al sa-

cerdote a un «creciente *activismo exterior*, sometiéndolo a un ritmo a veces frenético y desolador»³³. Por eso el Papa es incansable a la hora de invitar a los sacerdotes a una auténtica colaboración personal con la gracia recibida. Una colaboración que sea el esfuerzo continuo por conformarse a los sentimientos con los que Cristo, a través de ellos, realiza su misión de único Mediador³⁴. Es más, Jesucristo, contenido objetivo del ministerio —según la expresión del Pontífice citada más arriba—, será, además, vida del presbítero si éste percibe la realidad de la presencia de Cristo en las acciones ministeriales y se deja afectar por ella. Se trata de «la necesidad de una actitud activa, de una apertura del espíritu, para que los valores que el ministerio pone objetivamente en acto se transformen en valores subjetivamente incorporados y asumidos»³⁵. Esas invitaciones de Juan Pablo II se observarán con más detalle cuando en los apartados siguientes examinemos el ministerio profético, sacerdotal y real como fuente de espiritualidad.

Cuando deducimos del magisterio del Pontífice que el ejercicio del ministerio es la vía eminente de la santificación del presbítero, no queremos decir que sea la vía única, sino que es la vía central. Esta centralidad no comporta la irrelevancia de los llamados tradicionalmente medios ascéticos, que siguen siendo útiles, más aún, necesarios. En realidad el Papa habla mucho de estos medios, con lo cual nos vemos obligados a tratarlos en un capítulo aparte. Sin embargo, dicha centralidad sí reclama que todos estos medios estén ordenados al fructuoso ejercicio del ministerio.

3. SANTIDAD DEL MINISTRO EN ORDEN A LA EFICACIA DE LA PASTORAL

Hasta ahora venimos subrayando una relación entre el ministerio y la vida espiritual del sacerdote: el ejercicio del ministerio configura, alimenta y favorece la vida espiritual del presbítero. Sin embargo, el magisterio de Juan Pablo II insiste en que se da otra relación entre ambas realidades, una relación en dirección contraria a la primera. Podría formularse así: la calidad de la vida interior del presbítero ejerce un influjo sobre la eficacia de su actividad ministerial. Esta última afirmación necesita, sin embargo, precisiones.

Como veíamos en el primer capítulo, el valor genuino del ministro deriva de su esencial referencia a Cristo y no de sus cualidades y dotes humanas. «No hay duda —dice el Pontífice— de que el ejercicio del ministerio sacerdotal, especialmente la celebración de los Sacramentos, recibe su eficacia salvífica de la acción misma de Jesucristo, hecha presente en los Sacramentos»³⁶. Efectivamente, la eficacia salvífica no depende de las condiciones morales del ministro, pues es siempre el mismo Cristo quien la garantiza y la asegura con fidelidad permanente. El cometido del presbítero es, pues, el de un puro servidor de la salvación. Si ésta dependiera de su santidad personal, entonces la oferta salvífica de Dios vendría a ser cuestionada en su definitividad al hallarse a merced de la debilidad y del pecado de los hombres. Puede decirse que «se da una separabilidad entre sacerdocio y santidad, proveniente de la distinción que existe entre carácter o carisma y gracia sacramental. La Iglesia ha enseñado siempre que el ministerio conserva su validez, aunque sea culpablemente realizado por un ministro indigno»³⁷. Una vez admitida esta separabilidad entre sacerdocio ministerial y santidad, es necesario señalar inmediatamente que entre ambos existe una real connaturalidad, y por ello el uno reclama a la otra.

En efecto, el presbítero no es un autómatas o simple administrador de bienes divinos, confiados al ejercicio de unos poderes que no toquen de ninguna manera su propio ser personal. «El sacerdote —afirma el Papa— es escogido por Cristo no como una “cosa”, sino como una “persona”. No es un instrumento inerte y pasivo, sino un “instrumento vivo”, como dice el Concilio, precisamente al hablar de la obligación de tender a la perfección. Y el mismo Concilio habla de los sacerdotes como “compañeros y colaboradores” del Dios «santo y santificador»»³⁸. El ministro es, pues, un «signo-persona» libre y responsable, del que se sirve Cristo para comunicar a los hombres los efectos de su acción salvífica.

En este sentido, en el ejercicio del ministerio está profundamente comprometida la persona consciente, libre y responsable del sacerdote. Su relación objetivo-sacramental con Cristo instauro y exige en el presbítero una relación existencial. Ésta procede de la intención, es decir, de la voluntad consciente y libre de hacer, mediante los gestos ministeriales, lo que quiere hacer la Iglesia, y tiende a hacerse lo más profunda posible, implicando la mente, los sentimientos y la vida³⁹.

Estas disposiciones morales y espirituales vienen a ser «motivo de la fe» para aquellos a quienes se dirige el ministerio sacerdotal. El Papa repite la enseñanza del Concilio de Trento según la cual «la eficacia del ejercicio del ministerio está condicionada también por la mayor o menor acogida y participación humana»⁴⁰, para concluir que la mayor o menor santidad del ministro influye realmente en el anuncio de la Palabra, en la celebración de los Sacramentos y en la dirección de la comunidad en la caridad. En otra ocasión Juan Pablo II decía: «Nuestra santidad es un factor esencial para hacer fructífero el ministerio que llevamos a cabo. Somos los instrumentos vivos de Cristo eterno Sacerdote. Por ello estamos dotados de una gracia particular para tender, en beneficio del Pueblo de Dios, a la perfección de Aquel a quien representamos»⁴¹. En efecto, el fin del ministerio del presbítero es la salvación de los otros. Por lo tanto el sacerdote debe santificarse para ser más apto para santificar a los demás⁴². Con su santidad el sacerdote debe favorecer las disposiciones personales de los hombres a los que es enviado para que puedan acoger mejor los dones salvíficos. «Si el fin de su ministerio es la santificación de los otros, es evidente que el sacerdote debe sentirse urgido por un empeño de santidad personal. El no puede mantenerse al margen, no puede “dispensarse” de ese empeño, sin condenarse por eso mismo a una vida inauténtica o, para usar las palabras del Evangelio, sin transformarse de buen pastor en mercenario (cfr. Jn 10, 11-12)»⁴³.

La santidad de los presbíteros como factor de la fecundidad de su ministerio pastoral ha sido exigencia constante en la Iglesia. Sin embargo, parece que la necesidad de los sacerdotes santos se percibe sobre todo en el mundo de hoy. Ante la indiferencia religiosa de muchos hombres, la santidad y el testimonio del sacerdote son a veces lo único que los puede hacer pensar en Dios. Por lo demás el hombre actual se muestra escéptico frente las normas y leyes objetivas vinculadas a las instituciones y autoridades. Muy sensible a los valores de la libertad, es capaz de experimentar lo objetivo e institucional como un valor para él sólo cuando percibe en la autoridad oficial una desinteresada humildad, en la acción institucional-oficial un acontecimiento existencial. Esto se hace todavía más importante en los casos en los que el ministerio tiene que poner exigencias a los hombres. Si el presbítero es elegido en la Iglesia para proclamar palabras exigentes, debe ser el primero en ponerlas en práctica⁴⁴. La predicación de

la palabra será acogida con la fe, un sacramento será recibido fructuosamente, la dirección en la caridad será recibida con prontitud, si en el sujeto se dan favorables disposiciones personales. Por lo tanto el que está autorizado a las acciones ministeriales tiene el deber de posibilitar, favorecer y crear esas disposiciones. Y esto no es posible sin una vibrante vida interior del sacerdote, como dice el Papa a los presbíteros: «Vosotros participáis de su sacerdocio (de Jesucristo); proseguís su obra en el mundo. Su obra no puede ser realizada por sacerdotes tibios o apáticos. Debe arder en vosotros su fuego de amor por el Padre y por los hombres. Debe consumiros su deseo de salvar a la humanidad»⁴⁵.

Concluyendo, podemos decir con A. Favale: «La santidad del sacerdote no tiene, es cierto, una incidencia directa sobre la eficacia intrínseca de los sacerdotes, pero puede ejercer un influjo enorme sobre las disposiciones del sujeto, que se dispone a recibirlos; el sacerdote santo no comunica más gracia, porque el autor de la gracia es Cristo, pero sí prepara al sujeto para recibirla mejor. En este sentido podemos mantener que la santidad, si bien no es esencial, es integrante al sacerdocio y es garantía de fecundidad para el ministerio presbiteral»⁴⁶.

Estábamos viendo cómo el Papa entiende la «íntima relación» entre el ministerio y la espiritualidad. Se trata de un dinámico y recíproco influjo de ambas realidades, por lo que el ministerio promueve la santificación del sacerdote, mientras que su vida de unión con Dios hace más fecunda su actividad pastoral. Y no debe ser motivo de preocupación el hecho de que el sacerdote ejerce su función en favor de los demás. El esfuerzo por conformarse a los sentimientos con los que Cristo, por su intermedio, realiza su misión de Sacerdote, lo sitúa en condiciones óptimas para ser consecuente con las correspondientes mociones del Espíritu Santo, que es el primer protagonista de la santidad sacerdotal.

Antes de pasar a examinar con más detalle esas relaciones entre el ejercicio del ministerio y la santidad del presbítero, hay que insistir, una vez más, siguiendo al Pontífice, en la unidad del ministerio presbiteral. La misión de Cristo es una, aunque puede hablarse de su connotación profética, sacerdotal y regia. El sacerdote que representa sacramentalmente a Jesucristo no puede considerarse solamente como el hombre de la palabra, o el hombre del culto, o el hombre de

gobierno de la comunidad, sino que desde el momento de la Ordenación es el hombre de estas tres funciones. De este modo el Papa pone en evidencia que tanto la palabra como los sacramentos y el pastoreo persiguen un mismo objetivo, aunque desde distintas posiciones, a saber: la comunicación de la salvación realizada por Cristo. Limitarse a una sola de las funciones significaría encarnar una lamentable forma —con problemáticas consecuencias pastorales— del ministerio presbiteral⁴⁷. No cabe duda que una u otra función pueden admitir, en determinadas circunstancias, una cierta prioridad. Pero es esencial no pretender separar lo que debe permanecer unido.

4. EL MINISTERIO DE LA PALABRA

El hecho de que todos los ministerios sirvan a la única misión sacerdotal de Jesucristo y estén por ello interrelacionados, no quiere decir que todos sirvan a esa misión de igual modo y con idéntica intensidad, o que tengan finalidades indiferenciadas. Al contrario, cada ministerio tiene su área y finalidad propias, y sirve a la misión sacerdotal de Cristo en forma e intensidad específicas. Así, el ministerio de la Palabra tiene por misión específica el anuncio alegre y gozoso del designio salvífico de Dios realizado en y por Cristo.

a) Naturaleza y contenido de la predicación

La base de la vida cristiana, personal y comunitaria es la fe, que es suscitada por la palabra de Dios y se alimenta de ella. La predicación de la palabra de Dios ayuda, pues, a los hombres a descubrir el valor de este don y a crear dentro de sí mismos las condiciones aptas para acogerlo, si todavía no lo tienen por ignorar a Cristo, o a recuperarlo caso de haberlo perdido o, mantenerlo cada vez más vivo. San Pablo era consciente de la necesidad de la predicación a los paganos, cuando decía: «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?» (Rom 10, 14-15). A los que se habían convertido en creyentes, el Apóstol cuidaba luego de comunicar abundantemente la palabra de Dios. Él mismo dice a los Tesalonicenses: «Como un padre a sus hi-

jos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que vivieseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado...» (1 Tes 2, 11-12). Al discípulo Timoteo, el Apóstol recomienda encarecidamente este ministerio: «Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo [...] Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Tim 4, 1-2).

A la misión evangelizadora está llamada la Iglesia entera. «Ningún cristiano puede quedar exento de esta tarea, que deriva de los mismos sacramentos del bautismo y la confirmación, y actúa bajo el impulso del Espíritu Santo. Así, pues, es preciso decir enseguida que la evangelización no está reservada a una sola clase de miembros de la Iglesia»⁴⁸. De todo lo dicho aparece claro cómo todo sujeto eclesial —individuos y comunidades— es al mismo tiempo pasivo y activo con respecto a la tarea evangelizadora. Es, en primer lugar, sujeto pasivo, puesto que es destinatario de la acción evangelizadora, de cuya aceptación depende su conversión y transformación; y es igualmente sujeto activo, porque tiene el deber de anunciar aquello que la palabra de Dios ha obrado en él.

Aunque es verdad que en la Iglesia todos son evangelizadores, no todos lo son de la misma manera. Los Obispos son los protagonistas y guías de la evangelización. En esta misión cuentan con la colaboración de los presbíteros y, en cierta medida, de los diáconos. «Con respecto a los presbíteros, se puede afirmar que *el anuncio de la palabra de Dios es la primera función que han de desempeñar*»⁴⁹. «El sacerdote es, ante todo, *ministro de la Palabra de Dios*; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión más profundas del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo»⁵⁰. La predicación es la primera de las funciones del sacerdote en orden lógico ya que suscita y alimenta la fe, que es absolutamente necesaria para recibir los sacramentos. Así por la predicación se va edificando la comunidad eclesial.

El objeto primordial y esencial de la predicación consiste en la proclamación de la salvación obrada por Jesucristo: «En la base y centro de su dinamismo, la evangelización contiene la proclamación clara de que la salvación está en Jesucristo, Hijo de Dios. Son su

nombre, sus enseñanzas, su vida, sus promesas, su reino y su misterio lo que proclamamos ante el mundo»⁵¹. La finalidad de la predicación es cambiar a los hombres desde su interior y conducirles a vivir, pensar y obrar de acuerdo con el plan amoroso de Dios, que en Cristo ofrece a todo hombre la salvación como don de gracia y misericordia. El difundir, fortalecer y hacer crecer la fe es la misión fundamental de la predicación⁵².

El contenido del ministerio de la palabra es, por tanto, de naturaleza esencialmente religiosa. Queda fuera de su fin específico y prioritario la proclamación de mensajes meramente humanos, dado que nunca podrá identificarse la liberación realizada mediante la muerte y resurrección de Jesucristo con una liberación única fundamentalmente humana. El ministerio profético debe huir, por tanto, de cualquier tentación de mesianismo humanista o temporalista si quiere servir eficazmente a la misión de Jesucristo. En este sentido se expresaba, por ejemplo, el Papa en su discurso de apertura de la tercera Asamblea Latinoamericana de Puebla: «Corren hoy por muchas partes —el fenómeno no es nuevo— “relecturas” del Evangelio, resultado de especulaciones teóricas más bien que de auténtica mediación de la Palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico [...]».

»En algunos casos, se silencia la divinidad de Jesucristo, o se incurre de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia. Cristo sería solamente un “profeta”, un anunciador del reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería, por tanto, el centro y objeto del mensaje evangélico.

»En otros casos, se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia.

»Contra tales “relecturas”, pues, y contra sus hipótesis brillantes, quizá, pero frágiles e inconsistentes, que de ellas derivan, “la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza su misterio, la Salvación, don de Dios»⁵³.

La evangelización, pues, no puede ser convertida en proclamación de una liberación puramente humana, política o de tipo revo-

lucionario. Sin embargo, el hombre destinatario de la evangelización está inmerso en la historia y por tanto soporta condicionamientos de orden social y económico. La fe se realiza en la práctica de la justicia y de la caridad. Por eso la tarea de los cristianos es ofrecer sus propios compromisos en favor de la justicia y de la promoción humana. El Evangelio ofrece inspiraciones desde la fe y motivaciones desde el amor fraterno, las cuales deben mover a los hombres a dichos compromisos. Esto quiere decir que la fe cristiana debe manifestar también, a través de la caridad, su dimensión pública, social y política. El Papa dice: «La Iglesia sabe bien que ninguna realización temporal se identifica con el reino de Dios, pero todas ellas no hacen más que reflejar y en cierto modo anticipar la gloria de ese reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podría ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida que ésta —sobre todo ahora— condiciona aquélla. Aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos y la gracia divina en un momento dado de la historia para hacer “más humana” la vida de los hombres, se habrá perdido ni habrá sido vano»⁵⁴. Así, se ve la relación entre evangelización y promoción humana. La salvación, que tiene su fuente original en el misterio pascual de Cristo, se relaciona con las situaciones concretas en las cuales vive cada hombre. Un anuncio evangélico que quiera responder, del mejor modo posible, a una realidad religiosa tan cambiante y llena de componentes histórico-temporales como vive nuestro tiempo debe tener presente esa relación y dependencia⁵⁵.

En el ministerio de la palabra el sacerdote representa a Cristo Doctor que en toda su misión cumplía la voluntad del Padre; también a la hora de predicar: «La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado» (Jn 14, 24). Por eso el presbítero debe estar identificado con los mismos sentimientos de Cristo Maestro. Debe tener presente que la predicación no es un simple ejercicio de la palabra, para responder a una necesidad personal de expresarse y comunicar su pensamiento, ni puede consistir sólo en la manifestación de una experiencia personal. En realidad «se trata de una *palabra divina* que, por consiguiente, no es *nuestra*, no puede ser manipulada, trans-

formada o adaptada según el gusto personal, sino que debe ser anunciada íntegramente»⁵⁶.

En esta perspectiva se entiende que el Pontífice haga una vibrante llamada a todos los sacerdotes para que «cultiven una sensibilidad, un amor y una disponibilidad particulares hacia la Tradición viva de la Iglesia y de su Magisterio»⁵⁷, que es el único e infalible garante de la recta comprensión del mensaje salvífico. No exagera el Pontífice al afirmar que «la eficacia de nuestra proclamación y, por tanto, el verdadero éxito de nuestro sacerdocio dependen de nuestra fidelidad al Magisterio a través del cual la Iglesia guarda “el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Tim 1,14)»⁵⁸.

b) Métodos, medios y destinatarios de la predicación

A esa exigencia fundamental de autenticidad e integridad del anuncio del Evangelio no se opone, sin embargo, el principio de la adaptación de la predicación. «Es evidente —dice Juan Pablo II— que el presbítero, ante todo, debe preguntarse con sentido de responsabilidad y realismo, si lo que dice en su predicación es comprendido por sus oyentes y si tiene efecto en su modo de pensar y vivir. Asimismo, ha de esforzarse por tener presente su propia predicación, las diversas necesidades de los oyentes y las diferentes circunstancias por las que se reúnen y solicitan su intervención»⁵⁹.

Como se ve, el Papa tiene muy en cuenta las situaciones concretas de los hombres, destinatarios del ministerio de la palabra. Si evangelizar significa proclamar el mensaje de salvación a los hombres de modo que los comprometa en su escucha, acogida y traducción a la vida real, la primera de las exigencias que surge es la del lenguaje adecuado a la capacidad de comprensión de los oyentes, siguiendo una cierta gradación y una legítima prioridad en la exposición de las verdades cristianas, de manera que se llegue poco a poco a su plena aceptación.

La capacidad de convencimiento de la predicación depende también del conocimiento que se tiene de los hombres a los que se dirige, de sus situaciones históricas y existenciales. El mensaje evangélico no es una ideología o un sistema filosófico abstracto. Es la historia de la salvación. Y se trata de una salvación que Dios ofrece a cada hom-

bre y a todos los hombres de todos los tiempos. Como historia, el anuncio de la salvación no puede dejar de ser vivo y de expresarse a través de la cultura de los diversos pueblos siempre que se realice en plena fidelidad al mensaje evangélico⁶⁰.

A la hora de cumplir el ministerio de la palabra el presbítero «desde luego, también debe conocer y reconocer sus cualidades, y aprovecharlas oportunamente, no para un exhibicionismo que, más que nada, lo descalificaría ante los oyentes, sino con el fin de introducir mejor la palabra divina en el pensamiento y en el corazón de los hombres»⁶¹. Pero, más que en sus propias cualidades naturales, el presbítero debe confiar en los carismas sobrenaturales. En realidad es el Espíritu Santo quien mueve a anunciar el Evangelio y el que hace que los oyentes lo comprendan y acojan. Por lo tanto el sacerdote «debe sentirse impulsado a pedir al Espíritu Santo la inspiración para lograr el modo más adecuado y eficaz de hablar, de comportarse y de dialogar con su auditorio»⁶².

En sintonía con el Concilio Vaticano II, Juan Pablo II habla de la amplitud y la variedad de formas o medios que asume el auténtico anuncio del Evangelio. En una ocasión el Papa los enumera así: «el testimonio de la vida, que ayuda a descubrir la fuerza de amor de Dios y hace persuasiva la palabra del predicador; la predicación explícita del misterio de Cristo a los no creyentes; la catequesis y la explicación ordenada y orgánica de la doctrina de la Iglesia; y la aplicación de la verdad revelada al juicio y a la solución de los casos concretos»⁶³.

El punto de partida lo constituye el testimonio de la vida, ya que la evangelización exige de la comunidad eclesial, de cada uno de sus miembros y, lógicamente, del sacerdote un compromiso de fidelidad al Evangelio, de conversión y de santidad. El que por mandato de la Iglesia ha de anunciar la Buena nueva debe manifestar con su ejemplo que vive lo que enseña⁶⁴.

Otro camino del ministerio de la palabra es la predicación explícita del misterio de Cristo a los no creyentes con el fin de encaminarlos hacia la conversión. El presbítero debe tener en cuenta que puede encontrar verdaderos ateos o, como sucede con mayor frecuencia, agnósticos o indiferentes. Para despertar el interés de éstos, es preciso descubrir los caminos más adecuados. Este grave problema «conviene afrontarlo —dice el Pontífice— con celo, acompañado de intelligen-

cia, y con espíritu sereno»⁶⁵. Más arriba ya decíamos que el predicador debe contar siempre y, sobre todo, con la ayuda del Espíritu Santo. Ahora bien, esa necesidad se debe sentir mucho más vivamente en todos los casos de ateísmo, agnosticismo, ignorancia e indiferencia religiosa, y en ocasiones hostilidad por prejuicios o incluso rabia.

Los bautizados, formando ya parte de la comunidad eclesial disponen de diversos medios para acrecentar su propio conocimiento del mensaje evangélico. El Papa dice que en este caso se trata de una exposición ordenada y orgánica de la doctrina de la Iglesia. La catequesis, tan puesta de relieve por el Pontífice, debe permitir a cada uno de los creyentes madurar de manera progresiva en la conciencia de la propia fe según la edad, cultura, las propias exigencias espirituales y las propias responsabilidades profesionales y religiosas.

El ministerio de la palabra puede también ejercerse aplicando la verdad revelada al juicio y a la solución de casos concretos, es decir, estudiando las cuestiones actuales a la luz de Cristo. En este caso se ve, sobre todo, lo importante que es el contacto personal del presbítero con los hombres a través del sacramento de la Penitencia, la dirección espiritual o el diálogo personal⁶⁶.

Según el Pontífice, la proclamación del mensaje evangélico no puede prescindir del uso de los medios de comunicación social. En una época que se caracteriza por el cambio de la civilización de la palabra a la de la imagen éstos pueden jugar un papel importante. Los instrumentos de comunicación social, usados correctamente al servicio del Evangelio, pueden ampliar mucho el campo de escucha de la palabra de Dios. También aquí el Papa vuelve a afirmar que todo mensajero de la palabra de Dios debe contar, sobre todo, con la ayuda del Espíritu Santo: «El uso de estos medios de comunicación requiere que el predicador, el conferenciante, el escritor, el ensayista religioso y, en especial, el presbítero recurran al Espíritu Santo, luz que vivifica las mentes y los corazones»⁶⁷.

El tema de los medios o caminos de la enseñanza de la palabra divina está relacionado con el de los destinatarios. El Evangelio se dirige a la humanidad entera, por tanto al hombre en cuanto tal; por consiguiente «el anuncio de la palabra divina —dice el Papa— ha de hacerse en todos los ambientes y en todos los estratos sociales»⁶⁸. Si prioritaria es la evangelización de los no cristianos, no es menos cier-

to que el cristiano necesita ser continuamente evangelizado. El mensaje de Cristo no aspira sólo a ser conocido de manera superficial sino también a empapar en profundidad el espíritu del hombre a través de un continuo proceso de conversión, tanto a nivel personal como comunitario. En circunstancias concretas pueden darse necesidades de dirigir el ministerio de la palabra con prioridad a determinados grupos de los hombres.

c) Ministerio de la palabra y santidad

Lo que acabamos de decir abre un panorama inmenso para la espiritualidad del sacerdote, de modo que el ejercicio de la palabra configura y alimenta su vida espiritual e, inversamente, su santidad hace que la predicación sea más convincente y, por eso, creadora de las condiciones favorables para la acogida del mensaje evangélico en los oyentes⁶⁹. Estas relaciones se percibían ya en los apartados anteriores, sin embargo será oportuno resaltarlas aquí.

Llamado a predicar el Evangelio, el presbítero debe poseer el conocimiento del contenido del mensaje que le ha sido confiado. Es más, antes aun de proclamar la palabra de Dios debe dejarse poseer y transformar por la misma. El Pontífice dice: «el sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario: necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: “la mente de Cristo” (1 Cor 2, 16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio»⁷⁰.

No es posible, pues, ejercer el ministerio de la palabra de forma adecuada sin un permanente estudio de la exégesis y la teología. Un estudio radicado en el Magisterio y la Tradición de la Iglesia⁷¹. Un estudio vital que medita la palabra de Dios. El sacerdote debe hacerse, pues, un oyente asiduo de la palabra de Dios y profundizar en su contenido⁷².

La actitud primordial, pues, del presbítero consiste en reconocer la iniciativa absoluta de la palabra divina que, proveniente de Dios,

conoce, elige, llama y marca el camino a seguir. Antes de hacer resonar el Evangelio en el mundo entero el sacerdote ha de escucharlo y entrar en comunión de vida con él. Sólo así se convierte en su testigo ocular y servidor. Debe dejar que la palabra de Dios penetre en su corazón, para que fructifique en la vida según sus virtualidades. «Solamente “permaneciendo” en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre, superando todo condicionamiento contrario o extraño al Evangelio (cfr. Jn 8, 31-32)»⁷³. La palabra de Dios es «espíritu y vida» (Jn 6, 63), el discípulo escucha abriendo su corazón a la energía misma de Dios. Por la escucha entra en diálogo vital con Dios. Este diálogo se sella con la entrega del discípulo a Dios y a su designio de salvación.

La confrontación diaria con la verdad evangélica ayudará al sacerdote a encontrarse con Jesús, a compartir su tiempo con Él, a disfrutar de su presencia, a hablar bajo el influjo de una experiencia del Señor. Esta experiencia se convertirá para él y para quienes lo escuchen, en reclamo y motivo de estímulo en el progreso de la vida espiritual.

Si quiere que su palabra no resuene como insincera, el sacerdote debe procurar que se realice en él mismo aquello que predica a los demás. De esta forma anunciará a Cristo y su mensaje más con la vida que con las palabras⁷⁴. Por el contrario, sin la escucha, la meditación y la contemplación de la palabra de Dios, la vida del sacerdote corre el riesgo de perder su luminosidad y transparencia y de que le falle esa experiencia inmediata e interior coherencia, que lo deben hacer testigo fiable de la fe⁷⁵.

Así, pues, el sacerdote estudia, medita y contempla la palabra de Dios que engendra en él una mentalidad nueva. Ejerciendo el ministerio de la palabra anuncia la palabra de vida que salva e invita a la conversión. El presbítero debe ser «el primer “creyente” de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son “suyas”, sino de Aquél que lo ha enviado. Él no es dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios»⁷⁶. De aquí la exigencia de transmitir el mensaje evangélico en su integridad. Como partícipe de la función profética de Cristo, el sacerdote debe preocuparse de no hablar por «cuenta propia», sino predicar bajo la guía del magisterio eclesial y en sintonía con la fe de la Iglesia. «Es necesario “aplicarse a la lectu-

ra" (1 Tim 4,13) reforzando el conocimiento de las Escrituras que pueden "instruir en orden a la salud por la fe en Jesucristo" (2 Tim 3,15), y proclamar luego con fidelidad cuanto aquéllas proponen, sin limitar el anuncio a lo que es agradable a nuestro corazón, demasiado "endurecido" acaso todavía, o a lo que se piensa encontrará aplauso o, por lo menos, acogida benévola en el ambiente. Porque también hoy como ayer y como siempre sigue siendo verdad que el Evangelio de la cruz es "escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas para los llamados... poder y sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 23-24)⁷⁷. Las virtudes de humildad, obediencia, fidelidad resultan, pues, indispensables para el presbítero.

El ministerio de la palabra no resulta nada fácil para el sacerdote. A él le incumbe no sólo el deber de invitar a todos los hombres a la conversión y a la esperanza y a la santidad, sino también asumir una actitud crítica y constructiva en confrontación con la sociedad, denunciando las injusticias y violaciones de los derechos fundamentales de la persona humana. Por eso el mensaje que anuncia encuentra a veces la indiferencia, resistencia o incluso rechazo y hostilidad. Sin embargo —dice el Papa a los sacerdotes— «no debiéramos sorprendernos de que *nuestro mensaje de conversión y vida* no sea siempre bien recibido. Haced cuanto esté en vuestro poder por presentar la Palabra con la mayor eficiencia posible, creed en el poder de la misma Palabra y no os desaniméis nunca»⁷⁸. En definitiva es Dios quien hace crecer la semilla. Por lo tanto la primera actitud del sacerdote es la confianza y la invocación del Espíritu Santo que distribuye los dones divinos. Saber encontrar siempre nuevo valor en «la fuerza y la sabiduría de Dios» (cfr. 1 Cor 1, 18.29), a pesar de experimentar el «*misterio de las manos vacías*», será el viático más importante para el predicador de hoy⁷⁹.

Concluyendo, podemos decir que la actitud del presbítero, tanto en los momentos de preparación como de predicación en sentido estricto, debe ser siempre la del «perfecto discípulo del Señor», la del «primer "creyente" de la palabra y su servidor». Entre el sacerdote y la palabra de Dios debe producirse una simbiosis cada vez más estrecha. El ejemplo es Cristo, en el que el «Mensajero» y el «mensaje» se identifican. En la medida en que el ministro acoge en sí mismo la palabra de Dios se va santificando a través de su ejercicio del ministerio de la palabra.

5. EL MINISTERIO DE LA SANTIFICACIÓN

Antes de pasar a reflexionar sobre las relaciones entre el ejercicio del ministerio de los sacramentos y la vida espiritual del presbítero hay que subrayar la vinculación esencial entre la misión evangelizadora y el ministerio de santificación.

Por una parte —dice el Pontífice— «*en los sacramentos y mediante los sacramentos*, es posible impartir a los fieles una instrucción metódica y eficaz acerca de la palabra de Dios y el misterio de la salvación»⁸⁰. Así, pues, los mismos signos sacramentales «enseñan» a los participantes de la liturgia sacramental. Es así gracias a «la riqueza teológica y catequética de las fórmulas y lecturas litúrgicas, que hoy se hacen en lenguas vivas comprensibles por el pueblo, como por el proceso pedagógico del rito»⁸¹. Por otra parte el ministerio de la palabra lleva a los sacramentos y a la vida cristiana. De este modo se edifica la Iglesia.

Arriba decíamos que —según el Papa— la predicación es el primero de los trabajos apostólicos. En efecto, los sacramentos no se pueden recibir sin la fe que se suscita y nutre con la palabra de Dios. Sin embargo, «no cabe duda de que la predicación debe preceder, acompañar y coronar la administración de los sacramentos, a fin de que se logre la preparación necesaria para recibirlos y den fruto en la fe y en la vida»⁸². El ministerio de la palabra está, pues, al servicio del ministerio de santificación por medio de los sacramentos. En otras palabras: el presbítero es elegido para transmitir a los hombres la salvación, la cual anuncia con la palabra y celebra con los sacramentos. El ministerio de la palabra no es alternativo al de la santificación mediante los sacramentos, sino que son correlativos uno y otro.

Si es cierto que todo el ministerio sacerdotal es camino de santificación para el presbítero «es sobre todo en la *celebración de los Sacramentos*, y en la celebración de la Liturgia de las Horas, donde el sacerdote está llamado a vivir y testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual: el don de gracia ofrecido a la Iglesia se hace principio de santidad y llamada a la santificación»⁸³. Según el Pontífice, la vida espiritual del sacerdote recibe unas connotaciones particulares de la gracia específica y propia de cada uno de los sacramentos. «En efecto, (su vida espiritual) se estructura

y es plasmada por las múltiples características y exigencias de los diversos Sacramentos celebrados y vividos»⁸⁴.

La Eucaristía y el sacramento de la Penitencia son de los más tratados por el Papa de cara a la vida espiritual del sacerdote. Así los presentaremos a continuación en dos respectivos apartados, y en un tercer apartado hablaremos de los demás sacramentos. La Liturgia de las Horas será objeto de nuestra atención en el capítulo cuarto⁸⁵.

a) Eucaristía

La Eucaristía ocupa el lugar central entre todos los sacramentos ya que en ella «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo»⁸⁶. El sacramento de la Eucaristía no es uno de tantos misterios, sino el «misterio de la fe» y causa de la vida de la Iglesia, porque de ella «mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin»⁸⁷; especialmente en el sacrificio de la Eucaristía «se ejerce la obra de nuestra redención»⁸⁸. Por lo tanto, la Eucaristía es la «fuente y cumbre de toda la vida cristiana»⁸⁹. De aquí se deriva la centralidad de la misma en la vida de los cristianos.

Según el magisterio del Papa hay una relación estrecha entre el sacerdocio y la Eucaristía de modo que ésta es la principal y central razón de su ser. El sacerdocio ministerial nace en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella. No sin razón las palabras «Haced esto en conmemoración mía» son pronunciadas inmediatamente después de las palabras de la consagración eucarística. En virtud de la Ordenación sacerdotal, cuya celebración está vinculada a la Santa Misa, los sacerdotes «*estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía*. Somos, en cierto sentido, “*por ella*” y “*para ella*”. Somos, de modo particular, responsables “*de ella*”. [...] El sacerdote ejerce su misión principal y se manifiesta en toda su plenitud celebrando la Eucaristía»⁹⁰. De aquí la razón de ordenar toda la actividad ministerial del presbítero hacia la Eucaristía. Consecuentemente, de la Eucaristía brota lo más específico de su espiritualidad. A

lo largo de toda la historia se ha mantenido vivo el convencimiento de que el presbítero se santifica de forma primordial y decisiva a través de la celebración de la Eucaristía.

Suele considerarse la Eucaristía en sus inseparables dimensiones de sacrificio, banquete y presencia⁹¹. El Pontífice reflexiona sobre estas dimensiones en relación con la vida sacerdotal. Seguiremos este orden en nuestra exposición.

*«La Eucaristía es por encima de todo un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza»*⁹². En efecto, Cristo ha redimido a los hombres por medio de su misterio pascual: el sacrificio de la cruz y la resurrección. De este sacrificio Cristo fue a la vez Sacerdote y Víctima: «Sacerdos et Hostia». Su sacrificio ofrecido una vez por siempre se perpetúa en el sacrificio eucarístico de la Misa. Al celebrar la Eucaristía el presbítero sirve de instrumento para la acción de Cristo, cuyo sacrificio, hecho presente en el altar proporciona a la humanidad la abundancia de los dones divinos⁹³. Es en la Misa, sobre todo, donde el sacerdote actúa «in persona Christi» e «in nomine Ecclesiae». Por eso también aquí aparece de modo particular el nexo entre sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles: «La comunidad es congregada, por medio del anuncio del Evangelio, para que todos puedan hacer la oblación espiritual de sí mismos. El sacrificio espiritual de los fieles se vuelve perfecto mediante la unión con el sacrificio de Cristo, ofrecido de modo incruento y sacramental por medio de los presbíteros. Todo su ministerio sacerdotal saca su fuerza de ese único sacrificio»⁹⁴. El Pontífice recuerda que la celebración de la Eucaristía es siempre un acto de Cristo y de la Iglesia, aunque el presbítero esté celebrando sin participación de los fieles. La eficacia de la Eucaristía proviene de Cristo y proporciona siempre nuevas gracias a la Iglesia⁹⁵.

En efecto, existe un profundo vínculo entre la Eucaristía y la Iglesia: «como la Iglesia “hace la Eucaristía” así «la Eucaristía construye» la Iglesia»⁹⁶. De aquí que *«al celebrar la Eucaristía, los sacerdotes nos hallamos en el corazón mismo de nuestro ministerio de servicio, de “prodigar al rebaño de Dios cuidados de pastor”*. Todos nuestros afanes pastorales resultan incompletos hasta que nuestro pueblo no sea llevado a participar plena y activamente en el Sacrificio eucarístico»⁹⁷.

El Papa dice que *«la Eucaristía es el corazón de la existencia sacerdotal»*⁹⁸. Con esto quiere decir que el presbítero, deseoso de ser y per-

manecer profundamente adherido a Cristo, «lo encuentra ante todo en la Eucaristía, sacramento que realiza esta unión íntima abierta a un crecimiento que puede llegar hasta el nivel de una identificación mística»⁹⁹.

Para alcanzar este fin el presbítero, que representa sacramentalmente a Cristo, Sacerdote y Víctima, debe antes que nada unirse con gran humildad a Él, asociarse al ofrecimiento que Cristo hace de sí mismo para la salvación de la humanidad. «Al ofrecer el sacrificio eucarístico —dice el Papa—, los presbíteros deben ofrecerse personalmente con Cristo, aceptando todas las renunciaciones y todos los sacrificios que exige la vida sacerdotal. También ahora y siempre *con* Cristo y *como* Cristo, *sacerdos et hostia*»¹⁰⁰. De este modo la Eucaristía se convertirá en el misterio que plasma interiormente la existencia sacerdotal¹⁰¹. Efectivamente, es aquí donde el sacerdote debe dejarse poseer totalmente por el misterio de Cristo y por el propio misterio personal. La realidad más profunda del sacerdote —la configuración sacramental con Cristo hasta el punto de poder actuar «in persona Christi»— es, en realidad, un misterio para él mismo. Y esto es lo que se le pide al sacerdote: que se deje traspasar por ese misterio¹⁰². El servicio del sacerdote a Cristo único Sacerdote consiste en dejarse abrazar de tal forma por el mismo Cristo que a través de su ministerio pueda «traslucir la profundidad de este misterio (sacrificio redentor de Cristo), para que sólo él resplandezca en los corazones y en las conciencias humanas»¹⁰³. En efecto el presbítero no es para sí mismo, sino al servicio de la comunidad. El suyo no es un servicio privado, sino un servicio eclesial, porque se hace en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia. Así, pues, el poder de consagrar, ofrecer y administrar el cuerpo y sangre de Cristo implica un misterio de comunión con Cristo en el ser y obrar del sacerdote que debe manifestarse en una vida espiritual imbuida de fe y amor a la Eucaristía.

De aquí que Juan Pablo II invite a todos los sacerdotes a que celebren diariamente la santa Misa, aunque no esté presente asamblea de fieles. El presbítero «pondrá cuidadosa atención para celebrarla con devoción, y participará íntimamente con la mente y el corazón»¹⁰⁴. La celebración eucarística ha de ser como elemento esencial de la jornada del sacerdote: «Haced —dice el Papa a los presbíteros— siempre de la Santa Misa el centro propulsor del día; el encuentro personal con Aquel que es nuestra única y verdadera alegría. Son, por

tanto, —concluye— absolutamente necesarias una adecuada preparación y una oportuna acción de gracias de cada Misa, para poder degustar la alegría del sacerdocio»¹⁰⁵.

La celebración de la Eucaristía requiere la madurez espiritual. Ésta se manifiesta hasta en detalles externos: humildad y sencillez al leer, pronunciación correcta y digna, celebración sin prisas. El Papa insiste en la obediencia a las normas litúrgicas que permiten al celebrante una cierta «creatividad» en determinados puntos de la celebración eucarística, pero no el subjetivismo¹⁰⁶.

La Eucaristía debe ser el centro de la vida espiritual de todos los cristianos. Por lo tanto el presbítero procurará que la formación cristiana promueva la participación activa y consciente de los fieles en la celebración eucarística. Esto se podrá llevar a cabo sobre todo «con la catequesis y las exhortaciones pastorales, y también con una excelente calidad de la celebración, bajo el aspecto litúrgico y ceremonial»¹⁰⁷.

La Eucaristía no es solamente la oblación en la que Cristo y su pueblo se ofrecen a Dios como sacrificio, sino que es también un banquete y, por consiguiente, un acontecimiento de comunión. Refiriéndose a su cuerpo y a su sangre Jesús ha dicho: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros [...] El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 53.56). Alimentando al cristiano con su cuerpo y su sangre, Cristo lo asimila a sí mismo, consolidando así su comunión con él y con sus miembros.

«En la comunión eucarística Cristo se entrega a sí mismo a cada uno de nosotros, a nuestro corazón, a nuestra conciencia, a nuestros labios y a nuestra boca en forma de alimento»¹⁰⁸. El cristiano recibe a Cristo entero con su cuerpo, su sangre, alma y divinidad. Al unirlo con Cristo, plenitud de la vida divina, el alimento eucarístico conserva y aumenta en él la participación en esta misma vida divina. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna» (Jn 6, 54).

La Eucaristía contiene el cuerpo glorioso de Cristo. Por eso el alimento eucarístico ofrece la prenda de la glorificación futura, depositando en aquel que lo recibe la semilla de la resurrección: «Quien coma de este pan vivirá eternamente» (Jn 6, 58). El sacramento de la Eucaristía actúa, en consecuencia, la comunión del creyente con Cristo, Verbo encarnado, y su constante asimilación con Él, hasta la

participación, junto con el cuerpo, de la herencia y la gloria del Señor en la Jerusalén celestial.

Cristo no está solo en la Eucaristía. El Hijo es inseparable del Padre y del Espíritu Santo. Al realizar la unión con Cristo, la Eucaristía, por Él y en Él, une también con el Padre y el Espíritu Santo. Así la comunión con Cristo eucarístico introduce al creyente en la comunión trinitaria.

Cuando celebra la Eucaristía el sacerdote actúa «in persona Christi» más que en ningún otro sacramento. Su papel de instrumento asume el significado de una relación interpersonal con Cristo, de una gran profundidad y originalidad. Obediente al mandato del Señor: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19), el sacerdote reactualiza la presencia real y sustancial de Cristo y comunica con la plenitud del mismo. Por eso cada Misa fermenta en el sacerdote, abierto a la acción divina, una levadura de vida nueva, le ofrece su gracia de resurrección, le refuerza su configuración con el modelo glorioso, Cristo; lo transforma progresivamente en su imagen radiante y lo sumerge en el centro de la vida trinitaria, de la cual recibe impulso y fecundidad la espiritualidad y la santidad sacerdotal¹⁰⁹.

Alimentándose diariamente del cuerpo y la sangre de Cristo, el sacerdote está en condiciones de poder crecer en la caridad de Aquel que se entrega como alimento a los fieles, hasta el punto de ser como el Señor una hostia viva que se da y se sacrifica totalmente por el bien de los hombres. En efecto, para ser capaz de darse a sí mismo como don en servicio a los demás hace falta alimentarse con el manjar en que el Señor realiza su entrega total a los hombres. No es, pues, extraño que el Pontífice diga que «la caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del Orden, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la *Eucaristía*»¹¹⁰. La Eucaristía aparece, pues, como la fuente de la caridad. Al unirse a la ofrenda de Cristo, y alimentarse con su cuerpo, el presbítero queda introducido en el dinamismo de su caridad oblativa¹¹¹.

La comunión con el Verbo hecho carne y, por medio de Él y en Él, con el Padre y el Espíritu Santo, produce también otro efecto maravilloso: la comunión de todos los miembros de su Cuerpo. La participación en la misma mesa y el compartir el mismo pan crean la unidad entre los comensales. Esta unidad tiene su fuente en Cristo. De aquí «*el auténtico sentido de la Eucaristía se convierte de por sí en*

escuela de amor activo al prójimo. [...] La Eucaristía nos educa para este amor de modo más profundo; en efecto, demuestra qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno, bajo las especies de pan y de vino. Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre»¹¹². Aquí sobra todo comentario.

El presbítero, que se alimenta diariamente con el cuerpo y la sangre de Cristo, debe esforzarse porque también los fieles participen plenamente en la Misa mediante la comunión eucarística. La Eucaristía es una continua invitación. Aludiendo a la parábola evangélica sobre los invitados al banquete de bodas en que muchos se excusan de aceptar la invitación (cfr. Lc 14, 16 ss.), el Papa dice que también en nuestras comunidades no faltan aquellos que podrían participar en la comunión eucarística y no participan a pesar de que no se lo impida ningún pecado grave. Esto se puede deber a una exagerada severidad vinculada al sentido de indignidad; sin embargo, más frecuentemente es signo de una cierta falta de disponibilidad interior, falta de «hambre» y de «sed» eucarística¹¹³. El sacerdote hará todo lo posible para despertar en los fieles una adecuada sensibilidad y comprensión de la naturaleza del gran sacramento del Amor.

Por otra parte, el Papa pide a los sacerdotes que garanticen la dignidad sagrada y el profundo espíritu de la comunión eucarística. Advierte de la tendencia introducida en las últimas décadas de acercarse a la comunión sin purificar la conciencia en el sacramento de la Penitencia cuando haya pecado mortal. Esta práctica debe atajarse.

Al mismo tiempo los sacerdotes deben esmerarse en el modo de tratar a Cristo presente en la Eucaristía, examinando sus acciones en el altar, su modo de distribuir la comunión y cómo hacen la purificación¹¹⁴.

Respecto a la comunión en la mano, que es uso legítimo en algunos territorios, el Papa advierte que distribuir la Eucaristía con las propias manos es privilegio de los ordenados y de otros fieles a los que la Iglesia se lo haya otorgado. Por tanto, hay que estar atentos a los abusos que se dan en este terreno: es decir, una cosa es distribuir la comunión, que sólo pueden hacer algunos; y otra recibir en la mano la comunión, que pueden hacerlo los que lo deseen en los lugares donde está permitido. Por otra parte recuerda también el Pon-

tífice que hay que respetar el derecho de comulgar en la boca o en la mano, donde este uso sea legítimo.

La Iglesia da el culto debido al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la Misa, sino también fuera de su celebración en los actos de adoración, contemplación y glorificación. «La adoración a Cristo en este sacramento de amor debe encontrar expresión *en diversas formas de devoción eucarística*: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos eucarísticos»¹¹⁵.

Para favorecer el culto eucarístico el sacerdote debe hacer de su propia iglesia una casa de oración cristiana. Ella debe ser apta para la oración y las funciones sagradas, tanto por el orden, la limpieza y la pulcritud con que se la mantiene, como por la belleza artística del ambiente. Éste tiene gran importancia para ayudar a la formación y para favorecer la oración¹¹⁶.

Al terminar este apartado citemos una vez más las palabras del Pontífice de la *Carta del Jueves Santo de 1980*: «La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración»¹¹⁷.

Conclusión obligada de este apartado es que el ejercicio del ministerio de la Eucaristía configura y alimenta la vida espiritual del presbítero. Ésta, a su vez, contribuye a que «el gran sacramento del Amor» fructifique en la vida de los fieles.

b) Sacramento de la Penitencia

Desde los primeros días de su pontificado, Juan Pablo II ha demostrado una especial sensibilidad por el sacramento de la Penitencia¹¹⁸, un sacramento que se inscribe en la entraña más profunda de la Redención y de la dignidad de la persona humana. El sacerdote es el siervo y administrador de este sacramento, «en el que la Redención se manifiesta y realiza como perdón, como remisión de los pecados»¹¹⁹. Dios que redimió y reconcilió al mundo consigo por la

muerte y resurrección de su Hijo, en Cristo ofrece también la infinita gracia del perdón de los pecados y de reconciliación de las conciencias humanas consigo, mediante el ministerio del sacerdote. Al administrar el sacramento de la Reconciliación, el presbítero toca con la gracia de Cristo en el alma del hombre la más grave llaga, o sea, el pecado.

Según el Papa, en el sacramento de la Penitencia los sacerdotes realizan, después de la celebración de la Eucaristía, la acción más alta de su sacerdocio y «podría decirse que realizan el fin mismo de la encarnación: *Ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum*. (Mt 1, 21)»¹²⁰.

Como en todos los sacramentos, así también en el sacramento de la Penitencia, el presbítero actúa «in persona Christi», cuestión a la que pueden aproximarnos las palabras de San Pablo: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! (2 Cor 5, 20)». Reflexionando sobre estas palabras Juan Pablo II aporta un nuevo matiz del «in persona Christi», afirmando: «Yo diría que el sacerdote, al perdonar los pecados, va en cierto modo más allá del mero sublime oficio de legado de Cristo, pues casi llega a identificarse místicamente con Cristo»¹²¹. Punto de partida de esta afirmación es la actividad humana de Cristo Redentor: «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»¹²². Al Verbo, que se hizo hombre, el Padre le confió todo juicio y todo perdón (cfr. Jn 5, 21-24). En la misma tarde de su resurrección, Jesucristo confió a los Apóstoles y a sus sucesores la misión de perdonar los pecados: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos» (Jn 20, 21-23). Los sacerdotes, en virtud de la consagración sacramental, quedan relacionados con la humanidad de Cristo. Al ejercer el ministerio de la Reconciliación —dice el Papa— «llegan a identificarse místicamente con Cristo». En efecto, cuando el sacerdote ejerce este ministerio queda implicado en todo el dinamismo de la misericordia divina. De aquí deriva para la espiritualidad del presbítero una unión muy profunda con el Corazón de Jesús, pleno de amor misericordioso. Así, pues, el ejercicio del ministerio de la Reconciliación conforma la vida espiritual del sacerdote.

Como todos los sacramentos así también el de la Penitencia produce «ex opere operato», es decir, «en cuanto actúa por virtud divina, cualesquiera que sean el mérito o demérito personal y cualidades humanas del ministro»¹²³ los efectos que le son propios. Es así porque el ministro del sacramento de la Penitencia actúa «in persona Christi». Sin embargo, la fecundidad del ministerio de la Penitencia en cuanto la percepción gratificante «del perdón y de la paz» por parte del sujeto del sacramento, «también depende en gran medida de la santidad personal del sacerdote, ministro del sacramento de la Penitencia, de su sensibilidad psicológica y de su bondad acogedora»¹²⁴. El Papa está convencido de que «el ejercicio del ministerio es santo y es instrumento de santificación para el mismo ministro» si el presbítero se esfuerza para que se produzcan los frutos de su santidad personal a favor del penitente¹²⁵. En efecto, representar a Cristo en el acto de perdonar los pecados exige que el sacerdote acepte vivir el espíritu con que debe ser ejercido este ministerio. El Salvador ha elegido para sí y para sus representantes un ideal de redención dolorosa. El sacerdote no puede olvidarse y pasar por alto este aspecto de su propia espiritualidad. De aquí que ésta comprenda, entre otras cosas, la intercesión ante el Señor, la fuerza atrayente de su ejemplo, el sacrificio, la penitencia, la reparación y la expiación en beneficio del penitente, que son parte, en alguna medida, de su vocación y actividad presbiteral, la cual debe estar marcada por una disponibilidad incondicional. Conviene subrayar la estrecha y mutua relación que el Papa ve entre el ejercicio del ministerio de la Penitencia y la vida espiritual del presbítero¹²⁶.

Respecto a la exigencia de la santidad en el presbítero como confesor, Juan Pablo II presenta un arco de actitudes que es sustentado por dos pilares que podemos calificar con dos palabras clave: acogida y verdad.

Con el primer término se quiere indicar una postura de gran respeto hacia la persona de penitente. Este respeto proviene del deber de los sacerdotes y del derecho de los bautizados, respectivamente, de disponerse y de acercarse al sacramento de la Penitencia, en su forma normal, que es la de la confesión individual auricular¹²⁷. Es bien sabido que por graves razones pastorales y bajo normas precisas e indispensables, la Iglesia permite el uso de la absolución colectiva, para facilitar el bien supremo de la gracia a muchas almas¹²⁸. Sin embargo, el sacerdote no puede recurrir a estas normas bajo cualquier pretexto,

por ejemplo, para ahorrarse esfuerzos físicos o psicológicos. Todo lo contrario: debe dedicarse con generosidad y a costa de cualquier sacrificio, a la administración del sacramento de la Reconciliación, teniendo la certeza de que este sacramento construye las conciencias humanas más y mejor que cualquier recurso humano, cualquier técnica psicológica, cualquier expediente didáctico y sociológico. La razón es esta: es Dios «dives in misericordia» (cfr. Ef 2, 4) quien actúa en el sacramento de la Penitencia¹²⁹. Los fieles tienen derecho a un coloquio pastoral, único con Dios mediante la confesión individual auricular. Y se trata de un derecho de la persona humana en su incommunicable identidad y dignidad¹³⁰.

Cuando el Papa invita a los sacerdotes a dedicarse con generosidad a escuchar las confesiones de los fieles es consciente del gran esfuerzo y fatiga que puede suponer en ocasiones el desempeño de este ministerio. Precisamente por eso el sacerdote debe sentirse implicado en el misterio de la Redención: «*La fatiga de este ministerio sagrado* os ayude a comprender aún más cómo el sacerdocio ministerial de cada una de nosotros está inscrito en el misterio de la Redención de Cristo mediante la Cruz y la Resurrección»¹³¹. Además el Pontífice recuerda a los sacerdotes que el ministerio de la Penitencia tiene ya en sí mismo su premio: la conciencia de haber reconciliado un alma con Dios, no puede menos de llenar al presbítero de una alegría inefable¹³². Y no puede menos que animarle a la más humilde esperanza del premio eterno según las palabras del libro de Daniel: «[...] los que enseñaron a la multitud la justicia, brillarán como las estrellas, por toda eternidad» (Dan 12, 3).

El principio de acogida significa no sólo la disponibilidad en administrar el sacramento de la Reconciliación, sino que también implica más actitudes. En este campo pueden ser útiles al sacerdote una buena preparación psicológica y el conocimiento de las ciencias humanas, aunque el sacramento de la Penitencia —subraya el Papa— no es ni debe convertirse en una técnica psicoanalítica o psicoterapéutica. «La finura psicológica del confesor es muy valiosa para facilitar la acusación a las personas tímidas, vergonzosas y que tienen dificultades a la hora de expresarse; esta finura, junto a la caridad, intuye, anticipa y tranquiliza»¹³³.

Según el Papa, en definitiva se trata —a pesar de la distancia infinita— de asemejarse a Cristo manso y humilde en su trato con los

pecadores. El presbítero debe inspirarse en el ejemplo de Cristo, pidiéndole a la vez al Señor la gracia de ser un buen instrumento suyo. «El sacerdote —dice A. Vanhoye, hablando de estas cuestiones— debe renunciar a toda pretensión humana; porque no es él quien juzga ni quien pone remedio al mal. El es signo, instrumento de Cristo Redentor. Se tiene que revestir de Cristo, pronunciar las palabras de Cristo, manifestar no las propias reacciones humanas, sino los sentimientos de Cristo, conforme al Evangelio de la misericordia»¹³⁴. Para terminar esta cuestión citemos, una vez más, las palabras del Pontífice, que hablan por sí mismas: «Cuanto mayor sea la miseria moral del penitente, tanto mayor ha de ser la misericordia. [...] Quisiera que en el ejercicio del ministerio de la Penitencia hablara, sobre todo, el corazón henchido de caridad, el corazón sacerdotal que, a pesar de la distancia infinita, trata de asemejarse a Jesús manso y humilde de corazón»¹³⁵.

Acogida, pues, de una parte; respeto a la verdad, por otra. Este es el segundo pilar sobre el que se apoya la reflexión del Pontífice. En su magisterio queda puesto de manifiesto que la decisión del sacerdote de remitir o retener el pecado no puede ser subjetiva y por tanto arbitraria, ya que la del sacerdote en el sacramento de la Penitencia «es una función instrumental al servicio del Dios de la verdad», por tanto «presupone un juicio recto», una «adhesión a la verdad revelada»¹³⁶.

La acogida de la persona en el ministerio del perdón no significa una actitud connivente. La vida espiritual del cristiano, para que reemprenda su recuperación, debe estar basada en un fundamento sólido y objetivo: «la doctrina de Cristo y de la Iglesia». Los mismos sacerdotes confesores, si obedecen a criterios distintos, caen en la tentación, mejor, en el error, de suplantar a Cristo y la Iglesia, favoreciendo un permisivismo que atenúa el sentido del pecado hasta casi negar su realidad. Esto «significa no sólo traicionar a las almas, exponiéndolas a peligros espirituales gravísimos y sometiéndolas a un angustioso tormento interior, sino también contradecir en su mismo núcleo esencial el ministerio sacerdotal»¹³⁷.

En una palabra, el bien de la persona, en toda su riqueza, está subordinado a la recuperación, por medio del sacramento de la Penitencia, de su relación sobrenatural con Dios: relación que no es puramente psicológica o sentimental, sino real y objetiva, sustancial, por

la renovada adhesión a la verdad revelada, confiada por Cristo a la Iglesia, «universal sacramento de salvación»¹³⁸.

Concluyendo, podemos decir que —según el Papa— en el sacramento de la Reconciliación el sacerdote tiene que dejarse guiar por Cristo en todo. En esta renuncia a sí mismo y dejándose guiar por Cristo, el presbítero encuentra un camino y un alimento de su vida espiritual y su más bella realización personal.

c) Los demás sacramentos

Todo lo que venimos diciendo, al reflexionar sobre los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia, acerca de las mutuas relaciones entre el ejercicio del ministerio de la santificación y la vida espiritual del presbítero, es igualmente válido, con las debidas especificaciones, para los demás sacramentos cuyo administrador es el presbítero. Aunque el Papa no les dedica tanto espacio como a los primeros, no hay duda de que el ejercicio del ministerio de todos los sacramentos conforma y alimenta la vida espiritual del sacerdote. A su vez, una vibrante vida interior del presbítero contribuye en gran medida a su fructuosa recepción por parte de los fieles.

La santificación que se realiza por medio de los sacramentos es obra de Cristo. Él es el único Mediador y Sacerdote. Ahora bien, en la actual economía salvífica, Cristo se sirve del ministerio de los presbíteros para llevar a cabo la santificación de los creyentes. Actuando «in persona Christi», el sacerdote alcanza la eficacia de la acción sacramental por medio del Espíritu Santo que es principio y fuente de la santidad.

La santidad que el presbítero suscita, alimenta, protege y desarrolla por medio de los sacramentos es una vida de fe, esperanza y amor. «La fe es el don divino fundamental: “de ahí la gran importancia que tienen la preparación y la disposición de la fe para quien recibe los sacramentos. De ahí también la necesidad del testimonio de la fe por parte del ministro en toda su vida, sobre todo en la manera de estimar y celebrar los mismos sacramentos”»¹³⁹.

La fe que otorga Jesucristo por medio de los sacramentos va acompañada siempre por la esperanza y la caridad. La esperanza infunde en el alma de los creyentes un fuerte dinamismo de vida espi-

ritual. Por otra parte, «la fe “actúa por la caridad” (Gal 5, 6), caridad que brota del corazón del Salvador y fluye en los sacramentos para propagarse a toda la existencia cristiana»¹⁴⁰.

El ministerio de los sacramentos está dotado, pues, de una fecundidad divina. El ejercicio de este ministerio sacramental está relacionado con la vida espiritual del sacerdote¹⁴¹.

Así, pues, cuando administra el bautismo, el presbítero es responsable no sólo de una digna celebración del rito, sino también de una buena preparación para el mismo. Se trata de la formación de los adultos en la fe o, en el caso del bautismo de los niños, de la educación de la familia¹⁴². La celebración de este sacramento trae a la memoria del sacerdote la admirable transformación que este sacramento realiza con su incorporación a Cristo y su inserción a la Iglesia, comunidad de unidad y caridad, a la vez que el compromiso que deriva del mismo. Cuando administra, de acuerdo con las normas canónicas¹⁴³, el sacramento de la confirmación que enriquece al bautizado, lo fortalece con el don del Espíritu y lo vincula más estrechamente a la Iglesia para que pueda dar testimonio de Cristo en la difusión y defensa del Evangelio, el presbítero se pone en contacto con realidades y obligaciones que le afectan personalmente. Él no puede vivir como se debe el propio sacerdocio, si a la vez que realiza sus tareas ministeriales no intenta realizar en sí mismo esas exigencias de los sacramentos de iniciación cristiana¹⁴⁴.

El sacramento de la unción de los enfermos está destinado a aliviar y a proporcionar purificación y fuerza espiritual a éstos. Sabiendo esto, «el presbítero sentirá la necesidad de esforzarse porque su presencia transmita al enfermo la compasión eficaz de Cristo y dé testimonio de la bondad de Jesús para con los enfermos, a los que dedicó gran parte de su misión evangélica»¹⁴⁵. A su vez la administración de este sacramento le recuerda al sacerdote la necesidad de la purificación de los pecados e infidelidades, y puede servirle para reavivar en sí la fe y la esperanza en la resurrección.

En el sacramento del matrimonio, cuyos ministros son los contrayentes, el presbítero está presente como responsable de la celebración, testimoniando la fe y acogiendo el consentimiento de parte de Dios, a quien representa como ministro de la Iglesia. El Papa dice que el presbítero «participa profunda y vitalmente no sólo en el rito, sino también en la dimensión más profunda del sacramento»¹⁴⁶.

Estas breves reflexiones nos ponen de manifiesto que el sacerdote encuentra en el ministerio sacramental un alimento y estímulo para su propia vida espiritual. Ésta no se puede desarrollar al margen de su ministerio de santificación. El sacerdote no puede buscar la relación personal con Dios, poniendo entre paréntesis lo que le ha sido confiado por la ordenación sacerdotal. En otras palabras: el ejercicio del ministerio de la santificación es el «ambiente» en que el presbítero se santifica. Consecuentemente, él no puede resignarse a hacer solamente lo que requiere la validez de un sacramento. Debe esforzarse por conseguir una armonía cada vez más perfecta entre sus acciones sacramentales y su conducta externa, y entre su conducta externa y su espíritu. Cristo está todo Él comprometido en cada sacramento a completa disposición de los hombres. También lo debe estar el sacerdote, su siervo y su signo sacramental.

Terminemos este apartado citando una vez más al Pontífice. En la *Carta con ocasión del Jueves Santo de 1985* el Papa desea que «el acercarse al altar de Dios» (cfr. Sal 43, 4) sea para los sacerdotes la fuente de la sobrenatural juventud de espíritu, que proviene de Dios mismo. Dios —dice Juan Pablo II— «nos alegra con la juventud» de su misterio eterno en Jesucristo. Como sacerdotes de este misterio salvífico, participamos en la fuente misma de la juventud de Dios, o sea en esa inagotable «novedad de vida», que a través de Cristo se derrama en nuestros corazones»¹⁴⁷.

6. EL SERVICIO DE LA CARIDAD

Algunos aspectos más materiales del *munus regendi* del presbítero suscitaban en el pasado dificultades a la hora de considerar la actividad del sacerdote como fuente de su espiritualidad. Si el ministerio de la palabra y la administración de los sacramentos no ofrecían dudas, no sucedía lo mismo con esos aspectos materiales del ejercicio del gobierno pastoral. Hay que decir que los mencionados reparos de ver en algunas actividades del *munus regendi* fuente de santificación para el presbítero encontraban y siguen encontrando, a veces, su verificación en la vida de algunos sacerdotes. Una actividad superficial y descontrolada del sacerdote podría resultar no sólo indiferente sino incluso perjudicial para su vida espi-

ritual. Hay que insistir que se trata de un desviado ejercicio del ministerio pastoral.

Sin embargo el cumplimiento de todos los servicios del *munus regendi* según el ejemplo de Cristo, buen Pastor, es para el presbítero fuente y camino de santificación. El Concilio Vaticano II dice que «por las mismas acciones sagradas de cada día, como por todo su ministerio, que ejercen unidos con el Obispo y los presbíteros, ellos mismos se ordenan a la perfección de vida»¹⁴⁸. El Decreto conciliar habla de todo el ministerio, con lo cual se refiere también al ministerio pastoral en todos sus aspectos. El Papa en sintonía con el Concilio enseña que la realización de este servicio de la presidencia será tanto más beneficiosa para la vida espiritual del presbítero y de los fieles, cuanto más inspirado esté en Cristo, buen Pastor que da vida por sus ovejas.

En efecto, el sacerdote por su condición de constructor del Pueblo de Dios, lo que persigue a través de su servicio de la caridad es edificar la comunidad cristiana, de modo que, a nivel individual y comunitario, todos y cada uno de sus miembros vivan la plenitud de la fe. «El sacerdote no es sólo el hombre “para los otros”; está llamado a ayudar “a los otros” para que lleguen a ser una comunidad, esto es, a vivir el alcance social de su fe. De esta manera, el esfuerzo con el cual el sacerdote «recoge» (no «dispersa»: cfr. Mt 12,30), el empeño con que “edifica” la Iglesia, viene a ser la medida de su santidad»¹⁴⁹.

Al igual que el ministerio de la palabra y de la santificación, el gobierno pastoral de la comunidad es una participación en el tercer aspecto del triple *munus* de Cristo. Como veíamos, se trata, en realidad, de una misión en sus tres dimensiones. El *munus regendi* tiene su fuente en la ordenación sacramental. A los ordenandos en Valencia el Papa decía: «El servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio: es la consecuencia de vuestra consagración»¹⁵⁰. La predicación de la palabra de Dios y la vida sacramental de la comunidad reclaman, por su misma naturaleza, la guía de la autoridad. «En una perspectiva eclesial —dice el Papa— la función pastoral consiste principalmente en el *servicio a la unidad*, es decir, en asegurar la unión de todos en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia»¹⁵¹. Así, pues, esta función ejercida por el sacerdote en nombre y con la autoridad de Cristo para edificar la comunidad eclesial, tiende al pleno desarrollo de vida espiritual y eclesial y a unir al pueblo de

Dios mediante el fomento de la caridad que el Espíritu Santo ha derramado en los corazones de los creyentes.

El presbítero debe ejercer esta autoridad según el modelo de Cristo, buen Pastor. La autoridad que Jesucristo ejerce sobre aquellos que acogen su doctrina, es un estilo de autoridad que le lleva a servir a los hombres sin condiciones hasta el punto de sacrificar la propia vida por ellos. Este ideal debe animar a aquellos que Él elige como representantes suyos: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 42-45).

El Señor repudia y condena la conducta de los dominadores de este mundo, los cuales abusan de su posición para dominar a sus súbditos, llegando hasta anular su libertad y dignidad personales por medio de la violencia y la opresión. Muy distinta ha de ser la actitud de quien ejerce el poder en la Iglesia. Debe considerarse como un servidor y un esclavo. Los que han recibido la misión de pastores en la Iglesia no deben poseerla como algo que les pertenece, sino como una responsabilidad conferida por Otro para administrarla en nombre de Otro, con prontitud y caridad, como un servicio desinteresado, sin ansias de honores y beneficios.

Gracias al carácter sacramental el sacerdote tiene «una peculiar relación de semejanza a Cristo, buen Pastor»¹⁵². Esta relación especial con Cristo Pastor ha de reflejarse, en primer término, en «una solicitud y un empeño mayor, diverso que el del seglar» por la salvación de las almas, que se traduce en una entrega total y sin condiciones, dando la vida —y lo que esto lleva consigo— por aquellos cuyo pastoreo les ha sido confiado. «Las palabras “el buen Pastor da la vida por las ovejas” (Jn 10, 11) —pregunta el Pontífice— [...] ¿no nos indican tal vez a todos nosotros a quienes Cristo Señor, mediante el sacramento del Orden, ha hecho participantes de su sacerdocio, el camino que también nosotros debemos recorrer?»¹⁵³.

Esta entrega generosa y completa no se circunscribe a determinados momentos o actividades del sacerdote, sino que abarca toda su

existencia. La entrega y el servicio a las almas se convierte, por tanto, en una realidad tan central y medular que da pleno sentido a la vida, al ministerio y a la santidad del sacerdote, caracterizando su personalidad¹⁵⁴.

Hay que subrayar —siguiendo al Papa— que este servicio de la caridad a los hombres debe ser un servicio a Cristo. «Cada uno de nosotros debe ser consciente —dice Juan Pablo II— de reunir a la comunidad no alrededor de sí mismo, sino de Cristo, y no para sí mismo, sino para Cristo, para que Él mismo pueda actuar en esta comunidad y a la vez en cada uno, con el poder de su Espíritu Paráclito, y según el “don” recibido por cada uno de este Espíritu “para el provecho común”»¹⁵⁵. Así, pues, el protagonista del servicio pastoral no es el presbítero sino Cristo. El ministerio pastoral debe ser un servicio en el que el sacerdote no se busca sí mismo a la vez que no se apoya en sus propias fuerzas. Si el presbítero trabaja «para» y «en vez» de Cristo, entonces será el mismo Señor que actúa «en» y «a través» de su ministro.

De estas palabras brotan unas consecuencias muy importantes para la espiritualidad sacerdotal y la pastoral. Significan, en efecto, que cualquier «éxito» pastoral es sobre todo efecto de la acción de Dios. Y que el presbítero que actúa de verdad unido a Cristo propiamente no «fracasa» nunca, porque Dios no fracasa, aunque el fruto pastoral no sea siempre tangible. Aquí el sacerdote puede encontrar el equilibrio espiritual y el consuelo cuando sus trabajos pastorales se ven en apariencia frustrados. No es, pues, de extrañar que el Papa aliente a los sacerdotes a que no se desanimen nunca en sus trabajos pastorales¹⁵⁶.

El *munus regendi* consiste, como veíamos, en el servicio de la unidad en la caridad. En algunas de sus intervenciones Juan Pablo II concreta esta función del presbítero. En una *Audiencia general* dice: «Al presbítero corresponde asegurar el desarrollo armonioso de los diversos servicios indispensables para el bien de todos; encontrar las personas que colaboren en la liturgia, la catequesis y la ayuda espiritual a los cónyuges; favorecer el desarrollo de diversas asociaciones o *movimientos* espirituales y apostólicos con armonía y colaboración; organizar la asistencia caritativa a los necesitados, a los enfermos y a los inmigrantes. Al mismo tiempo, debe asegurar y promover la unión de la comunidad con el Obispo y con el Papa»¹⁵⁷.

La solicitud pastoral del presbítero ha de alcanzar a todos, es decir, tanto a los que están dentro del redil como a los que se encuentran fuera. En este horizonte pastoral todo sacerdote debe plantear el problema de los contactos con los no creyentes, los no religiosos e incluso los que se declaran ateos. Hacia todos ha de sentirse impulsado por la caridad pastoral; a todos ha de tratar de abrir las puertas de la comunidad¹⁵⁸

Edificando la comunidad eclesial el sacerdote no puede pasar por alto las necesidades de cada uno de los fieles. Con su servicio pastoral el presbítero debe ayudar a cada uno de los fieles a descubrir su vocación específica, respetando y promoviendo la personalidad de cada uno. Aquí el Papa subraya la importancia del conocimiento y de la relación de amistad con las personas¹⁵⁹.

Dentro del ministerio pastoral, aunque muy vinculado con el servicio de la palabra y de los sacramentos, está un aspecto del misterio del ser sacerdotal: la paternidad espiritual. Un campo muy particular en el que de manera especial se puede ejercer esta paternidad espiritual es la llamada dirección espiritual. Ésta comporta «la ciencia y el arte de orientar a las personas en la búsqueda de la voluntad de Dios, de cuyo cumplimiento depende el logro de la perfección de la vida cristiana»¹⁶⁰. A su vez «la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios consiste en la responsabilidad, es decir, en dar respuesta a la llamada de Dios»¹⁶¹. La pastoral no puede limitarse a un apostolado puramente masivo, de élite o de grupo. El presbítero debe estar dispuesto a atender a los fieles en su singularidad. Es la dirección espiritual lo que posibilita ese trato personal. El Papa dice que también en la Iglesia de hoy son muchos los hombres que «sienten la necesidad de un sacerdote consejero, o incluso director espiritual, que los acoja escuche y trate en clave de amistad cristiana, con humildad y caridad»¹⁶². El Pontífice está convencido de que la dirección espiritual, sobre todo en la pastoral de los jóvenes, contribuirá a la solución del problema de falta de las vocaciones.

Todo lo dicho acerca del ministerio pastoral justifica la afirmación del Papa de que «se trata de un ministerio que pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que preside y “guía” una comunidad; del “anciano” en el sentido más noble y rico de la palabra»¹⁶³.

Al llegar aquí, hemos de volver los ojos una vez más al acto supremo del ministerio sacerdotal: la celebración eucarística. En efecto todo ha de centrarse en la Eucaristía que es «el principio vital de la Iglesia como comunidad de los miembros de Cristo; de aquí recibe inspiración, fuerza y dimensión la animación pastoral»¹⁶⁴. Con estas palabras el Papa quiere decir que no existe edificación posible de la Iglesia al margen de la Eucaristía en la que Cristo se ofrece a sí mismo y todo su Cuerpo al Padre. El presbítero al representar sacramentalmente a Cristo y a la Iglesia en la celebración eucarística edificará la comunidad eclesial en la medida en que se identifica con Cristo Sacerdote y Víctima.

Si en el ejercicio del servicio de la caridad el presbítero sigue el ejemplo de Cristo, no hay duda de que también esta dimensión de su ministerio es fuente de su vida espiritual. A su vez se requiere una intensa vida espiritual para cumplir con esta «misión delicada y compleja»¹⁶⁵.

7. CARIDAD PASTORAL Y UNIDAD DE VIDA

Con el tema del ejercicio del ministerio como fuente de la espiritualidad sacerdotal está vinculado estrechamente el de la unidad de vida. Esta cuestión se vislumbraba ya en los apartados anteriores. Ahora, al terminar este capítulo, le dedicamos unas consideraciones especiales.

Hablando de la unidad de vida nos planteamos el asunto de cómo conseguir armonía entre la vida interior y la magnitud de la acción exterior. En otras palabras: cómo unir en el presbítero la intensa actividad exigida por el ministerio con una profunda vida interior. Se trata aquí de un caso concreto de un tema clásico de la espiritualidad cristiana. A lo largo de los siglos los autores de espiritualidad daban varias respuestas a esta pregunta. Algunos llegaron hasta oponer ambas realidades. Tampoco faltaban los que decían que la vida activa y contemplativa constituyen una unidad.

Hay que decir que para el sacerdote no siempre resulta fácil lograr una síntesis equilibrada entre acción y contemplación, ministerio pastoral y vida interior. Es un ideal difícil al cual unos se acercan más, otros menos¹⁶⁶. Por otra parte se conocen bien los daños que se

derivan de la falta de esta unidad de vida. No es, pues, de extrañar que el Papa hable de «la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión»¹⁶⁷.

Sobre la unidad de vida de los presbíteros ha hablado el Concilio Vaticano II en el n. 14 del Decreto *Presbyterorum ordinis*. Este texto conciliar es con frecuencia objeto de reflexiones por parte de Juan Pablo II, cuando se dirige a los sacerdotes. El trasfondo del magisterio conciliar lo constituye la afirmación de que las ocupaciones ordinarias del sacerdote son el lugar de su encuentro con Dios y, por tanto, su multiplicidad no debería ser obstáculo para el desarrollo de la vida interior, sino todo lo contrario. Ya con el mismo título del Decreto sobre los sacerdotes el Concilio ha hecho ver que el sacerdote sólo puede entender su propio lugar espiritual desde la perspectiva de «ministerio y vida»¹⁶⁸. No se trata por un lado de una función y por otro, de realizar en la existencia una comunión con Dios, una vida en Cristo, que podría considerarse al margen de eso que hemos llamado «función». Ambas cosas están tan unidas y relacionadas entre sí, que una no es posible sin la otra¹⁶⁹. La unidad de vida, por tanto, no es otra cosa que la identificación existencial con la consagración y misión recibidas.

Para conseguir la unidad de vida no son suficientes por sí solas «ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad»¹⁷⁰. No es, pues, suficiente que el sacerdote programe su vida con tiempos destinados a la oración y otros dedicados al apostolado y otras actividades, ateniéndose fielmente a esa programación. Ésta tiene su utilidad, pero es insuficiente para imprimir un ritmo armónico a su vida. Los ejercicios de piedad son muy importantes, pero por sí solos tampoco consiguen esta unidad de vida si falta una opción más radical, es decir, la conformación del sacerdote con Jesucristo. El Concilio afirma: «Pueden, sin embargo, conseguirla (la unidad de vida) los presbíteros si en el cumplimiento de su ministerio siguieren el ejemplo de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra»¹⁷¹. Al reflexionar sobre estas palabras el Papa dice: «Una cosa es cierta: si la con-

ciencia del sacerdote está penetrada por el inmenso misterio de Cristo, si está completamente poseída por Él, entonces todas sus actividades, incluso las más absorbentes (*vida activa*) encontrarán raíz y alimento en la contemplación de los misterios de Dios (*vida contemplativa*), de la cual él es “administrador”¹⁷².

Se puede decir que la unidad de vida es cuestión de la gracia divina y la correspondencia del hombre. En efecto, gracias a la unión sacramental que lo vincula a Cristo, el presbítero encuentra en Él «el principio y la fuente» de su propia unidad de vida. Sin embargo, bajo una condición: que él se esfuerce por hacer cada vez más profunda esta unión vital con Cristo, que se deje absorber, poseer e identificar con Él. L.F. Mateo-Seco a propósito de esto dice: «Es lo absorbente de un único e intenso deseo lo que otorga unidad a la propia vida: unidad e interioridad. La unidad brota de dentro, de ese único afán tan intenso que consume toda la existencia, y que se encuentra presente en todas y cada una de las variadas tareas del ministerio. Vienen a la memoria aquellas palabras de San Juan de la Cruz: “que ya sólo en amar es mi ejercicio”»¹⁷³.

La última frase de esta cita hace referencia a la caridad, y en caso del sacerdote a la caridad pastoral. Éste es el concepto clave para la espiritualidad del sacerdote. Efectivamente la caridad pastoral es lo único que puede dar unidad a la vida del presbítero: «Esta misma caridad pastoral —dice el Pontífice— constituye el *principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote*»¹⁷⁴. La caridad pastoral se caracteriza por una total dedicación al servicio de la Iglesia hasta el sacrificio de la propia vida, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. Un sacerdote que se preocupa por encarnar la figura del buen Pastor, haciendo de la voluntad de Dios y del amor incondicional a los hombres la razón única de su ser y obrar, fácilmente podrá superar el peligro de la pereza espiritual porque se sentirá animado y guiado por la fuerza interior de la caridad pastoral. Ésta como «concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de “dar la vida por la grey”»¹⁷⁵ favorece la integración entre el ejercicio del ministerio y la búsqueda de la perfección. En efecto, la caridad pastoral a la vez que intensifica la unión efectiva del sacerdote con Cristo en el ejercicio del apostolado, transforma este ejercicio en una manifestación concreta de amor a Dios y a los hombres. De ahí

que el ejercicio del ministerio sea fuente principal de la santificación del presbítero.

La fuente de la caridad pastoral —como veíamos— es la Eucaristía. Ella es «el centro y raíz»¹⁷⁶ de la existencia sacerdotal. Por lo tanto el presbítero ha de esforzarse por reproducir en su actividad pastoral el espíritu con que Jesucristo, en la Eucaristía, actualiza el don de sí al Padre para la salvación de los hombres¹⁷⁷.

En el primer capítulo veíamos que en la actuación del sacerdote «in persona Christi» se inscribe la actuación «in nomine Ecclesiae». De aquí se sigue que, al identificarse existencialmente con Cristo, el presbítero ha de estar unido plenamente con la Iglesia. Este aspecto es muy importante a la hora de buscar el cumplimiento de la voluntad de Dios que es la condición indispensable de la unidad de vida. El sacerdote que actúa en sintonía con la Iglesia puede estar seguro de cumplir la voluntad de Dios y ser fiel a Cristo. La caridad pastoral del sacerdote, pues, debe manifestarse sobre todo como vínculo de la unidad con la Iglesia. El Concilio Vaticano II dice: «La caridad pastoral pide que, para no correr en vano (cfr. Gal 2, 2), trabajen siempre los presbíteros en vínculos de comunión con los Obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio. Obrando de esta manera, los presbíteros hallarán la unidad de su propia vida en la unidad misma de la misión de la Iglesia, y así se unirán con su Señor, y, por Él, con el Padre, en el Espíritu Santo, para que puedan llenarse de consolación y sobreabundar de gozo»¹⁷⁸.

Juan Pablo II, incansable a la hora de subrayar este aspecto comunitario del ministerio sacerdotal, sabe bien que la unidad de vida sólo se puede encontrarla en la unidad misma de la Iglesia. Sólo el sacerdote que sea hombre de Iglesia es capaz de encontrar la unidad de su propia vida.

Como frutos de la unidad de vida, el texto que acabamos de citar, enumera : el llenarse de consolación y sobreabundar de gozo. Efectivamente, la unidad de vida —dice el Papa— es «indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote»¹⁷⁹. La falta de la unidad de vida produce daños muy grandes como, por ejemplo, vivir siempre con ansiedad y con este nerviosismo se olvida aquello que es verdaderamente necesario. Un desequilibrio espiritual es en el sacerdote fuente de agotamiento, desgana, aburrimiento, incluso incapacidad para descansar y dormir¹⁸⁰. Por el contrario fruto de la unidad

de vida es la paz interior y exterior, un cierto sentimiento interior de paz, incluso en medio de muchos problemas y dificultades. Ser colmados de consolación, tener un cierto gusto interior son frutos que da el Espíritu del Señor, del que proviene principalmente la unidad de vida.

Concluyendo, podemos decir —siguiendo al Papa— que la vida de unión con Dios y el celo pastoral son dos aspectos de la única e inseparable existencia sacerdotal: «El presbítero y su pueblo se salvan y se santifican juntos. ¡Cuánta inteligencia y cuánto amor y cuánta virtud exige el ejercicio correcto del ministerio presbiteral! Pero a la vez, ¡de cuánta gracia, de cuánta caridad verdaderamente pastoral es fuente el ministerio presbiteral!»¹⁸¹. Esto quiere decir que el ejercicio del ministerio a la vez que es expresión de la caridad pastoral, aumenta esta misma caridad que hace cada vez más profunda la unión con Dios en Cristo y en el Espíritu Santo. A su vez esa caridad pide actuarse de nuevo en el trabajo pastoral. En este proceso ininterrumpido el presbítero va creciendo en la caridad pastoral, asemejándose cada vez más a Jesucristo. En una palabra: en el ejercicio del ministerio, el presbítero actúa de instrumento de la santificación del pueblo al que está enviado, a la vez que se santifica él mismo.





NOTAS

1. PDV, n. 19.
2. Cfr. B. JIMÉNEZ-DUQUE, *Espiritualidad*, en «Gran Enciclopedia Rialp» 9 (1979) 204.
3. Véase el capítulo octavo del libro de J.L. ILLANES, *Mundo y santidad*, Madrid 1984, pp. 194-208, así como el primer capítulo «Espiritualidad y espiritualidades», pp. 7-27 del libro *Espiritualidad sacerdotal*, Santafé de Bogotá 1994, del mismo Autor.
4. J.L. ILLANES, *Mundo* cit., p. 196.
5. Cfr. *ibidem*, p. 199. Más sobre este tema puede verse en IDEM, *Identidad y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, en «Revista Católica Internacional Communion» 12 (1990) 396-409.
6. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1988, p. 304.
7. Cfr. por ejemplo PDV, nn. 19-20; *Discurso a los sacerdotes y religiosos en Ziguinchor* (20.II.1992), n. 3, en «Insegnamenti» XV/1 (1992) 348.
8. PDV, n. 19; cfr. *Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* (18.IX.1990), n. 4, en «Insegnamenti» XIII/2 (1990) 646.
9. Cfr. PDV, n. 19; cfr. *Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* (18.IX.1990), n. 5, en «Insegnamenti» XIII/2 (1990) 647.
10. LG, n. 40.
11. PO, n. 12.
12. En PDV, n. 20, el Papa habla de esta vocación universal a la santidad en estas palabras: «El Concilio afirma, ante todo, la “común” vocación a la santidad. Esta vocación se fundamenta en el Bautismo, que caracteriza al presbítero como un “fiel” (*Christifideles*), como un “hermano entre hermanos”, inserto y unido al Pueblo de Dios, con el gozo de compartir los dones de salvación (cfr. Ef 4, 4-6) y en el esfuerzo común de caminar “según el Espíritu”, siguiendo al único Maestro y Señor. Recordemos la célebre frase de San Agustín: “Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquél es un nombre de oficio recibido, éste es un nombre de gracia; aquél es un nombre de peligro, éste de salvación”. Cfr. *A sacerdotes, religiosos y seminaristas en Palermo* (20.XI.1982), n. 3, en «Insegnamenti» V/3 (1982) 1362.
13. L.F. MATEO-SECO, *El ministerio, fuente de espiritualidad del sacerdote*, en AA.VV., *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 1990, p. 396.
14. Cfr. PDV, n. 20; *A sacerdotes, religiosos y seminaristas en Palermo* (20.XI.1982), n. 3, en «Insegnamenti» V/3 (1982) 1362.

15. En PDV, n. 17, Juan Pablo II afirma: «El sacerdocio ministerial no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero, por medio de él, los presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido».
16. PDV, n. 21.
17. En la *Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* (18.IX.1990), n. 5, en «Insegnamenti» XIII/2 (1990) 647, el Pontífice decía: «El sacramento del Orden nos ha ungido con el carácter sacramental y nos ha santificado con el don del Espíritu. Nos ha concedido una participación en la unción y santificación misma de Jesús. El don de la santidad hace posible y exige una continua santificación. De la santidad ontológica conferida en el sacramento del Orden, brota el compromiso de la santidad moral»; cfr. *A los sacerdotes y religiosos de Romaña* (10.V.1986), n. 4, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 1335.
18. H.U. VON BALTHASAR, *Amt und Existenz*, en «Internationale katholische Zeitschrift» 1 (1972) 291.
19. PDV, n. 24.
20. Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal y ministerio. El ejercicio del ministerio pastoral alimenta, postula y configura la espiritualidad presbiteral*. (Documento de trabajo), en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal*. (Congreso), Madrid 1989, pp. 631-635.
21. Cfr. *ibidem*, p. 631s.
22. Cfr. *ibidem*, p. 632.
23. *Ibidem*, p. 633.
24. Cfr. *ibidem*, p. 634.
25. PDV, n. 24.
26. *Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma* (2.III.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 497.
27. PDV, n. 24.
28. PDV, n. 23. En la *Homilía durante la adoración eucarística en Seúl* (7.X.1989), n. 2, en «Insegnamenti» XII/2 (1989) 785, el Papa decía: «La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros...».
29. PDV, n. 23.
30. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *art.cit.*, p. 405.
31. En PDV, n. 24, el Papa dice: «El ministerio del sacerdote, precisamente porque es participación del ministerio salvífico de Jesucristo Cabeza y Pastor, expresa y revive su caridad pastoral, que es a la vez fuente y Espíritu de su servicio y del don de sí mismo. En su realidad objetiva el ministerio sacerdotal es «*amoris officium*», según la ya citada expresión de San Agustín. Precisamente esta realidad objetiva es el fundamento y la llamada para un *ethos* correspondiente, que es el vivir el amor, como dice el mismo San Agustín: «*Sit amoris officium pascere dominicum gregem*». Este *ethos*, y también la vida espiritual, es la acogida de la «verdad» del ministerio sacerdotal como «*amoris officium*» en la conciencia y en la libertad, y por tanto en la mente y el corazón, en las decisiones y las acciones».
32. *Ibidem*.

33. Directorio, n. 40; cfr. *Al clero de la diócesis de Latina* (29.IX.1991), n. 4, en «Insegnamenti» XIV/2 (1991) 689.
34. «En el presbítero la exigencia de la perfección deriva de su participación en el sacerdocio de Cristo como autor de la Redención: el ministro no puede menos de reproducir en sí mismo los sentimientos, las tendencias e intenciones íntimas, así como el espíritu de oblación al Padre y de servicio a los hermanos que caracterizan al *Agente principal*» (*Audiencia general* (26.V.1993), n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 27 de mayo de 1993, p. 4).
35. J.L. ILLANES, *Espiritualidad* cit., p. 93.
36. PDV, n. 25.
37. A. FAVALE, *El ministerio presbiteral. Aspectos doctrinales, pastorales y espirituales*, Madrid 1989, p. 305.
38. PDV, n. 25; cfr. *A los sacerdotes en Einsiedeln* (15.VI.1984), n. 8, en «Insegnamenti» VII/1 (1984) 1794-1975.
39. Cfr. PDV, n. 25.
40. *Ibidem*.
41. *Al clero en Notre Dame* (30.V.1980), n. 8, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 1536.
42. Cfr. C.86, n. 11, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 753. En el mismo número de esta *Carta*, el Papa hace la siguiente reflexión: «Ciertamente, la conversión sigue siendo el secreto de los corazones —libres en sus decisiones— y el secreto de la gracia de Dios. Mediante su ministerio el sacerdote ilumina a las personas, guiándolas en sus conciencias y dándoles los sacramentos. Estos sacramentos son, en efecto, actos del mismo Cristo, cuya eficacia no disminuye por las imperfecciones o por la indignidad del ministro. Pero el resultado depende también de las disposiciones personales de quien los recibe, y éstas son favorecidas en gran manera por la santidad personal del sacerdote, por su visible testimonio, así como por el misterioso intercambio de méritos en la Comunión de los Santos».
43. *Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma* (2.III.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 497; cfr. C.86, n. 7, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 734; *Audiencia general* (26.V.1993), n. 5, en *L'Osservatore Romano*, 27 de mayo de 1993, p. 4.
44. Cfr. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote. Teología y espiritualidad del ministerio sacerdotal*, Salamanca 1995, pp. 133-134.
45. *A los sacerdotes, religiosos y religiosas en Maynooth* (1.X.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/2 (1979) 488.
46. A. FAVALE, *o.c.*, p. 308.
47. P.J. CORDES, *Sendung zum Dienst. Exegetisch-historische und systematische Studien zum Konzilsdekret «Vom Dienst und Leben der Priester»*, Frankfurt am Main, 1972, p. 152, dice expresivamente: «Der Religionsdiener, der in den Raum des kultischen Dienstes verbannt wird; der Gemeindeführer, der sich auf das Management und die Koordination der pfarrlichen Ressortträger zu beschränken hat; der "Prophet", der nur Impulse gibt, der aber nicht ortsansässig das Wachstum begleitet und dessen Wort sich nicht im sakramentalen Zeichen verdichtet-sie alle verkörpern nur "Kümmenformen" des einen Amtes. Trotz der brennenden Notwendigkeit der Spezialisierung scheint einer solchen Reduktion des Amtes auf eine der drei amtlichen Funktionen aus Gründen der Amtstheologie höchst problematisch; und schon heute gibt es Gelegenheit, in "Zelebrationspriestern", «Wanderpredigern» oder «klerikalen Managern» die problematischen pastoralen Konsequenzen solcher Aufspaltung kennen zu lernen».

48. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4.
49. *Ibidem*, n. 4; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 2, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 348-349.
50. PDV, n. 26.
51. *A los sacerdotes americanos en Filadelfia* (4.X.1979), n. 3, en «Insegnamenti» II/2 (1979) 602; cfr. *A los sacerdotes en Einsiedeln* (15.VI.1984), n. 9, en «Insegnamenti» VII/1 (1984) 1796.
52. Según el Papa, *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 5, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4, «una predicación que fuese sólo un entramado de motivos psicológicos vinculados a la persona, o que se limitase a plantear problemas sin resolverlas o a suscitar dudas sin señalar la fuente de la luz evangélica que puede iluminar el camino de los individuos y las sociedades, no lograría el objetivo esencial querido por el Salvador. Más aún, se convertiría en fuente de desorientación para la opinión pública y de daño para los mismos creyentes...»
53. *Discurso de apertura de la III Conferencia General del E. L., en Puebla* (28.I.1979), nn. I, 4-5, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 192-193; cfr. *Discurso a los sacerdotes en San Salvador* (6.III.1983), n. 3-4, en «Insegnamenti» VI/1 (1983) 608-609.
54. Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, n. 48; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 3, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 349-350; *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en Bogotá* (1.VII.1986), n. 7, en «Insegnamenti» IX/2 (1986) 20-22.
55. Cfr. A. FAVALE, o.c., p. 118.
56. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4. La responsabilidad de la Iglesia por la verdad revelada es subrayada muchas veces por el Papa. Por ejemplo, en la Carta Encíclica *Redemptor hominis*, n. 19, dice: «Así a la luz de la sagrada doctrina del Concilio Vaticano II, la Iglesia se presenta ante nosotros como sujeto social de la responsabilidad de la verdad divina. Con profunda emoción escuchamos a Cristo cuando dice: *La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado* (Jn 14, 24). En esta afirmación de nuestro Maestro, ¿no se advierte quizás la responsabilidad por la verdad revelada, que es propiedad de Dios mismo, si incluso Él, *Hijo unigénito* que vive en el seno del Padre (Jn 1, 18), cuando la trasmite como profeta y maestro, siente la necesidad de subrayar que actúa en fidelidad plena a su divina fuente? La misma fidelidad debe ser una cualidad constitutiva de la fe de la Iglesia, ya sea cuando enseña, ya sea cuando la profesa».
57. PDV, n. 26.
58. *A los sacerdotes americanos en Filadelfia* (4.X.1979), n. 3, en «Insegnamenti» II/2 (1979) 603; cfr. *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en Bogotá* (1.VII.1986), n. 4, en «Insegnamenti» IX/2 (1986) 18.
59. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 7, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4. En su *Discurso al clero y religiosos en la catedral de Edimburgo* (31.V.1982), n. 3, en «Insegnamenti» VI/2 (1982) 2029, el Papa decía: «*No debemos adulterar la Palabra de Dios*. Debemos tratar de aplicar la Buena Noticia a las condiciones continuamente cambiantes del mundo; pero con valentía y a costa de lo que sea, debemos resistir a la tentación de alterar su contenido o re-interpretarlo para acomodarlo al espíritu del mundo actual. El mensaje que predicamos no es la sabiduría de este mundo (cfr. *1 Cor* 1, 20), sino *palabras de vida* que parecen locura al hombre no espiritual (cfr. *ibidem*, 2, 14)».

60. Aquí solamente se menciona el tema de la inculturación. El Papa habla sobre este tema por ejemplo en la Encíclica *Redemptoris missio*, n. 67; PDV, n. 55.
61. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 7, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4; cfr. *Homilía de ordenación sacerdotal en Sión* (17.VI.1984), n. 6, en «Insegnamenti» VII/1 (1984) 1852.
62. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 7, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4.
63. *Ibidem*, n. 6. El Papa no sólo indica los medios generales del ministerio de la palabra, sino también habla de sus formas más concretas. Por ejemplo *A los sacerdotes, misioneros y religiosos en la catedral de Liberville* (17.II.1982), n. 2, en «Insegnamenti» V/1 (1982) 557, decía: «Sí, los hombres —conscientemente o no— esperan que el sacerdote les hable de Dios con mucha convicción y humildad. Y las ocasiones no faltan, desde la Liturgia dominical hasta las reuniones de preparación para los sacramentos y de animación de los Movimientos apostólicos o caritativos, pasando por las horas consagradas al grave deber de la enseñanza catequética. Renunciar a la proclamación explícita del Evangelio para dedicarse a tareas socio-profesionales sería mutilar el ideal apostólico y sacerdotal».
64. En la C.86, n. 6, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 747, el Papa, afirmando que hoy son necesarias varias actividades apostólicas, enuncia como muy importante el testimonio de vida: «A veces, durante años, hay una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en ambientes no cristianos; o bien una cercanía a las personas, a las familias y sus preocupaciones; tiene lugar un primer anuncio que trata de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; se da un testimonio de caridad y de justicia compartida con los seglares cristianos, que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De aquí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana». Como ejemplo puede servir San Juan María Vianney, el «protagonista» de esta *Carta*, que en su tiempo sabía encontrar varios caminos de la pastoral. Cfr. *A los sacerdotes en Einsiedeln* (15.VI.1984), n. 8, en «Insegnamenti» VII/1 (1984) 1795.
65. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 8, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4.
66. Cfr. *A los sacerdotes y religiosos de Romaña* (10.V.1986), n. 3, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 1332-1335; PDV, n. 47.
67. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 7, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4.
68. *Ibidem*; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 3, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 349-350.
69. Hablando en una ocasión sobre las relaciones entre santidad-santificación del ministro y el ministerio de la palabra, el Pontífice formula uno de estos lazos como sigue: «La santificación es una “condición” que Dios mismo ha puesto para la mayor eficacia de la evangelización. Ciertamente —continúa el Papa—, el Evangelio de Dios tiene una propia eficacia objetiva que proviene de ser no una palabra humana sino palabra de Dios. Pero Dios mismo, al elegir a hombres libres y responsables como colaboradores en la obra de salvación, ha querido hacer que dependa también de ellos la eficacia más o menos efectiva de esta misma obra de salvación» (*Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* [18.IX.1990], n. 6, en «Insegnamenti» XIII/2 [1990] 647).
70. PDV, n. 26.
71. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 2, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 349, Juan Pablo II decía: «*La Palabra escrita de Dios y la Tra-*

dición de la Iglesia, interpretadas y presentadas por el Magisterio, deben ser un objeto constante de estudio, reflexión y oración. Así seréis capaces de predicar la Palabra de Dios a vuestro pueblo con mayor convicción y persuasión, pues ella echará raíces en primer lugar en vuestras propias vidas. Y estad seguros que la fidelidad al Magisterio de la Iglesia será una garantía de la eficacia real de vuestro ministerio sacerdotal»; cfr. PDV, n. 26.

72. En PDV, n. 47, Juan Pablo II dice: «El conocimiento amoroso y familiaridad orante con la Palabra de Dios revisten un significado específico en el ministerio profético del sacerdote, para cuyo cumplimiento adecuado son una condición imprescindible, principalmente en el contexto de la “nueva evangelización”, a la que hoy la Iglesia está llamada».
73. PDV, n. 26. «*Lo primero es siempre el hablar de Dios*. “Al principio era la Palabra” (Jn 1, 1). Por ello, queridos sacerdotes y religiosos, en nuestra vida espiritual lo primero debe ser oír. Primero se debe acoger la Palabra de Dios; sólo después podemos obedecer» (*Homilía en Mariazzell* [13.IX.1983], n. 3, en «Insegnamenti» VI/2 [1983] 533).
74. «Esta misma santificación —afirma Juan Pablo II, hablando sobre las relaciones entre santidad-santificación del presbítero y predicación— se convierte en evangelización. Justamente la santidad-santificación se convierte en anuncio de Cristo, mejor dicho, en don de Cristo. Sí, porque el Evangelio no es primariamente la serie de “verdades” que Jesús ha proclamado, sino Él mismo en persona. Él, Camino, Verdad y Vida. Sólo quien posee a Cristo porque lo desea, lo ama, está en íntima y permanente y progresiva comunión de vida con Él, se convierte en “testigo” y, por tanto, en «evangelizador» creíble» (*Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* [18.IX.1990], n. 6, en «Insegnamenti» XIII/2 [1990] 648).
75. Cfr. A. FAVALE, *o.c.*, p. 281.
76. PDV, n. 26.
77. *A sacerdotes y religiosos de Bolonia* (18.IV.1982), n. 5, en «Insegnamenti» V/1 (1982) 1.250.
78. *Al clero y religiosos en la catedral de Edimburgo* (31.V.1982), n. 3, en «Insegnamenti» V/2 (1982) 2029.
79. Cfr. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 8, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4. «Muchas veces —dice Juan Pablo a los sacerdotes— experimentamos nuestra pobreza, inadaptación, impotencia ante la extraordinaria misión que el Señor nos confía. La experiencia del joven Jeremías es nuestra experiencia: “Respondí: ¡Ah, Señor Dios! He aquí que no sé hablar, pues soy un joven” (Jer 1, 6). Pero el don del Espíritu que nos santifica hace que también nosotros escuchemos las consoladoras palabras del Señor dirigidas a su profeta. “Pero el Señor dijo: “No digas: Soy un joven, pues irás adonde te envíe yo y dirás lo que yo te mande. No tengas temor ante ellos, porque yo estaré contigo para protegerte”» (Jer 1, 7-8).
»Aquí tiene su fundamento nuestra confianza, aquí está basado nuestro optimismo. Ninguna cosa podrá minimizarlo, porque nada hay más fuerte que Dios. Si en la fe nos agarramos a Él, Él hará que nuestro corazón oiga también todo lo que dijo el Apóstol Pablo: “Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo del poder” (2 Cor 12, 9)» (*Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para sacerdotes* [18.IX.1990], n. 6, en «Insegnamenti» XIII/2 [1990] 648).
80. *Audiencia general* (5.V.1993), n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1993, p. 4.

81. *Audiencia general* (21.IV.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1993, p. 4.
82. *Ibidem*; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 4, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 350.
83. PDV, n. 26.
84. *Ibidem*.
85. Al hablar de la Liturgia de las Horas, el Pontífice subraya que su celebración constituye un verdadero ministerio del presbítero a la vez que un excelente medio para su vida espiritual; por tanto se puede reflexionar sobre ella en el presente capítulo o en el dedicado a los medios. Nosotros optamos por la segunda posibilidad. Presentando ahí lo que de medio tiene, no olvidaremos, sin embargo, resaltar el carácter ministerial de la Liturgia de las Horas.
86. PO, n. 5.
87. SC, n. 10.
88. *Ibidem*, n. 2.
89. LG, n. 11.
90. C.80, n. 2, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 613; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 4, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 350.
91. Cfr. por ejemplo la Encíclica *Redemptor hominis*, n. 20, donde el Papa dice que la Eucaristía es al mismo tiempo «Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión y Sacramento-Presencia».
92. C.80, n. 9, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 623.
93. Cfr. *Audiencia general* (9.VI.1993), n. 2, en *L'Osservatore Romano*, 10 de junio de 1993, p. 4.
94. *Audiencia general* (12.V.1993), n. 2, en *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1993, p. 4. Este texto es un comentario a LG, n. 28: «Suum vero munus sacrum maxime exercent (presbyteri) in eucharistico cultu vel synaxi, qua in persona Christi agentes Eiusque mysterium proclamantes, vota fidelium sacrificio Capitis ipsorum coniungunt, et unicum sacrificium Novi Testamenti, Christi scilicet Sese Patri immaculatam hostiam semel offerentis (cfr. Hebr 9, 11-28), in sacrificio Missae usque ad adventum Domini (cfr. 1 Cor 11, 26) representant et applicant».
95. Cfr. por ejemplo *Audiencia general* (9.VI.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 10 de junio de 1993, p. 4; o C.80, n. 2, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 613. Recordando esta enseñanza del Concilio Vaticano II, el Papa quiere salir al paso de algunas tendencias a celebrar la Eucaristía sólo cuando hay una asamblea de fieles. Por otra parte no es una situación ideal que el sacerdote celebre sin la participación de una asamblea, con lo cual debe hacer todo lo posible —dice Juan Pablo II— para reunir a los fieles para la celebración.
96. C.80, n. 4, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 615.
97. *A los sacerdotes americanos en Filadelfia* (4.X.1979), n. 3, en «Insegnamenti» II/2 (1979) 603s.
98. *Audiencia general* (9.VI.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 10 de junio de 1993, p. 4.

He aquí un testimonio personal del Pontífice: «En el intervalo de casi cincuenta años de sacerdocio lo que para mí continúa siendo el momento más importante y más sagrado es la celebración de la Eucaristía. Domina en mí la conciencia de celebrar en el altar “in persona Christi”. Jamás a lo largo de estos años he dejado la celebración del Santísimo Sacrificio. La Santa Misa es, de forma absoluta, el centro de mi vida y de toda mi jornada, y se encuentra en el centro de la teología del sacerdocio, una teología que he aprendido no tanto en los libros de texto como en

- los vivos modelos de santos sacerdotes» (*Discurso en la clausura del Simposio Internacional organizado por la Congregación para el Clero con motivo del XXX aniversario del Decreto conciliar «Presbyterorum Ordinis»* (27.X.1995), n. 5, en *L'Osservatore Romano*, 29 de octubre de 1995, p. 4).
99. *Audiencia general* (9.VI.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 10 de junio de 1993, p. 4.
 100. *Ibidem*, n. 2.
 101. «Por una parte, decía el Papa a los ordenandos, ofreceréis sacramentalmente el Cuerpo y la Sangre del Señor. Por otra, unidos a Él —“in persona Christi”—, ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas, para que asumidas y como transformadas por la celebración del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con Él, participando de las energías renovadoras de su Resurrección» (*Homilía en la ordenación sacerdotal en Valencia* [8.XI.1982], n. 5, en «Insegnamenti» V/3 [1982] 1221).
 102. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *art.cit.*, p. 411.
 103. C.80, n. 2, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 613; cfr. *A los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en Bogotá* (1.VII.1986), n. 5, en «Insegnamenti» IX/2 (1986) 19-20.
 104. Directorio, n. 49.
 105. *Discurso a un grupo de sacerdotes milaneses* (21.IV.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 948. Juan Pablo II da mucha importancia a estos actos de preparación y acción de gracias. En el ejercicio de los mismos el sacerdote puede servirse —indica el Papa— de las oraciones que ofrece el misal, las cuales están expuestas, a veces, en hojas enmarcadas en las sacristías. A propósito de esto cfr. *Audiencia general* (12.V.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1993, p. 4.
 106. En C.80, n. 12, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 633, el Papa dice que el sacerdote «no puede considerarse como “propietario”, que libremente dispone del texto litúrgico y del sagrado rito como de un bien propio, de manera que pueda darle un estilo personal y arbitrario. Esto puede a veces parecer de mayor efecto, puede también corresponder mayormente a una piedad subjetiva; sin embargo, objetivamente, es siempre una traición a aquella unión que, de modo especial, debe encontrar la propia expresión en el sacramento de la unidad».
 107. *Audiencia general* (12.V.1993), n. 5, en *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1993, p. 4. En otra ocasión, es decir, en *Audiencia general* (9.VI.1993), n. 5, en *L'Osservatore Romano*, 10 de junio de 1993, p. 4, el Papa hablaba de la necesidad de crear el clima de la oración para una celebración eucarística fructuosa: «Oración litúrgica, a la que debe (el presbítero) invitar y educar al pueblo. Oración de contemplación personal. Oración de las sanas tradiciones populares cristianas, que puede preparar, seguir y, en cierto modo, también acompañar la misa. Oración de los lugares sagrados, del arte sagrado, del canto sagrado, de las piezas musicales (especialmente con el órgano), que se encuentra casi encarnada en las fórmulas y los ritos, y todo lo anima y reanima continuamente, para que pueda participar en la glorificación de Dios y en la elevación espiritual del pueblo cristiano reunido en la asamblea eucarística».
 108. C.80, n. 11, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 628.
 109. Cfr. A. FAVALE, *o.c.*, p. 288.
 110. PDV, n. 23.
 111. En C.80, n. 5, en «Insegnamenti» III/1 (1980) 617, el Papa habla sobre este tema en siguientes palabras: «*La Eucaristía significa esta caridad, y por ello la recuerda, la hace presente y al mismo tiempo la realiza.* Cada vez que participamos en ella de

- manera consciente, se abre en nuestra alma una dimensión real de aquel amor inescrutable que encierra en sí todo lo que Dios ha hecho por nosotros los hombres y que hace continuamente, según las palabras de Cristo: "Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también" (*Jn* 5, 17). Junto con este don insondable y gratuito, que es la caridad revelada hasta el extremo en el sacrificio salvífico del Hijo de Dios —del que la Eucaristía es señal indeleble— nace en nosotros una viva respuesta de amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la Eucaristía, se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza».
112. C.80, n. 6, en «Insegnamenti» III/ (1980) 618.
 113. Cfr. *ibidem*, n. 11, p. 629.
 114. «Todas estas acciones —dice el Papa— tienen su significado. Conviene naturalmente evitar la escrupulosidad, pero Dios nos guarde de un comportamiento sin respeto, de una prisa inoportuna, de una impaciencia escandalosa. Nuestro honor más grande consiste —además del empeño en la misión evangelizadora— en ejercer ese misterioso poder sobre el Cuerpo del Redentor, y en nosotros todo debe estar claramente ordenado a esto» (*ibidem*).
 115. C.80, n. 3, en «Insegnamenti» III/ (1980) 614.
 116. Cfr. *Audiencia general* (12.V.1993), n. 6, en *L'Osservatore Romano*, 13 de mayo de 1993, p. 4. Cfr. también el Directorio, n. 49.
 117. C.80, n. 3, en «Insegnamenti» III/ (1980) 615. En el capítulo cuarto hablaremos más sobre la devoción eucarística del sacerdote en cuanto un medio para su vida espiritual.
 118. Este hecho lo comprueba no sólo un abundante magisterio al respecto, sino también su ejemplo personal: cada Viernes Santo se dedica un largo rato a oír confesiones en la basílica de San Pedro, introduciendo una praxis nueva en el pontificado.
 119. C.83, n. 3, en «Insegnamenti» VI/1 (1983) 832.
 120. *Alocución a la Penitenciaría Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma* (20.III.1989), n. 3, en «Insegnamenti» XII/1 (1989) 634.
 121. *Ibidem*, p. 633; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Buen Jesús en Goa* (6.II.1986), n. 4, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 350-351.
 122. GS, n. 22.
 123. *Alocución a la Penitenciaría Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma* (27.III.1993), n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 28 de marzo de 1993, p. 7.
 124. *Ibidem*.
 125. Cfr. *ibidem*. Hay que hacer notar que, como todo fiel, el sacerdote también tiene necesidad de recibir el sacramento de la Penitencia, cosa de máxima importancia —dice el Pontífice— para la propia vida espiritual del presbítero y, por consiguiente, para su ministerio. Esta cuestión la estudiaremos en el capítulo cuarto.
 126. Según el Pontífice un buen ejemplo es el Santo Cura de Ars. En efecto él estaba totalmente disponible a los penitentes que acudían de todas partes y a los que dedicaba a menudo muchas horas al día. «Ésta era sin duda para él la mayor ascesis, un verdadero "martirio"; físicamente, por el calor, el frío o la atmósfera sofocante; también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y más aún por la falta de arrepentimiento: "Lloro por todo lo que vosotros no lloráis"» (C.86, n. 7, en «Insegnamenti» IX/1 [1986] 748). Cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Rosario en Lourdes* (15.VIII.1983), n. 5, en «Insegnamenti» VI/2 (1983) 217.

127. A primera vista podría parecer que aquí el Papa está contradiciendo lo que había dicho respecto al derecho de la comunidad a la Eucaristía (véase el apartado quinto del primer capítulo). Efectivamente, no se puede tener derecho a un sacramento que es un don de Dios. Nótese, sin embargo, que en el contexto del sacramento de la Penitencia el Papa habla del derecho a este sacramento en su forma normal, es decir, la confesión individual auricular. Así, pues, el derecho se refiere no al sacramento como tal, sino al modo de administrarlo. Como este derecho de los fieles es legítimo a los sacerdotes les incumbe el deber de disponerse a administrar la confesión individual auricular.
128. Cfr. CIC, cc. 961-963.
129. Cfr. *Alocución a la Penitenciaria Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma* (30.I.1981), en «Insegnamenti» IV/1 (1981) 193.
130. Vale la pena reproducir enteramente la justificación personalista de este derecho: «A este propósito quiero poner en claro que no injustamente la sociedad moderna es celosa de los derechos inalienables de la persona: entonces, ¿cómo precisamente en esa tan misteriosa y sagrada esfera de la personalidad, donde se vive la relación con Dios, se querría negar a la persona humana, a la persona de cada uno de los fieles, el derecho de un coloquio personal, único, con Dios, mediante el ministerio consagrado? ¿Por qué se querría privar a cada uno de los fieles, que vale *qua talis* ante Dios, de la alegría íntima y personalísima de este singular fruto de la gracia?» (*ibidem*).
131. C.83, n 3, en «Insegnamenti» VI/2 (1983) 834; cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Rosario en Lourdes* (15.VIII.1983), n. 2, en «Insegnamenti» VI/2 (1983) 215.
132. En C.86, n 7, en «Insegnamenti» IX/1 (1986) 749, el Papa decía a los sacerdotes: «Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que *el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores*. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellas médico y consejero espiritual; es «la insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial»».
133. *Alocución a la Penitenciaria Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma* (27.III.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 28 de marzo de 1993, p. 7.
134. A. VANHOYE, *Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada*, en AA.VV., *Espiritualidad del presbítero diocesano secular* (Simposio), Madrid 1987, p. 85.
135. *Alocución a la Penitenciaria Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales de Roma* (27.III.1993), n. 6, en *L'Osservatore Romano*, 28 de marzo de 1993, p. 7. Las actitudes del confesor el Papa las caracteriza así: «El sacerdote confesor jamás debe manifestarse asombrado, sea cualquiera la gravedad, o la extrañeza, por decirlo de alguna manera, de los pecados acusados por el penitente. Jamás debe pronunciar palabras que den la impresión de ser una condena de la persona, y no del pecado. Jamás debe infundir terror, antes que temor. Jamás debe indagar acerca de los aspectos de la vida del penitente, cuyo conocimiento no sea necesario para la evaluación de sus actos. Jamás debe usar términos que ofendan incluso sólo la delicadeza del sentimiento, aun cuando propiamente hablando, no violen la justicia y la caridad. Jamás debe mostrarse impaciente o celoso de su tiempo, mortificando al penitente con la invitación a darse prisa (con la excepción, claro está, de la hipótesis de que la acusación se haga con una palabrería inútil).»
 »Por lo que se refiere a la actitud externa, el confesor debe mostrar su rostro sereno, evitando gestos que puedan significar asombro, reproche o ironía. De la mis-

- ma manera, quiero recordar que no se debe imponer al penitente el propio gusto, sino que es preciso respetar su sensibilidad en lo concerniente a la elección de la modalidad de la Confesión, es decir, cara a cara o a través de la rejilla del confesonario» (*ibidem*, n. 5). Cfr. *A los sacerdotes en la Basílica del Rosario en Lourdes* (15.VIII.1983), n. 5, en «Insegnamenti» VI/2 (1983) 216-217.
136. *Alocución a la Penitenciaría Apostólica y a los penitenciarios de las basílicas patriarcales de Roma* (21.III.1992), n. 2, en «Insegnamenti» XV/1 (1992) 678.
 137. *Ibidem*, n. 3, p. 679.
 138. LG, n. 48.
 139. *Audiencia general* (5.V.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1993, p. 4. En su *Discurso al clero y religiosos en la catedral de Edimburgo* (31.V.1982), n. 4, en «Insegnamenti» V/2 (1982) 2029s., el Papa decía: «¡Con qué cuidado, con qué amor debemos celebrar los sagrados misterios! La sacralidad de lo que tiene lugar en nuestras celebraciones litúrgicas no debe oscurecerse. Estas celebraciones deben ser una experiencia de oración y comunión eclesial para cuantos toman parte en ellas».
 140. *Audiencia general* (5.V.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1993, p. 4.
 141. Cfr. *A los sacerdotes en Einsiedeln* (15.VI.1984), n. 8, en «Insegnamenti» VII/1 (1984) 1795.
 142. Cfr. *Audiencia general* (5.V.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1993, p. 4.
 143. Cfr. CIC, cc. 882-884.
 144. Cfr. A. FAVALE, *o.c.*, p. 291.
 145. *Audiencia general* (5.V.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 6 de mayo de 1993, p. 4.
 146. *Ibidem*.
 147. C.85, n 8, en «Insegnamenti» VIII/1 (1985) 756.
 148. PO, n. 12.
 149. *Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma* (2.III.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 499.
 150. *Homilía en la ordenación sacerdotal en Valencia* (8.XI.1982), n. 7, en «Insegnamenti» V/3 (1982) 1222.
 151. *Audiencia general* (19.V.1993), n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 20 de mayo de 1993, p. 4.
 152. C.79, n. 6, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 868.
 153. *Ibidem*.
 154. Cfr. J.A. ABAD, *La espiritualidad del presbítero diocesano secular en el magisterio de Juan Pablo II*, en AA.VV., *Espiritualidad del presbítero diocesano secular* (Simposio), Madrid 1987, p. 669.
 155. C.89, n 6, en «Insegnamenti» XII/1 (1989) 547s.
 156. «La constatación de un posible éxito de nuestros esfuerzos de evangelización realizados en nombre de Cristo, no constituye el resorte habitual de nuestro valor ni la fuente última de nuestra alegría. Cuando los setenta y dos discípulos refieren gozosos a Jesús al volver de su misión: "Hasta los demonios se nos han sometido en tu nombre", Jesús les responde: "No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos; *alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos*" (Lc 10, 17.20). Igualmente vosotros, queridos hermanos sacerdotes, *no os entristezcáis* porque los demonios no se os someten de manera visible ni porque el mundo no asuma enseguida el mensaje, sino regocijaos de haber realizado la obra de Cristo y

- de merecer compartir su suerte en el cielo» (*A los sacerdotes en Einsiedeln* [15.VI.1984], n. 7, en «Insegnamenti» VII/1 [1984] 1.794).
157. *Audiencia general* (19.V.1993), n. 3, en *L'Osservatore Romano*, 20 de mayo de 1993, p. 4.
 158. Cfr. *Audiencia general* (22.IX.1993), n. 6, en *L'Osservatore Romano*, 23 de septiembre de 1993, p. 4; PDV, n. 18.
 159. Cfr. *Audiencia general* (19.V.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 20 de mayo de 1993, p. 4. En PDV, n. 26, el Pontífice enumera algunas cualidades y virtudes típicas de la persona que preside y guía una comunidad: «En él (sacerdote) se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres (cfr. Tit 1, 7-8)».
 160. A. FAVALE, *o.c.*, p. 301.
 161. J. AUGUSTYN, *Jak szukać i znajdować wole Boża* (*Cómo buscar y encontrar la voluntad de Dios*), Kraków 1993, p. 21.
 162. *Audiencia general* (22.IX.1993), n. 4, en *L'Osservatore Romano*, 23 de septiembre de 1993, p. 4; cfr. PDV, n. 40.
 163. PDV, n. 26.
 164. *Audiencia general* (19.V.1993), n. 7, en *L'Osservatore Romano*, 20 de mayo de 1993, p. 4.
 165. PDV, n. 26.
 166. Cfr. A. FAVALE, *o.c.*, p. 302; C.M. MARTINI, *El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal*, en AA.VV., *Espiritualidad sacerdotal* (Congreso), Madrid 1989, p. 185.
 167. PDV, n. 23.
 168. Cfr. K. DICK, *El sacramento de la Penitencia en la vida espiritual del sacerdote*, en «Scripta Theologica» 10 (1978) 628.
 169. «La vida espiritual del presbítero nace del sacramento del Orden, que no da solamente origen al ministerio presbiteral, sino que *da también la "forma"* en sus líneas esenciales y fundantes. Se deduce, como una lógica consecuencia, que la vida espiritual del presbítero deberá y podrá crecer precisamente gracias al compromiso de reconocer y realizar fielmente la "forma" del ministerio querida por Cristo» (*Al Simposio «La vida espiritual del Presbítero diocesano hoy»* [27.I.1989], n. 2, en «Insegnamenti» XII/1 [1989] 198).
 170. PO, n. 14.
 171. *Ibidem*.
 172. *Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma* (2.III.1979), n. 2, en «Insegnamenti» II/1 (1979) 498.
 173. L.F. MATEO-SECO, *art.cit.*, p. 424.
 174. PDV, n. 23. Esta frase es un comentario al texto conciliar de PO, n. 14: «Sic Boni Pastoris partes agendo, in ipso caritatis pastoralis exercicio invenient vinculum perfectionis sacerdotalis ad unitatem eorum vitam et actionem redigens».
 175. PDV, n. 23.
 176. PO, n. 14.
 177. Hablando de esto el Papa afirma: «La gracia y la caridad del altar se extienden, de este modo, hacia el ambón, el confesonario, el archivo parroquial, la escuela, el oratorio, las casas y las calles, los hospitales, los medios de transporte y los medios de comunicación social; es decir, hacia todos los lugares donde el presbítero tiene

la posibilidad de realizar su labor pastoral. En todo caso, su misa se difunde; su unión espiritual con Cristo sacerdote y hostia —como decía san Ignacio de Antioquía— lo convierte en “trigo de Dios para ser hallado como pan puro de Cristo”, para el bien de sus hermanos» (*Audiencia general* [7.VII.1993], n. 7, en *L’Osservatore Romano*, 8 de julio de 1993, p. 4).

178. PO, n. 14; cfr. PDV, n. 23.

179. PDV, n. 23.

180. Cfr. C.M. MARTINI, *art.cit.*, p. 186.

181. *Al Simposio «La vida espiritual del Presbítero diocesano hoy»* (27.I.1989), n. 5, en «Insegnamenti» XII/1 (1989) 200.





ÍNDICE DEL EXCERPTUM

INTRODUCCIÓN	365
ÍNDICE DE LA TESIS	369
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	373
TABLA DE ABREVIATURAS	397
EL MINISTERIO, FUENTE DE ESPIRITUALIDAD DEL SA- SACERDOTE	399
1. UNA VOCACIÓN ESPECÍFICA A LA SANTIDAD	399
2. LA SANTIFICACIÓN A TRAVÉS DEL MINISTERIO	404
3. SANTIDAD DEL MINISTRO EN ORDEN A LA EFICACIA DE LA PASTORAL	408
4. EL MINISTERIO DE LA PALABRA	412
a) Naturaleza y contenido de la predicación	412
b) Métodos, medios y destinatarios de la predicación	416
c) Ministerio de la palabra y santidad	419
5. EL MINISTERIO DE LA SANTIFICACIÓN	422
a) Eucaristía	423
b) Sacramento de la Penitencia	429
c) Los demás sacramentos	434
6. EL SERVICIO DE LA CARIDAD	436
7. CARIDAD PASTORAL Y UNIDAD DE VIDA	441
NOTAS	447
ÍNDICE DEL EXCERPTUM	461